

Narraciones

y cuentos

anarquistas



NARRACIONES Y CUENTOS ANARQUISTAS

Selección de Salvador Hernández y B. Cano Ruiz

Ediciones El Caballito, S.A.

*Es preciso que la verdad ascienda desde los tugurios;
porque de lo alto no se desprenden más que mentiras*

Louise Michel
Toma de posesión 1890.

*La historia es una invención, y la realidad suministra los
elementos de esa invención. Pero no es una invención
arbitraria. El interés que suscita se basa en los intereses de
quienes la cuentan quienes la escuchan pueden reconocer y
definir con mayor precisión sus propios intereses
y el de sus enemigos.*

Hans Magnus Enzensberger,
El Corto Verano de la Anarquía.

Índice

Nota editorial

01. Leonidas Andreiev. La Llamada
02. B. Cano Ruiz. La amistad - El secretario general
03. Emilio Chapelier. Inquilino y casero
04. Joaquín Dicenta. El modorro
05. F. Domela Nieuwenhuis. La casa vieja
06. Ricardo Flores Magón. Dos revolucionarios
07. Ricardo Flores Magón. ¡Bah, un borracho!
08. Anatole France. El Señor Maulán
09. Elías García. Johás el errante
10. Máximo Gorki. El sueño de una noche de invierno
11. Bernard Lazare. La justiciera
12. Carlos Malato. La justicia
13. José Martínez Ruíz (Azorín). La Prehistoria
14. Guy de Maupasant. El vagabundo
15. Octavio Mirbeau. La cartera
16. Federica Montseny. Canción de gesta
17. F. Pi y Arsuaga. El Cuervo
18. F. Pi y Arsuaga. Los doce
19. F. Pi y Arsuaga. Hambre
20. F. Pi y Arsuaga. La virtud y el crimen
21. F. Pi y Arsuaga. La balada del siglo
22. F. Pi y Arsuaga. El teniente X.
23. Francisco Pi y Margall. El hurto
24. Leon Tolstoi. Los falsificadores
25. Magdalena Vernet. Los dos Hacendados
26. Otto Wolf. El proceso de la verdad
27. Emilio Zola. ¡Sin Trabajo!

NOTA EDITORIAL

El anarquismo es una concepción integral de la vida. Como consecuencia, no hay problema humano que le sea ajeno, y todo problema humano lo aquilata y lo analiza bajo el prisma específico de sus concepciones. Y como las concepciones del anarquismo, en su esencia, tienen como fundamento una moral de justicia y de equidad emanadas de la convicción de que la solidaridad y el apoyo mutuo deben ser los soportes principales de las sociedades humanas, es muy frecuente que los grandes pensadores, aun sin tener plena conciencia del carácter anárquico de sus exposiciones, al abogar por la justicia y la equidad y condenar la tiranía y la explotación se identifiquen con el anarquismo.

Así sucede también con los grandes novelistas. En el acervo de la novelística mundial se pueden contar por millares las piezas literarias de carácter francamente anarquista. A ello se suma lo bellamente producido específicamente por escritores anarquistas militantes o literatos que han recibido grandes influencias de las concepciones del anarquismo, como es el caso de Julio Veme, en Francia y Azorín y Pío Baraja, en España.

La selección de narraciones y cuentos anarquistas que presentamos en esta obra no pretende ser única ni exhaustiva. Hay en la literatura universal muchas obras que pudieran acompañar a las que aquí presentamos, pero esta colección tiene la virtud de haber sido escogida entre lo que nos pareció mejor de lo escrito bajo esta tónica desde el siglo pasado hasta nuestros días.

Algunas de las cosas que aquí presentamos son poco conocidas, y hay incluso algo inédito, por lo que esperamos haber llenado un cierto vacío en la bibliografía anarquista de los últimos tiempos.

Ojalá lo hayamos logrado.

Leonidas Andreiev

LA LLAMADA

Fatigado por las angustias del día, me había dormido vestido sobre la cama. Mi mujer me despertó. Llevaba en la mano una bujía, cuya lucecita vacilante, en medio de la noche, se me antojó clara como el sol. El rostro de mi mujer estaba pálido. Sus ojos enormes, que me parecían entonces extraños, como si los viese por primera vez, brillaban con un fulgor siniestro.

- ¿No sabes? -dijo. -Están levantando barricadas en nuestra calle.

En torno reinaba el silencio. Nos miramos uno a otro, y sentí que mi rostro se iba poniendo pálido. Hubo un momento en que la vida pareció extinguirse; pero no tardó en volver, manifestándose en los fuertes latidos del corazón.

En torno reinaba el silencio. La llama de la bujía vacilaba, exigua, ligera, pero hiriente como una espada.

- ¿Tienes miedo? -pregunté.

Su barbilla temblaba ligeramente, pero sus ojos permanecieron inmóviles, mirándome sin pestañear. Sólo

entonces me percaté de que eran unos ojos terribles, completamente desconocidos para mí. Yo los había mirado durante diez años y creía conocerlos mejor que los míos; pero en aquel instante había en ellos algo de nuevo que yo no acertaba a definir. ¿Era orgullo? No; era una expresión extraordinaria.

Le cogí la mano, que estaba fría. Me respondió con un fuerte apretón, en el que había también algo nuevo, desconocido hasta entonces para mí. Nunca me había estrechado de aquella manera la mano.

-¿Hace mucho tiempo? -le pregunté.

-Cosa de una hora. Mi hermano ya se ha ido. Sin duda, temiendo que tú no se lo permitieses, lo ha hecho con sigilo. Pero yo lo he visto.

¡Era, pues, verdad! ¡"Aquello" había llegado!

Me levanté y me lavé despaciosamente, como lo hacía siempre por la mañana, después de una noche entera de sueño. Mi mujer me alumbraba con la bujía. Luego la apagamos y nos asomamos a la ventana que daba a la calle.

Corría el mes de mayo. Al abrir la ventana, el cuarto se llenó de un aire delicioso, que seguramente no se había nunca respirado en la enorme y vieja ciudad.

Hacía ya días que las fábricas no trabajaban y que por la vía férrea no pasaban trenes.

No impurificado por el humo de las chimeneas ni por el polvo del carbón, el aire olía a campo, a jardines en flor, a rocío. No hay palabras que den idea del delicioso olor del aire en las noches primaverales, lejos de la ciudad.

No había en la calle ni un solo farol encendido, no se veía pasar ningún coche, no se oía ruido ninguno. Cerrando los ojos, podía uno hacerse la ilusión de que no se hallaba en la ciudad, sino en pleno campo. No tardé en oír ladrar a un perro, como en la paz rústica de la aldea. No había oído nunca ladrar a un perro en la ciudad, y prorrumpí en una risa alegre.

- ¡Escucha, un perro!

Mi mujer me abrazó y dijo:

- Están ahí, en la esquina.

Inclinados hacia fuera, vimos moverse algo en las profundidades de la noche. ¿Qué se destruía en su negrura?

¿Qué se construía? Formas vagas agitábanse, a modo de sombras. Empezaron a sonar los golpes de un hacha o de un martillo. Era un ruido alegre, sonoro, que evocaba el bosque y el río, que hacía pensar en la compostura de un

bote, en la construcción de un dique. Y el presentimiento de un trabajo risueño, plácido, me impulsó a estrechar fuertemente a mi mujer entre mis brazos. Ella miraba, sobre los tejados, la luna de cuernos agudos que descendía lentamente, y parecía Joven y alegre como una muchacha que sueña y, no atreviéndose a contarlos, oculta sus sueños luminosos.

-Cuando la luna esté en el lleno... Pero mi mujer me interrumpió asustada:

- No hablemos -se apresuró a decir-. No hay que hablar de lo futuro. ¿Para qué? ¡Entrémonos!

Estaba oscuro en la habitación. Guardamos largo rato silencio, sin vemos uno a otro, pero sumidos en los mismos pensamientos. Cuando comencé a hablar me pareció que era otro el que hablaba; hasta tal punto era extraña mi voz, que se diría la de un hombre ahogado por la sed.

- ¿Y qué vamos a hacer? Yo tengo que ir.

- ¿Y ellos?

- Te quedarás en su compañía. Con la madre les bastará. Yo no puedo quedarme.

- ¿Y yo? ¿Crees que yo puedo...?

Aunque no dio ni un paso, sentí que se iba, que estaba ya muy lejos. Tuve frío en el corazón, le tendí las manos y, apartándolas, dijo:

- Una fiesta semejante no tiene lugar sino una vez cada cien años, y quieres alejarme de ella. ¿Por qué?

- Podrían matarme, y entonces... ¿qué sería de nuestros hijos? Perecerían.

- El Destino los protegerá. Además, aunque parezcan...

Era ella la que me lo decía, mi mujer, con la que había vivido durante diez años! Horas antes no quería saber nada que no se refiriese a sus hijos; horas antes, sólo pensaba en ellos y tenía por ellos el alma en un hilo; horas antes escuchaba atenta e inquieta todos los rumores amenazadores y parecía asustadísima. ¡A la sazón, qué cambio!

Sí; horas antes, sí. Pero, ¿acaso no había yo también cambiado al cabo de esas horas? ¿Acaso no había olvidado completamente mi disposición de ánimo del día anterior?

- ¿Quieres venir conmigo?

- No te enfades.

Me creía enfadado.

- No te enfades -repitió-. Hace poco, mientras tú dormías, cuando han empezado a levantar las barricadas, he comprendido de repente que el marido, los hijos, no tienen importancia en comparación con lo que se acerca. ¡Te amo, te amo mucho! -y me estrechó la mano como nunca lo había hecho-. Pero, ¿oyes cómo trabajan ahí, en la calle?

¿Oyes los golpes de las hachas y de los martillos? Me parece que a cada hachazo, a cada martillazo, vienen a tierra espesos muros y se abren amplios horizontes. Esos golpes son como llamadas de la libertad. ¡No sabes cómo me conmueven! Aunque es de noche, se me antoja que brilla el sol. Soy ya vieja, tengo treinta años; pero me parece que sólo tengo diecisiete y que llena mi alma un primer amor infinito, sin límites.

- ¡Qué noche! -exclamé-. Se diría que la ciudad no existe ya... A mí también se me figura no tener los años que tengo.

-Golpean, y sus golpes suenan para mí como un canto, como una música con la que he soñado toda mi vida. Y no sé por qué se me arrasan los ojos en lágrimas y, al mismo tiempo, experimento el deseo de cantar, de reír. Es la llamada de la libertad. No me prives, pues, de esa dicha. Déjame morir con los que trabajan y llaman con tanto denuedo a las

puertas del porvenir, despertando incluso a los muertos en sus sepulcros del pasado.

- Tienes razón. El pasado entero no es nada en comparación con lo que se acerca.

- Sí, no es nada.

- Me parece no haberte conocido hasta ahora. ¿Quién eres?

Se echó a reír con una risa tan sonora como si realmente no tuviese más que diecisiete años.

-A mí también se me figura no haberte conocido hasta ahora.

Hace mucho tiempo que ocurrió todo esto. Los que duermen en la actualidad el hondo sueño de una vida gris y mueren sin despertarse no me creerán; pero, en aquella época, hasta diríase que el tiempo había desaparecido. El sol salía y se ponía, las agujas de los relojes señalaban las horas y los minutos, y el tiempo, con todo, no existía. Muchas otras cosas grandes, admirables, ocurrían en aquella época, y los que duermen el hondo sueño de una vida gris y mueren sin despertarse no me creerán.

- ¡Hay que ir -dije.

- Espera; voy a darte de comer; no has comido nada. Y mira si soy prudente; yo iré mañana. Dejaré en cualquier parte a los niños e iré a reunirme contigo.

- ¿Somos, pues, camaradas?

- ¡Sí, somos camaradas!

El aroma del campo penetraba en la habitación por la ventana abierta. El silencio nocturno sólo era turbado por los golpes sonoros y alegres del hacha.

Sentado a la mesa, yo miraba, escuchaba, y todo en torno me parecía tan nuevo y lleno de misterio, que me dieron ganas de reír; Se me figuraba que todo cuanto me rodeaba sería destruido y yo solo permanecería. Todo pasaría; pero yo seguiría existiendo. Todo lo que no era yo mismo -la mesa, los platos- se me antojaba absurdo, extraño, irreal, no dotado sino de una existencia ficticia.

- ¿Por qué no comes? -me preguntó mi mujer.

Sonreí.

-El pan... ¡es tan extraño!

Ella miró el pan, y su rostro se puso triste. Luego volvió la cabeza hacia la habitación de los niños.

- ¿Te dan lástima? -le pregunté.

Negó con la cabeza sin apartar los ojos del pan.

- No, no es eso. Pienso en nuestro pasado, en todo lo anterior a este día. ¡Es tan incomprensible! Cuanto miro es incomprensible.

Dirigió en torno una mirada atónita, como si acabara de despertarse.

- ¡Es tan absurdo! Aquí hemos vivido...

- Sí, y tú eras mi mujer.

- Y ahí están nuestros hijos.

- Ahí, en mi habitación próxima, murió tu padre.

-Sí, murió, sin despertar...

Nuestra hijita -la más pequeña- empezó de pronto a llorar; sin duda algún temor pueril había turbado su sueño. Y aquel llanto de niño, aquel llanto sin amargura, obstinado, insistente, sonaba de una manera extraña cuando en la calle se levantaban barricadas.

La niñita lloraba pidiendo caricias, palabras mimosas, promesas tranquilizadoras.

No tardó en calmarse, y se calló.

- Bueno, ¿te vas? -dijo en voz baja mi mujer.

- Quisiera abrazarlos antes de irme.

- Temo que los despiertes.

- No, no hay cuidado.

Mi hijo mayor, que tenía nueve años, estaba despierto. Lo había oído y comprendido todo. Sí, lo había comprendido todo, a pesar de sus nueve años. Y fijó en mí una mirada profunda y severa.

- ¿Llevarás el fusil? -preguntó con voz grave.

-Sí.

- Está detrás de la chimenea, ¿verdad?

- ¿Cómo lo sabes? Bueno, abrázame. ¿Te acordarás de mí?

Saltó de la cama en camisita, caliente aún del sueño, y se abrazó con fuerza a mi cuello. Sintiendo el calor de sus brazos suaves, delicados, levanté el pelo de su nuca, y se posaron en su cuellecito, un instante, mis labios.

- ¿Te matarán? -me dijo al oído.

- No, volveré.

¿Por qué no lloró? Muchas veces lloraba cuando yo salía de casa. ¿Acaso él también había oído aquellas llamadas misteriosas? ¡Quién sabe! ¡En aquella gran época ocurrían tantas cosas extraordinarias!

Dirigí una mirada a las paredes, a los muebles, a la bujía cuya llama vacilaba, y estreché la mano de mi mujer.

- ¡Bueno, hasta la vista!

- ¡Sí, hasta la vista!

Y a eso se redujo todo.

Me fui. En la escalera olía mal y no se veía. Envuelto en las tinieblas, buscando con los pies los viejos escalones de piedra, experimentaba un sentimiento de felicidad inmensa, de alegría infinita, que llenaba todo mi ser.

B. Cano Ruiz
LA AMISTAD
EL SECRETARIO GENERAL

*Que yo me la llevé al río
creyendo que era soltera
pero tenía “marío”.*

Así terminó de recitar los célebres versos de García Lorca nuestro Secretario General, y aunque los dijo sin gracia ni estilo todos aplaudimos sinceramente contentos en aquella reunión de características tan diferentes a nuestras consuetudinarias reuniones de Comité Regional de Juventudes Libertarias de Cataluña, en las que teníamos que afrontar los graves problemas de nuestra participación intensa y activa, junto con todo el movimiento libertario, en una guerra y una revolución cuyos alcances nosotros mismos tal vez no llegábamos a valorar en el fragor del quehacer arrollador de cada día. Nos habíamos reunido aquella tarde para celebrar fraternalmente el matrimonio (unión libre) de nuestro compañero de Comité y director del semanario portavoz de las Juventudes Libertarias Cataluña, B.M., con la

simpática y hermosa jovencita Rosalía, delegada a nuestro Comité por la organización regional de Mujeres Libres de Cataluña.

A pesar de la gran escasez de alimentos, a cambio de mi dotación semanal de tabaco, yo, que no fumaba, conseguí dos cajas de galletas que, según la propia afirmación de B.M., eran "Bocato de cardenali". Y alguien, por algún procedimiento análogo, había aportado una provisión de chocolate que nos permitió regalarnos con dos tazas cada uno.

Enfrascados en ese exquisito banquete estábamos cuando llegó uno de los porteros del edificio, quien, después de aceptar las dos galletas que muy conservadoramente le ofrecimos, se dirigió a nuestro Secretario General:

-Acaban de traer este comunicado para el Comité -dijo, y le entregó un sobre con todas las características de comunicado oficial.

Hubo un momento de expectativa mientras el Secretario General abría el sobre y leía el documento.

- ¡Hijos de... Stalin!- dijo el Secretario General sin poderse dominar-. En cuanto nos dejemos nos amordazan y nos destrozan. Leído el papel nos enteramos que se nos conminaba por parte de las autoridades a que acudiera

aquella misma noche el director de nuestro semanario a responder del contenido del editorial del último número, aparecido aquella misma mañana, que había sido denunciado por derrotista. Se nos amenazaba con la suspensión definitiva del semanario si hacíamos caso omiso de aquella citación.

En el editorial de aquella mañana B. M. refería el caso de un compañero de nuestras juventudes, enrolado militarmente en una división comandada por comunistas, que había sido maltratado por haberle encontrado leyendo nuestro periódico. Y en el mismo editorial B. M. advertía del peligro inminente que para la revolución y para la guerra estaba representando ya la preponderancia que en todos los órdenes estaba adquiriendo la dictadura bolchevique en desdoro y con el avasallamiento cada vez más intenso de todos los demás sectores que en aquella guerra y aquella revolución habíamos aportado infinitamente más que todo el marxismo leninismo.

Aunque la participación del movimiento libertario en su conjunto y de las Juventudes Libertarias específicamente consideradas aún eran de mucha importancia en aquella contienda, todos consideramos que era necesario acudir a la citación que se nos hacía, tanto para impedir la suspensión de nuestro periódico como para defender ante quien fuera nuestras posiciones; pero el problema más delicado

estribaba en acudir aquella noche al Palacio de Justicia, donde se nos llamaba, representada, cuando menos, pasarse allí toda la noche, y si tenía que ir, como era lógico, B. M. como director del periódico, aquel matrimonio que estábamos celebrando sufriría aquella primer noche de luna de miel los zarpazos de las instituciones y el primer sacrificio en aras a la lucha en que estábamos enfrascados.

- ¡No importa! -decía B. M., reflejando en su rostro el asco y el odio que le inspiraban los bolcheviques.

-Yo te acompañaré -decía Rosalía, esforzándose por demostrar una valentía que en su fuero interno sentía muy levemente.

Y la sana y fraternal alegría que unos momentos antes impregnaba aquella secretaría donde se habían adoptado acuerdos de vital trascendencia para la marcha de los acontecimientos que desde julio de 1.936 estábamos viviendo, se desvaneció para que el ambiente se llenara de indignación y cierto ingenuo dolor ante la frustración de aquellos dos muchachos que habían sabido ganarse nuestro cariño por su abnegación y por su inteligencia.

Después de unos momentos de embarazoso silencio dijo nuestro Secretario General:

-En nuestro Comité, realmente, la máxima representación radica en mi persona, como Secretario General, y como

consecuencia yo debo compartir con el director del periódico toda la responsabilidad del mismo, por lo que creo que yo debo acudir a esa citación en vez de B.M. Y creo, además, que defenderé nuestro periódico con el mismo ardor que lo haría su director.

B. M. se opuso a esta proposición y oferta, pero a mí me pareció adivinar en su fuero interno una especie de liberación que representaba uno de los momentos más felices de su vida.

Al fin, después de discutirlo serenamente entre todos, convinimos en que si nuestro Secretario General lo hacía con gusto y por propia iniciativa, sin tener la obligación oficial de hacerlo, ese gesto de amistad hacia la pareja nos parecía loable.

-Yo soy soltero -decía nuestro Secretario General- y si he de pasar algún rato encerrado entre esas alimañas de la justicia me servirá de experiencia, ya que yo no he estado aún en la cárcel.

Y nuestro Secretario General se presentó a responder por la publicación de aquel editorial acusado de derrotismo.

Y a pesar de su cargo de Secretario General de las Juventudes Libertarias de Cataluña, nuestro Secretario General se pasó aquella noche en las celdas del Palacio de Justicia y hasta la noche siguiente no pudimos rescatarlo de

entre las garras de aquella justicia que ya comenzaba a estar bajo la influencia del estalinismo.

Y aquella prueba de amistad hacia la pareja que se unía en matrimonio acrecentó en nosotros el afecto y el compañerismo hacia nuestro Secretario General.

Emilio Chapelier

INQUILINO Y CASERO

Juan Prolo es un minero inteligente y tan instruido como su oficio permite; es casado y padre de cuatro hilos. Cuando trabaja, su jornal apenas alcanza a satisfacer las más apremiantes necesidades de la familia; cuando no trabaja, pasa grandes apuros.

En este último caso le hallamos: domina la crisis; los dueños de las minas no beben una botella de champán menos, pero Juan Prolo y los suyos comen sopa de agua caliente y aceite crudo.

Llaman a la puerta. Entra el casero, y tras el saludo más frío y rutinario, anuncia que han pasado ocho días desde el vencimiento del alquiler y quiere cobrar.

A pesar de lo impropio de las circunstancias, ambos personajes sienten deseos de justificarse, y emprenden el siguiente diálogo:

- Necesito mi dinero -dice el casero.

- Yo también -replica el inquilino.

He alquilado a usted mi casa y tengo el derecho de hacerme pagar.

- Derecho muy discutible.

- ¡Como discutible!

- Claro está. Vamos a ver: ¿con qué derecho posee usted esta casa y estas tierras?

- Por legado de mis padres.

- ¡Vaya una razón! ¿Con qué derecho las poseían sus padres?

Las habían comprado.

-Para comprarlas tendrían el dinero necesario: ¿con qué derecho lo poseían? Además sería preciso demostrar que alguien tenía el derecho de venderlas. Racionalmente hablando, el derecho es impersonal por lo que el producto de un robo no pierda su carácter de ilegitimidad al pasar de una mano a otra, de una generación a la siguiente. Desde ese punto de vista no es el derecho quien ha hecho a usted propietario, sino la casualidad. Vea usted lo que sobre este asunto dice Pascal: «Decís que vuestras riquezas provienen de vuestros antepasados, pero ¿no las adquirieron y conservaron ellos por mil casualidades? ¿Imagináis acaso que esos bienes han pasado del poder de vuestros antepasados al vuestro por vía natural? No, en manera

alguna. Esa sucesión no tiene más fundamento que la voluntad de los legisladores, "quienes han podido tener buenas razones para establecerla", pero ninguna de ellas tomada del derecho natural que podáis tener sobre esas cosas. Si hubieran querido mandar que los bienes, después de haber sido poseído por los padres durante su vida, volvieran a la república después de su muerte, no seríais propietarios ni tendríais motivos de queja. Por tanto, el título que os da derecho a la posesión de vuestros bienes, no es natural, "es de establecimiento humano". Un giro distinto de la imaginación de los que hicieron las leyes os hubiera dejado pobres. Sólo el choque de la casualidad con la fantasía de las leyes que os son favorables os ha dado la posesión de esos bienes.»

- Los legisladores -continuó Juan Prolo-, "podían tener buenas razones"; en efecto: entonces todos eran propietarios, casi todos los son actualmente, y los que no lo son por el momento no tardan en serlo, y decretaron que tenían el derecho de ser propietarios. Ni más ni menos.

- Sí, ya sé que no todo es perfecto -respondió el propietario- y que se pueden criticar muchas cosas; pero se promulgan leyes para que reine el orden en la sociedad y es necesario someterse a ellas.

- Eso mismo decía Pascal, aunque declarando que toda ley es arbitraria. Usted debe saber que ningún europeo sería

propietario en China, ateniéndose a las leyes chinas, las cuales les prohibían la entrada en aquel país. Pero, aparte de eso, ¿está usted seguro de que no debe su fortuna a un revolucionario, a uno de los que destruyen las leyes de su tiempo en lugar de someterse a ellas? Por ejemplo, en Francia, en 1792 y 1793, los burgueses se apoderaron unas veces directamente, como vulgares desvalijadores, de los bienes de la nobleza y el clero, otras veces declarando esos bienes propiedad del Estado y comprándolos después a vil precio. Hay que notar que al declarar propiedad pública los bienes de los "emigrados" se les declaraba propiedad del pueblo; pero como sólo ellos tenían medios de adquirirlos, y además no se consultó al pueblo, resulta que los herederos... ¿qué le parece a usted de esos herederos?

- ¿Quién piensa en tal cosa? Ya sabe usted que hace mucho tiempo se pasó la esponja sobre eso, y que ya no se conocen más que derechos adquiridos por el tiempo.

- ¿Ah, sí? Pues, en buena lógica, reconocerá usted que los proletarios no tienen más que hacer contra la burguesía la misma revolución que hicieron los burgueses contra la nobleza y el clero en 1793: apoderarse de todas las propiedades, y como desde entonces hasta el presente han transcurrido más de cien años, no hay más que esperar otros cien, es decir, el año 2000 y pico, para que se haya pasado otra vez la esponja y no haya más que derechos

adquiridos, y vuestros descendientes no tengan derecho de queja. ¿No le parece a usted, señor casero?

- ¡Oh, no; eso es muy diferente! Además, mi fortuna es muy anterior a la revolución francesa, y aun a los bandidajes aristocráticos de la edad feudal, de que podría usted servirse como argumento. Me ha sido trasmitida por una larga descendencia de antepasados cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

- ¿Y todavía no es usted conde? No importa; quiero conceder a su ascendencia una antigüedad superior a la de los más encopetados aristócratas; pongamos que descende del tiempo, no de Carlomagno, sino de Clodoveo; pero entonces resultará quizá que descende usted de una de aquellas hordas de bandidos que, bajo el nombre genérico de tártaros, hicieron múltiples invasiones en el imperio romano. O bien procede de los bandidos que conquistaron la Galia a las órdenes de Julio César, y se sentirá orgulloso de ser heredero de los descendientes de Rómulo. En este caso diré que sólo veo una diferencia entre César y Bonaparte comparados con cualquiera de los bandidos ejecutados en la plaza de la Gréve, consistente en que al que opera en grande se le colma de honores, y al que obra en pequeño se le condena a muerte. La moral del más fuerte, la de Bismarck: "La fuerza sobre el derecho".

- Hay probablemente propietarios que se hallan en ese caso, pero como es imposible determinar quiénes sean, lo mejor es, en interés del orden social, aceptar el actual estado de cosas.

- Sí, ya comprendo; debo aceptar la sociedad capitalista porque no puedo probar jurídicamente que tales y cuales ricos que se me imponen son los herederos de una cuadrilla de ladrones; como tampoco puedo probar jurídicamente que soy heredero natural de las tierras que usted posee en detrimento mío, debo trabajar toda mi vida como un animal; debo ver morir tranquilamente a mis hijos por falta de aire, de luz, de alimento y de vestido; debo contemplar con admiración cómo se sienta la mano a mis hermanos de miseria cuando reclaman un poco más de pan y de libertad; debería inclinarme respetuosamente ante vuestro lujo insultante, etc., etc. ¿No es eso? ¡Qué asco!

- Declamaciones demagógicas. Tenga usted presente, señor Prole, que el valor resplandeciente de mi argumento ha sido universalmente admitido por todos nuestros intelectuales, desde los curas de misa y olla y los más ínfimos gacetilleros hasta sabios como Leroy-Beaulieu. Pero, aparte de eso, mis tierras me han sido transmitidas de generación en generación desde el primer ocupante, y nunca, entiéndalo usted bien, nunca se hizo culpable uno de mis antepasados de la menor indignidad. Todos atravesaron las invasiones

sin sacar de ellas el menor beneficio ilegítimo. Supongo que no tendrá usted nada que decir contra el derecho del primer ocupante.

- Su réplica es manifiestamente absurda, señor casero. Es imposible determinar la personalidad del primer ocupante de un trozo de territorio, a través de los grandes movimientos de los pueblos de la época histórica, y la idea de determinarla entre las emigraciones y las guerras de la época prehistórica es una locura: Admitamos, sin embargo, que el primer ocupante de sus tierras fue verdaderamente uno de sus antepasados. ¿De dónde venía? ¿No tenemos todos un origen común? ¿No somos todos hijos de la Tierra?

- Sí.

- Pues la Tierra debe ser propiedad de todos, sin que nadie pueda, sin injusticia evidente, cercar un pedazo del planeta y decir: "Esto es mío".

- Es que ha habido consentimiento mutuo entre los contemporáneos.

- Su afirmación supone la existencia de un contrato, que vuestros mismos jueces exigirían para dar a usted la razón; yo también lo exijo; a ver: venga ese contrato. ¿No lo tiene usted? No importa; quiero admitir que usted posee el tal contrato. Admito también que los contemporáneos de su

abuelo eran libres de malbaratar sus derechos, pero no los míos ni los de mi generación. ¿Hay quien pueda negarme el derecho de comer sopa de col, pretextando que no le gustaba a mi abuelo? "Lo que los hombres han hecho, los hombres pueden deshacerlo", ha dicho Rousseau. En Francia, la burguesía ha deshecho la monarquía; ¿y no podrá el proletariado poner término a la ocupación propietario-capitalista?

- Y a todo esto, ¿qué hace usted del derecho de herencia?

- Sencillamente, negarlo. Es absurdo que porque un hombre haya pasado el período de su desarrollo embrionario en el vientre de Juana o María, sea millonario o mendigo. Sabido es que usted echó de su casa a una criada después de haberle hecho un hijo, cosa muy corriente entre los ricos. Pues ese hijo es producto de una de sus células y de otra de su madre; la mitad de esa criatura, según el supuesto derecho natural de herencia, queda desheredada, puesto que si la célula ovular procediera de la señora y no de la criada, el chiquillo sería el heredero. Oiga usted la opinión de Jorge Thonar: "La propiedad es puramente convencional; se puede nacer cojo, ciego, débil o robusto, pero no se nace propietario; se nace "individuo", sin más propiedad que la de su persona. Entre los recién nacidos nadie puede distinguir cuál es el llamado a ejercer el nefasto papel de propietario, si no se hubiera convenido en dar ese

título a tal o cual niño, porque la Naturaleza no crea propietarios. Si antes que un niño haya realizado ningún acto le reconocéis derechos exclusivos sobre un objeto determinado, practicáis un acto de expoliación respecto de todos los demás niños, porque por ese solo hecho priváis a todos del goce de aquel objeto."

- ¡Ese Thonar es una canalla! -interrumpió el casero-. Le denunciaré para que lo metan en la cárcel.

- Sí, la cárcel es todavía la base más sólida de los derechos de los propietarios.

El casero se encogió desdeñosamente de hombros y se dispuso a salir, aunque sin cobrar el alquiler; pero Juan Prolo, animado por la discusión le retuvo por el brazo.

- ¿Y qué me dice usted del derecho de conquista?

- Pues, sencillamente, que está admitido por todos los códigos antiguos y modernos y jamás ha sido negado por ningún gran legislador.

-Sin duda, porque ha beneficiado a todos los grandes legisladores. Pero no es ésta la cuestión; admitir el derecho de primer ocupante es negar el derecho de conquista, y tanto no se puede conquistar un pedazo de territorio sin antes sea propiedad de alguien, el derecho de conquista es la negación absoluta del derecho del primer

ocupante. Y no sólo esto, sino que proclamando el derecho de conquista se legitiman todos los latrocinios a mano armada. Porque, ¿qué es conquistar sino adquirir por las armas, con razón o sin ella la propiedad ajena? Los bandidos que salen al camino adquieren por las armas del mismo modo que un emperador, y a veces con más valor. Si se encarcela a los bandidos sólo en virtud de poseer una fuerza superior, hay que admitir que si de pronto se volvieran ellos los más fuertes os castigarían en nombre de las leyes que harían inspirándose en las vuestras.

- ¿Es usted abogado de los bandidos? -preguntó irónicamente el casero.

- No -respondió Juan Prolo-. Únicamente procuro demostrar a usted que, en verdadera sociología, el bandido, el conquistador, el ladrón profesional y el propietario son parásitos que viven a expensas de los productores de la riqueza social. Los ladrones ilegales cambian el propietario, pero no destruyen la propiedad; cuando fracasan caen víctimas de la institución que les ha producido; cuando logran buen éxito se vuelven honrados capitalistas, ante los cuales todo el mundo se inclina y a quienes protegen las leyes. Por lo demás yo no veo más que el principio de propiedad individual, dejando aparte los individuos.

- Sí, comprendo; usted es partidario de la expropiación, es decir del robo universal.

- Por el momento, no he de justificar la expropiación, de la que, en efecto, soy partidario pero he de demostrar el absurdo y la injusticia del derecho de propiedad individual, Y, a propósito de expropiación y de conquista, veremos qué mal parado deja usted mismo ese derecho. Hemos visto que conquistar es adquirir por las armas; pues, según usted mismo, para ser legítimamente propietario de lo que se desea, basta ser suficientemente hábil, fuerte y bien armado para quitárselo a quien lo posea. ¿Verdad? El choque de esta consideración y la realidad causa risa. Suponga usted que los proletarios, que todos los desheredados se coligan y que, armados, declaren la guerra a la clase propietaria, la vencen y dicen después de haberla despojado de cuanto poseía: «Es una desgracia para vosotros, lo comprendemos, pero no podéis quejaros: "hemos obrado en conformidad con vuestros principios; somos conquistadores". Aceptad el nuevo régimen, partidarios del derecho de conquista». ¿Qué diría usted en ese caso, señor casero?

- No sé qué diría si tal cosa ocurriera; pero sé lo que puedo decir hoy: disponernos de la fuerza y los proletarios han de inclinarse. ¿No le parece a usted, señor Prolo? Pero me interesan sus ideas sobre la propiedad. ¿Negará usted el

derecho del obrero que, en vez de derrochar el jornal, se impone privaciones y a fuerza de economías acaba por ser propietario?

- Continuaré, señor casero; pero no para distraer a usted, sino para decirle que, si todavía somos esclavos, no nos engañan vuestras teorías. Un privilegiado no tiene derecho a hablar de economías y de despilfarros a un desheredado. Pero dejemos esto a un lado. Hay casos excepcionales en que un obrero, a fuerza de trabajo extraordinario, y a veces también de abyecciones, puede reunir algunas economías; pero ¿ha de admitirse como criterio el derecho de la fuerza brutal de los músculos, el genio, la habilidad o la torpeza? Juan es fuerte y gana dos, consumiendo solamente uno; puede ahorrar la mitad de lo que gana. Ese hecho tan sencillo tiene una infinidad de graves consecuencias, de las que me limito a señalar dos: Juan, produciendo dos, ha impedido que Pedro produzca uno; ha podido ganar más de lo que necesitaba, mientras Pedro no ha podido ganar lo necesario. Sin embargo, Juan ha economizado sobre el producto de su trabajo; pero como las economías nada producen por sí mismas, va a hacerlas producir; para ello emprenderá más trabajo del que puede ejecutar por sí mismo; alquilará otros obreros y sobre ellos un beneficio. A partir de ese momento no se enriquece ya con su trabajo, sino con el de los obreros esquilados, y merced a unas economías sobre las cuales no tiene

ningún derecho, puede explotar la miseria de sus compañeros. Se sabe además que de cada diez inventores hay lo menos nueve robados por capitalistas infames a quienes se habían visto obligado a revelar su suerte.

Algunos logran enriquecerse; pero ¿tiene derecho a esa riqueza? No hay invento sin el concurso directo o indirecto de todos los trabajadores del mundo. Necesita hierro, herramientas, aunque sólo sea una aguja. Si todo esto se le negara a un inventor, ¿qué haría de su idea? Claro es que necesita más inteligencia para inventar la telegrafía sin hilos que para hacer ladrillos, cortar piedra y aserrar madera: pero supongamos que a Marconi, cuyo genio admiro, se le hubiera negado un local... Además, no se comprende Marconi sin Franklin. Volta y otros muchos. Toda Invención es el producto del trabajo no de un solo hombre, sino de todas las generaciones pasadas y presentes.

- ¡Alto, señor Prolo! Usted olvida que para adquirir la ciencia necesaria para su invento, Marconi ha gastado una fortuna.

- Responde usted a la contestación por la cosa contestada. ¿Con qué derecho poseía Marconi esa fortuna? Mientras médicos, abogados, ingenieros, etc., acudían a las escuelas superiores gastando "una fortuna", yo me encontraba como un reptil en las infectas galerías de las minas, extrayendo el

combustible indispensable para que cociera su olla... y también la de usted.

- En resumen: opina usted...

-Que todas las riquezas naturales y sociales son patrimonio común de todos los hombres y que todos deben poder gozar de ellas según sus necesidades.

- ¿Y el pago de mi alquiler?

- ¿Y la vida de mis hijos?

Joaquín Dicenta

EL MODORRO

Penetré en la casa inclinando un poco la cabeza para trasponer el desmedrado umbral. El sol entraba allí de contrabando; se detenía sobre las primeras baldosas, convirtiéndolas en muzárabes azulejos, y luego como si le asustaran la humedad y pobreza del recinto, deshacíase en polvo de oro y volvía a la calle tejiendo, desde las baldosas a la puerta, una gasa de anémicos matices azules.

Más adentro, apenas si llegaba la luz. La vidriera verdosa de un ventanillo entrecruzado por anchas líneas de hoja de lata, mejor era estorbo que paso de claridad. Con la puerta ocurría lo mismo. La sala se abocetaba confusamente entre melancólicas sombras que permitían entrever paredes desnudas, afeitadas con yeso, cuatro o cinco sillas, una mesa y el arranque del techo avigado con maderones color de chocolate. El fondo resultaba francamente invisible. Adivinábanse en él muros negros faltos de relieve y de límite. Era algo así como un abismo que, en lugar de abrirse ante los pies, se abría ante los ojos.

En una de las sillas estaba sentada una mujer. Parecía contar cincuenta años; más tarde supe que tenía treinta. Por su cutis, repujado de costurones, extendíanse las blancuras mates de la escrófula; sobre su pelo, de un rubio maíz, brillaban las canas como limaduras de plomo; su boca servía de reducto a una guerrilla de cariaditos; bajo su cuerpo reía justillo y pingajeaba una falda. Se levantó para coger a un chiquillo, que se revolcaba sobre las baldosas sobadas, remedando un amorcillo. Su corpiño se abrió ofreciendo salida a un pecho jugoso, donde el niño hizo presa, mientras la madre murmuraba: "Asiéntense ustés. Ahora mesmo vendrá". En las impenetrables tinieblas del fondo, escuchóse un ruido similar al que producen los grandes reptiles cuando se arrastran por las rocas. El ruido iba acompañado con jadeos de bestia herida. Aquello, fuera lo que fuera, avanzaba hacia nosotros en la oscuridad. Al llegar aquello donde la luz comenzaba a transparentarse, distinguimos una mano negra que buscaba entre las sombras. La masa ambulante se contorneó poco después dibujando una cabeza lívida agarrada a un cuello muy largo, un corpachón que producía al deslizarse contra el suelo restregones lijosos y remos encogidos que oscilaban torpísimamente para caminar. Envuelto y mal acusado por las sombras, parecía un sapo gigantesco. Al fin salió de ellas; el sol le sedujo descaradamente. Era un hombre. ¡Miserable imagen la que

nos miraba con sus ojos sin brillo y nos sonreía con su boca sin dientes. La carne, rebujada en un chaquetón y unos pantalones, no debía ser carne, sino una gelatina de hombre. Tan continuo, tan acentuado, tan oscilante era su temblor, que no podía tener músculos que la afianzaran, ni huesos que la fortalecieran, ni médula que la sirviera de puntal. Pasta, hecha con linfa y sangre y filamentos nerviosos machacados, era indudablemente aquel tronco Informe y convulso; como eran, no extremidades humanas, manojos de fibras retorcidas, sujetas las unas a las otras por insegura trabazón, los remos que se apoyaban en la tierra con bailoteo trágico; como era descoyuntado maniquí la cabeza de greñas flotantes y horrible gesticulación, que trazaba semicírculos sobre el cuello papiloso acorazado con escamas rojizas.

Nunca vi criatura racional a ésta comparable, imagen humana tan siniestra. Ni los desarticulados que entretienen en el circo a los públicos, establecerían con ella pugilato.

Ellos horrorizan, espantan, producen escalofríos de asco y dolor al realizar su faena bárbara y volverse reptiles-hombres. Pero cuando su faena termina, el reptil desaparece, el hombre toma a ser amo de sus músculos y, apoyándose en sus puntales óseos, yergue victoriosamente la médula y saluda al público que aplaude con entusiasmo, más que su labor, su reingreso en la humanidad.

El otro no; el otro no puede mandar a sus músculos como dueño, ni afianzarse a placer en los puntales de sus huesos, ni erguir voluntariamente su médula. Está condenado a arrastrarse contra la tierra, hasta que la tierra se entreabre compasivamente para ofrecerle sepultura. Es un hombre reptil de por vida.

Y si este hombre reptil fuera producto de un error cometido por la Naturaleza en su taller de criaturas, aun podría mirársele con la angustia que produce el sufrir del prójimo, pero con la resignación que acompaña a lo inevitable. El espectáculo ofrecido por el hombre reptil que se arrastraba frente a mis ojos, si producía angustia, no producía resignación; producía indignada cólera, porque aquel hombre no era un error sufrido por la Naturaleza en su taller de criaturas; era un crimen cometido por la sociedad en su inquisición de ciudadanos.

Aquel hombre era una víctima de la mina, un contribuyente del mercurio que platea los criaderos de Almadén. La miseria, las urgencias del mendrugo diario le empujaron hacia el pozo y le metieron en la jaula y le desembarcaron en la galería, enfrentándole con la veta de azogue y poniéndole una piqueta o un barreno en las manos.

Cuando bajó a la mina por primera vez, era un individuo fuerte y ágil, sus carnes, vivificadas por el sol, fortalecidas por el aire libre de los campos, tenían resistencia y salud; sus

músculos se remarcaban enérgicamente bajo la piel; sus huesos crujían con poderoso crujimiento en el engrase de las articulaciones; su medida se erguía recta y firme para sostener una cabeza varonil, donde brillaban sus ojos con el resplandor de la juventud y sonreía la boca mostrando la dentadura.

Cuando salló por última vez de la mina, era un frasco de mercurio más, un cacho de mineral vivo, útil aún para producir ganancias a sus explotadores, si éstos no vacilan de entregarle a una prensa destiladora. Salud, energías,

Músculos potentes, osamenta sólida, médula pronta a erguirse con arrogancia varonil, todo fue deshecho por la mina. El mercurio, penetrando en los pulmones del minero filtró el aire y en su sangre con el sudor, fue apoderándose poco a poco de él, destruyéndolo, agelatinándolo, convirtiéndolo en masa informe y temblorosa, en sapo de azogue, que un día, terminada su labor destructora y satisfecho de ella en absoluto, le dejó caer sobre la jaula y devolvió a la superficie de la tierra el desperdicio humano que se acercaba hacia nosotros arrastrándose como un reptil, y moviéndose como una bestia herida.

El miserable llegó cerca de mí: se izó con auxilio de sus brazos bailones, sobre una de las sillas; desplomó su cuerpo contra ella; sujetó con sus manos, que

temblaban epilépticamente, sus piernas, que temblaban también epilépticamente ; apoyó en el duro respaldo su cabeza péndulo y mirándonos cara a cara, nos dijo con voz tartamuda:

- Los señores quieren saber mi vida. Oiganla y Dios les pague el bien que hagan por mí.

Y habló; habló sencilla y humildemente, sin protestas, con resignación de esclavo, hecho desde niño al latigazo y a la argolla.

- Hace treinta años -decía aquella cara que pensaba y hablaba- hace treinta años, tenía yo dieciocho, bajé por primera vez a la mina; había que buscarse el pan. Bajé ganando dos pesetas diarias. Diez bajadas mensuales, no puede uno hacer más sin morirse pronto, hacen un jornal de veinte pesetas cada treinta días. ¡Entonces trabajaba yo mucho! ¡Claro! Aun estaba fuerte para pelear con el azogue. Luego el azogue fue pudiendo conmigo y mi cuerpo empezó a temblar con este temblor “condenao”; a ponerse modorro: así se nos llama. Pero ¡qué remedio! Había que seguir trabajando. ¡Qué remedio! O trabajar o no comer. Un día el temblor aumentó; y mis jefes, viendo que me era imposible bajar todos los meses, vamos, un mes y otro y otro, me pusieron al terno. Al temo es un mes arriba y otro abajo. Después me pusieron arriba del “too”; porque no

estaba “pa” bajar. El mercurio se hizo el amo de mi persona y los temblores se crecieron. Una noche, al volver del trabajo, dando tiritones como siempre, abrí la puerta de mi casa, fui a andar y se me marcharon los pies y caí en el suelo de espaldas. Creí que se trataba de un resbalón; hice por levantarme apoyándome en las dos manos. ¡Qua si quieres! No podía levantarme ya; no podría ponerme derecho jamás; el azogue me había “tumbao”, tumbao pa siempre... Entonces el señor director me señaló el retiro; una pesetilla diaria; lo que le toca a uno cuando ha hecho muchos jornales, ¡muchos! Los que yo he hecho desde los dieciséis años hasta los treinta y seis. De la peseta nos descuentan los domingos y los días festivos. Total, a bulto, veinticuatro pesetas por mes. Esa es mi historia y aquí estoy, pa lo que “ustés” gusten de mandarme; y Dios les pague lo que hagan en el mundo por mí.

Y la víctima del azogue, el sapo del azogue, el que produjo durante treinta años miles de frascos de mercurio, que el Estado vende a 300 pesetas cada uno, trató de incorporarse y vino al suelo boca arriba, con pataleo de bestia agónica, derribada por el cazador.

Llegábamos al umbral de la puerta. Me volví para dirigir la mirada al hogar del minero inválido.

La mujer había vuelto a sentarse en la silla; el hombre reptileaba entre las sombras, resoplando desvaneciéndose por ellas.

Trágico monstruo de la zoología social, desapareció tras las tenebreces del fondo con rumor sordo y lento, mientras el niño, abandonado otra vez contra los ladrillos enrojecidos por el sol, restregaba en ellos sus desnudeces de ángel, aguardando que le tocara la hora de bajar a la mina.

F. Domela Nieuwenhuis

LA CASA VIEJA

En cierta calle de cierta ciudad había una casa tan vieja que amenazaba derrumbarse en cuyo caso muchas familias que la habitaban hubieran quedado sepultadas bajo las ruinas.

El propietario era muy avaro y no le inquietaba el estado de su finca, por más que viera el peligro que corrían los vecinos; pero, en cambio, era muy severo en exigir la puntualidad en el pago de los alquileres.

La mayor parte de los inquilinos eran personas sencillas, buenas, demasiado ingenuas.

Cuando oían crujir los muros o veían caer alguna piedra -signo precursor de próxima ruina-, se decían que esto no significaba gran cosa y que todo quedaría largo tiempo de igual modo; además, el propietario refería que siempre había estado así.

Sin embargo, el peligro amenazaba cada vez más. Se descubrió que la avaricia del propietario era la única causa

del mal estado en que se hallaba la casa y algunos vecinos que murmuraron fueron desahuciados por vía de justicia.

Puede decirse que no pasaba día sin que ocurriese algún accidente, a veces bastante serio.

Aumentaba el número de los murmuradores; pero el propietario era un mal hombre. Maliciosamente sembró entre sus inquilinos la desconfianza y la división, de tal modo que las disputas y querellas vinieron a ser la esencia y fue olvidada la causa principal, o sea la ruina de la casa.

El propietario se reía de la estupidez de sus inquilinos. Cada día la casa se hacía más vieja y ruinosa. Alguno tuvo el valor de exigir reparaciones.

El propietario tuvo miedo. Los inquilinos pagaban sus alquileres como antes, pero ya no eran sumisos. Buscó todavía el medio de calmarles. Prometió todo lo que quisieron y no hizo nada.

Al fin, uno de los inquilinos reunió a los demás y les dijo "La casa que habitamos es una casa desgraciada; todos los días somos víctimas de dolorosos accidentes; alguno de nosotros ya ha llevado al padre, la madre, el hermano, la hermana, el hijo o el amigo al cementerio. La causa de todos estos accidentes es el propietario, el cual solo piensa en los alquileres y no en los inquilinos.

¿Debe esto durar mucho tiempo? ¿Seremos siempre tan necios como para soportarlo? ¿Continuaremos enriqueciendo a ese avaro, arriesgando a cada instante nuestra vida?"

Pues bien -continuó el organizador de la reunión- escuchadme..." expuso que se debía exigir al propietario la demolición de la casa y la construcción de una nueva, más moderna y que respondiese mejor a los principios de la higiene, porque ya era inútil toda reforma en el viejo caserón.

Muchos juraron no descansar hasta que la casa fuese demolida y se hizo una activa propaganda por esta idea...

Desgraciadamente, les faltaba el talento de la palabra y del escrito.

No faltaron vecinos de casas próximas que ofrecieron sus servicios, puesto que conocían el arte de hablar y de escribir.

Se consideraron felices con esta oferta algunos de los interesados, Eran los ingenuos, que olvidaban pronto y con facilidad. Unos pocos, por el contrario, recordaron que ya en otros casos algunas personas habían ofrecido sus servicios, pero que nada habían hecho. "Sed prudentes -decían los menos; ¿cómo queréis que un

hombre que habita una casa sólida y bien arreglada, que no conoce los peligros y la condición de una casa ruinosa, pueda representar nuestros intereses?".

Nada quisieron escuchar los otros. Los que habitaban buenas y sólidas casas obtuvieron la representación de los habitantes de la casa vieja, visitaron al propietario, y, a pesar de su talento oratorio, no consiguieron ningún resultado. Indujeron entonces a sus representados a que enviasen al propietario un número mayor de representantes.

Como el propietario era rico, fueron muchos los que se disputaron el honor de ser nombrados representantes, para ir a visitarle. "Mirad -parecía que andaban diciendo por la población los ambiciosos satisfechos que iban a visitar al propietario-, nosotros estamos en relaciones con este gran rico".

Desde entonces, raramente se presentó la cuestión: "¿Cuáles son las mejoras de que hay necesidad?" Y muchas veces, por el contrario, se presentó esta otra: "¿Cuáles personas representarán los intereses de los inquilinos?"

La disputa continúa todavía. Los inquilinos habitan aún¹ la casa vieja, cada día más ruinosa, más peligrosa, y el propietario se ríe tranquilamente de la ingenuidad de los que continúan pagándole alquileres y enriqueciéndole.

La casa es la sociedad actual. El propietario es la burguesía, la clase poseedora. Los inquilinos son los proletarios.

Está ruinoso la casa y debe ser demolida. La burguesía no tiene corazón. Los proletarios están embrutecidos bajo su dominio.

La lucha por la representación de los intereses desvía del verdadero objeto que se persigue. No es un cambio

De personas lo que importa, sino el cambio de la sociedad entera en su conjunto y en sus partes. Ninguno puede garantizar que un hombre será mejor que los otros, porque cada hombre es el producto de las circunstancias y del ambiente que le circunda. No se respira aire sano en una caldera pestilente.

No queremos que el esclavo venga a ser amo y el amo esclavo, porque sería un cambio de personas y no de sistema. Cuando los que ahora están abajo subiesen mañana a lo alto y los que están en lo alto descendiesen... ¿habría acaso cambiado algo seriamente o se habría conseguido útilmente alguna ventaja?

La venganza pertenece a los dioses; los hombres deben mostrar que son superiores, preparando un ambiente en que será destruido todo lo que es bajo e innoble.

Los que causan el hambre, los satisfechos, no nos comprenden; viven al lado de los hambrientos, con los no satisfechos, pero los unos ignoran cómo viven los otros.

Son como dos naciones en un mismo país. Cuando un hambriento llega a ser burgués satisfecho, resulta peor que los ricos de nacimiento. Por lo tanto, el proletariado no debe poner sus intereses en manos de representantes burgueses ni de representantes obreros que se hacen burgueses luego. Crear un ambiente de paz y de bienestar para todos: éste es el verdadero socialismo.

Ricardo Flores Magón

DOS REVOLUCIONARIOS

El revolucionario viejo y el revolucionario moderno se encontraron una tarde marchando en diferentes direcciones. El sol mostraba la mitad de su ascua por encima de la lejana sierra; se hundía el rey del día, se hundía irremisiblemente, y como si tuviera conciencia de su derrota por la noche, se enrojecía de cólera y escupía sobre la tierra y sobre el cielo sus más hermosas luces.

Los dos revolucionarios se miraron frente a frente: el viejo, pálido, desmelenado, el rostro sin tersura como un papel de estraza arrojado al cesto, cruzado aquí y allá por feas cicatrices, los huesos denunciando sus filos bajo el raído traje. El moderno, erguido, lleno de vida, luminoso el rostro por el presentimiento de la gloria, raído el traje también, pero llevando con orgullo, como si fuera la bandera de los desheredados, el símbolo de un pensamiento común, la contraseña de los humildes hechos soberbios al calor de una grande idea.

- ¿Adónde vas?, preguntó el viejo.

- Voy a luchar por mis ideales, dijo el moderno; y tú, ¿adónde vas?, preguntó a su vez.

El viejo tosió, escupió colérico el suelo, echó una mirada al sol, cuya cólera del momento sentía él mismo, y dijo:

- Yo no voy; yo ya vengo de regreso.

- ¿Qué traes?

- Desengaños, dijo el viejo. No vayas a la revolución: yo también fui a la guerra y ya ves cómo regreso: triste, viejo, maltrecho de cuerpo y espíritu.

El revolucionario moderno lanzó una mirada que abarcó el espacio, su frente resplandecía; una gran esperanza arrancaba del fondo de su ser y se asomaba a su rostro. Dijo al viejo:

-¿Supiste por qué luchaste?

- Sí, un malvado tenía dominado el país; los pobres sufríamos la tiranía del Gobierno y la tiranía de los hombres de dinero. Nuestros mejores hijos eran encerrados en el cuartel; las familias, desamparadas, se prostituían o pedían limosna para poder vivir.

Nadie podía ver de frente al más bajo polizone; la menor queja era considerada como acto de rebeldía. Un día un buen señor les dijo a los pobres: "Conciudadanos,

para acabar con el presente estado de cosas, es necesario que haya un cambio de gobierno, los hombres que están en el Poder son ladrones, asesinos. Quitémoslos del Poder, elijanme Presidente y todo cambiará. Así habló el buen señor; en seguida nos dio armas y nos lanzamos a la lucha. Triunfamos. Los malvados opresores fueron muertos, y elegimos al hombre que nos dio las armas para que fuera Presidente, y nos fuimos a trabajar. Después de nuestro triunfo seguimos trabajando exactamente como antes, como mulos y no como hombres; nuestras familias siguieron sufriendo escasez; nuestros mejores hijos continuaron siendo llevados al cuartel; las contribuciones continuaron siendo cobradas con exactitud por el nuevo Gobierno y, en vez de disminuir, aumentaban; tenemos que dejar en las manos de nuestros amos el producto de nuestro trabajo. Alguna vez que quisimos declararnos en huelga, nos mataron cobardemente. Ya ves cómo supe por qué luchaba: los gobernantes eran malos y era preciso cambiarlos por buenos.

Y ya ves cómo los que dijeron que iban a ser buenos, se volvieron tan malos como los que destronamos. No vayas a la guerra, no vayas. Vas a arriesgar tu vida por encumbrar a un nuevo amo.

Así habló el revolucionario viejo; el sol se hundía sin remedio, como si una mano gigantesca le hubiera echado la

garra detrás de la montaña. El revolucionario moderno se sonrió, y repuso:

-Compañero: voy a la guerra, pero no como tú fuiste y fueron los de tu época. Voy a la guerra, no para elevar a ningún hombre al Poder, sino a emancipar mi clase. Con el auxilio de este fusil obligaré a nuestros amos a que aflojen la garra y suelten lo que por miles de años nos han quitado a los pobres. Tú encomendaste a un hombre que hiciera tu felicidad; yo y mis compañeros vamos a hacer la felicidad de todos por nuestra propia cuenta. Tú encomendaste a notables abogados y hombres de ciencia el trabajo de hacer leyes, y era natural que las hicieran de tal modo que quedaras cogido por ellas, y, en lugar de ser instrumento de libertad, fueron instrumento de tiranía y de infamia. Todo tu error y el de los que, como tú, han luchado, ha sido ése: dar poderes a un individuo o a un grupo de individuos para que se entreguen a la tarea de hacer la felicidad de los demás. No, amigo mío; nosotros, los revolucionarios modernos, no buscamos amparos, ni tutores, ni fabricantes de ventura. Nosotros Vamos a conquistar la libertad y el bienestar por nosotros mismos, y comenzamos por atacar la raíz de la tiranía política, y esa raíz es el llamado "derecho de propiedad". Vamos a arrebatarse de las manos de nuestros amos la tierra, para entregársela al pueblo. La opresión es un árbol; la raíz de este árbol es el llamado "derecho de propiedad"; el tronco, las ramas y las hojas son los

polizontes, los soldados, los funcionarios de todas clases, grandes y pequeños. Pues bien: los revolucionarios viejos se han entregado a la tarea de derribar ese árbol en todos los tiempos; lo derriban, y retoña, y crece y se robustece; se le vuelve a derribar, y vuelve a retoñar, a crecer y a robustecer. Eso ha sido así porque no han atacado la raíz del árbol maldito; a todos les ha dado miedo sacarlo de cuajo y echarlo a la lumbre. Ves pues, viejo amigo mío, que has dado tu sangre sin provecho. Yo estoy dispuesto a dar la mía porque será en beneficio de todos mis hermanos de cadena. Yo quemaré el árbol en su raíz.

Detrás de la montaña azul ardía algo: era el sol, que ya se había hundido, herido tal vez por la mano gigantesca que lo atraía al abismo, pues el cielo estaba rojo como si hubiera sido teñido por la sangre del astro.

El revolucionario viejo suspiró y dijo:

- Como el sol, yo también voy a mi ocaso. Y desapareció en las sombras.

El revolucionario moderno continuó su marcha hacia donde luchaban sus hermanos por los ideales nuevos.

(Del número 18 de "Regeneración", fechado el 31 de diciembre de 1910).

Ricardo Flores Magón

¡BAH, UN BORRACHO!

Aquella alegre mañana era tal vez la más triste para el pobre tísico. El sol brillaba intensamente, enriqueciendo., con fulgores de oro, la bella ciudad de Los Ángeles.

Hacía algunas semanas que Santiago había sido despedido del trabajo. Estaba tísico hasta la medula, y el "buen" burgués, que lo explotaba desde hacía largos años, tuvo a bien ponerlo de patitas en la calle tan pronto como comprendió que los débiles brazos de su esclavo no podían ya darle las buenas ganancias de antaño.

Cuando muchacho, Santiago trabajó con ahínco. Soñaba, el pobre, lo que sueñan otros muchos pobres: llegar a ganar un "buen" salario que le permitiera ahorrar algunos centavos con que pasar los últimos días de su vida.

Santiago ahorró. Se "amarró" la tripa y logró, de esa manera, acumular algunas monedas; pero cada moneda que ahorraba significaba una privación; de tal suerte que, si la alcancía se iba llenando de monedas, las arterias del cuerpo se encontraban cada vez más pobres de sangre.

"No ahorraré más", dijo valerosamente Santiago un día que comprendió que su salud iba en desc.ell60. En efecto no ahorró más, y, de ese modo, pudo prolongar su agonía. El salario aumentaba, no cabía duda de que aumentaba. Varias huelgas, hechas por los de su gremio, habían dado por resultado el aumento de los salarios; pero -¿cuándo faltará un pero?- si bien los salarios eran mejores que antes, los artículos de primera necesidad habían alcanzado un costo que hacía ilusoria la ventaja obtenida con el sacrificio de la huelga, que supone hambre, frío en el hogar, palizas de los polizontes y aun la cárcel y la muerte en los choques con los miserables rompehuelgas.

Pasaban los años y el salario subía, y el costo de los artículos

De primera necesidad subía, subía, al mismo tiempo que la familia del pobre Santiago aumentaba. El número de horas de trabajo se había reducido a ocho, gracias, también, a las huelgas, pero -otra vez el pero- la tarea que tenía que desempeñar en ocho horas era la misma, exactamente la misma que antes desempeñaba en diez o doce horas, de manera que tenía que poner en juego toda su habilidad, toda su fuerza, toda la experiencia adquirida en su vida de trabajador para salir adelante. El "lunch" era engullido precipitadamente en los pocos minutos del mediodía; la tensión nerviosa, a que sujetaba su cuerpo para no perder un movimiento de la máquina; la suciedad y la escasa

ventilación del taller; el ruido atormentador de la maquinaria; la pobre alimentación que podía obtener, dada la carestía de los comestibles; la pobre habitación en que dormía con su numerosa familia, sin lumbre, sin confortables abrigos; la intranquilidad que abrumaba su espíritu al pensar sobre el porvenir de su familia, todo, todo conspiraba contra su salud. Quiso ahorrar otra vez, pensando dejar algo a su familia cuando él muriera. Pero ¿qué ahorrraba? Limitó los gastos de la familia hasta su extremo límite; mas vio, con espanto, que sus pobres hijitos perdían el color rosado de sus mejillas, y él mismo se sentía desfallecer.

Se encontró, pues, Santiago, en presencia de este dilema que, no de hierro, no se sabe de qué pueda ser: ahorrar a costa de la salud de los suyos para dejarles algunas monedas al morir, monedas que tendrían que ser invertidas en medicinas para combatir la anemia de la prole, o bien no ahorrar para que se alimentase mejor su familia, la cual quedaría sin un centavo cuando él faltase. Y entonces pensaba en el desamparo de los suyos, en la posible prostitución de sus hijitas, en el probable "crimen" de sus amados hijos para obtener una torta de pan; en el duelo amarguísimo de su noble compañera.

Entretanto la tisis hacía progresos en su traqueteado cuerpo. Los amigos huían de él, temerosos de contraer la

enfermedad. El burgués lo retenía aún en su taller porque todavía podía trabajar, porque todavía podía arrancar a aquel desventurado esclavo buenas sumas de dinero.

Llegó, empero, el momento en que Santiago ya no era útil ni para Dios ni para el Diablo, y aquel burgués que le palmeaba la espalda cuando, rendido de fatiga, dejaba el taller por las tardes, después de haber hecho más rico al amo y haberse hecho él más pobre de salud, lo expulsaba ahora del taller porque ya no era negocio tenerlo ahí: producía muy poco.

Con las lágrimas en los ojos llegó Santiago a su hogar una tarde en que la natural y las cosas mismas reían. Los niños jugueteaban en las calles; los pajarillos picoteaban aquí y allá en el piso de asfalto; los perros, con sus ojos inteligentes y simpáticos, contemplaban el paso de los transeúntes, incapaces de adivinar la pena o la alegría que habitaba en cada corazón humano. Los caballos barrían, con sus colas, las tercas moscas que acosaban sus flancos lustrosos; los muchachitos vendedores de periódicos alegraban la escena con sus gritos y sus picardihuelas; el sol se disponía a tenderse en su lecho de púrpura. ¡Cuánta belleza afuera! ¡Cuánta tristeza en el hogar de Santiago!

Entre accesos de tos, entre suspiros profundísimos, entre sollozos desgarradores, Santiago comunicó a su leal compañera la triste nueva: "Mañana, ya no tendremos pan..."

¡Oh, reinado de la igualdad social, cuánto tardas en llegar! Todo lo empeñable fue a dar al montepío; se llaman montepíos esas cuevas de bandidos protegidos por... ¡la ley! Al montepío fueron a dar, una a una, las modestas alhajitas que habían tenido, transmitiéndose de padres a hijos en esa raza de humildes; al montepío fueron a dar aquellos pañolones con que luciera su palmito la madre de la compañera allá en sus mocedades, y que se guardaban como queridas reliquias; al montepío fueron a parar

La primorosa pintura, único lujo de la destartalada estancia que la vez, cocina, comedor, sala de recibir visitas y... alcoba; al montepío fueron a parar hasta las prendas de ropa más humildes.

La enfermedad, entretanto, no perdía tiempo: trabajaba, sin descanso, socavando los pulmones de Santiago. Masas negruzcas salían de la boca del enfermo a cada acceso de tos. La alimentación, la tristeza y la falta de asistencia médica tenían al enfermo a la orilla de la tumba, como vulgarmente se dice. No había más remedio que ingresar en esa prisión a que las caridades oficial y burguesa condenan a los seres humanos que han pasado su vida produciendo tantas cosas bellas, tanta cosas ricas, tantas cosas buenas, por la pitanza que puede obtenerse con el maldito salario.

Al hospital fue a dar, con su pellejo y con sus huesos, el infortunado Santiago, mientras la noble compañera iba de fábrica en fábrica y de taller en taller implorando por un verdugo que aceptase sus brazos. ¿Hasta cuándo, hermanos desheredados, no os decidiréis a aplastar con vuestra rebeldía, la iniquidad del actual sistema capitalista?

En el hospital duró unos cuantos días... estaba desahuciado por los médicos, su mal no tenía remedio, y se le confinó a la sala de los incurables. Nada de medicinas, alimentos pobres, atención nula; esto fue lo que la caridad pudo hacer por nuestro enfermo, mientras el burgués que lo explotó toda su vida derrochaba en francachelas, las monedas ganadas a costa de la salud de aquel miserable.

Santiago pidió su baja del hospital. No tenía objeto esa prisión, y aquella alegre mañana que, tal vez, era la más triste para el pobre tísico, un polizón lo arrastró, "por vago", en un parque público, pasando, así, de una prisión a otra.

El bello sol californiano brillaba intensamente. Las hermosas avenidas florecían de gente bien vestida y de cara alegre; perritos más felices que millones de seres humanos descansaban en los brazos de lindas y elegantes señoras burguesas, que andaban de compras mientras

Santiago, en el carro de la policía, oía, de vez en cuando, esta exclamación: "¡Bah, un borracho!"

(Del número 35 de "Regeneración", fechado el 29 de abril de 1911).

Anatole France

EL SEÑOR MAULÁN

He conocido un juez austero. Llamábase Tomás de Maulán y pertenecía a la modesta nobleza provinciana. Consagróse a la magistratura bajo el Gobierno del mariscal MacMahon, con la esperanza de ejercer un día la Justicia en nombre del rey. Sus principios pudieron parecerle inquebrantables, porque no se habían removido nunca; y cada vez que se remueve un principio, se descubre algo que hace vacilar el principio que suponíamos incommovible. Tomás de Maulán mantenía cuidadosamente, al abrigo de toda curiosidad, sus principios religiosos y sus principios sociales.

Era juez de primera instancia en el pueblecito de X** donde yo residía entonces. Su aspecto hacía estimable y hasta simpático. Era de elevada estatura y muy flaco; no tenía más que huesos y pellejo, y le amarilleaba el rostro. Su perfecta sencillez comunicaba suma distinción a sus ademanes. Hacíase llamar señor Tomás, no porque despreciara su nobleza, sino por juzgarse demasiado pobre para sostenerla. Le traté lo bastante

para saber que sus apariencias no eran engañosas y que además de una inteligencia limitada y un temperamento débil, tenía grandeza de alma. Descubrí en él excelentes cualidades morales. Pero cuando tuve ocasión de observar de qué modo desempeñaba su cargo de juez instructor, advertí que su misma honradez y el concepto que se había formado de su deber le hacían inhumano y le privaban de toda perspicacia. Por ser mucha su piedad, la idea del pecado y de la expiación dominaban su espíritu sin que lo advirtiese, y era evidente que castigaba a los culpables con la plausible intención de purificarlos. Consideraba la Justicia humana como una imagen ya desfigurada, pero aun hermosa, de la justicia divina. Habíanle enseñado, en su infancia, que el sufrimiento es bueno, que produce de por sí virtudes y que es expiatorio. Lo creía firmemente y juzgaba el sufrimiento necesario para quien ha delinquido. Le agradaba castigar, y esto era el efecto de su benevolencia. Acostumbrado a dar gracias a Dios, que le enviaba dolores de muelas y cólicos hepáticos en castigo del pecado de Adán y para su salvación eterna. concedía a los ladrones y a los merodeadores la cárcel y la multa como un beneficio y un socorro. Hallaba en su catecismo la filosofía de las leyes, y era implacable por rectitud y por sencillez de espíritu. No podía decirse que fuera cruel, pero como no era sensual tampoco era sensible. No tenía del sufrimiento humano una idea

concreta y física; sólo tenía una idea puramente moral y dogmática. El sistema celular inspirábale una predilección algo mística, y comprendí que le rebosaba el contento en el corazón y en los ojos al enseñarme un día una cárcel que acababan de construir en su jurisdicción: un edificio blanco, limpio, silencioso y terrible. Varias celdas formaban círculo, y se alzaba en el centro la torre del vigilante. Aquello parecía un laboratorio establecido por locos para fabricar locos. Realmente, los inventores de semejante sistema son locos siniestros que para corregir a un malhechor le someten a un régimen que le vuelve estúpido o furioso. El señor Tomás no opinaba así. Contemplaba las horribles celdas con satisfacción silenciosa. Sus elevadas ideas religiosas le permitían suponer que el preso no está nunca solo, puesto que Dios está con él; y su mirada tranquila y satisfecha decía: "He puesto a cinco o seis hombres frente a frente con su Creador y Soberano Juez; no hay en el mundo una suerte más envidiable que la suya".

Aquel magistrado tuvo que instruir varios procesos, y entre otros, el de un maestro de escuela. La enseñanza laica y la enseñanza congregacionista sostenían entonces una guerra constante. Los republicanos habían denunciado la ignorancia y la brutalidad de los Hermanos, y el diario católico de la localidad acusó a un maestro laico de haber sentado a un niño sobre una estufa encendida. Aquella acusación mereció crédito a la

aristocracia rural. Refirieron el suceso con detalles escandalosos y el rumor público despertó la atención de la justicia. El señor Tomás, hombre sinceramente honrado, nunca hubiera obedecido a sus pasiones, a sabiendas de que fueran pasiones, pero las creía deberes por su índole religiosa. Creyó un deber oír las quejas dirigidas contra la Escuela sin Dios, y no se dio cuenta de que las acogía con ligereza extremada. Debo advertir que instruyó el sumario con atención minuciosa y dificultades infinitas. Empleaba los métodos usuales de la Justicia, y obtuvo resultados maravillosos. Treinta niños de la escuela, cuidadosamente interrogados, le respondieron al principio mal, luego ya mejor y muy bien al fin. Después de un mes de interrogatorio, contestaron tan bien que decían todos lo mismo. Las treinta declaraciones estaban de acuerdo; eran idénticas, literalmente semejantes, y aquellos niños que el primer día aseguraron no haber visto nada, declaraban con voz firme y empleando todas las mismas palabras que su compañero había sido sentado sobre una estufa encendida. El señor Tomás se felicitaba de tal feliz éxito, cuando el maestro demostró con pruebas irrefutables que en el colegio jamás hubo estufa. El señor Tomás sospechó entonces que los niños mentían; pero lo que no sospechó es que, sin darse cuenta, él mismo les había dictado y hecho aprender de memoria su testimonio.

El asunto acabó con un auto de sobreseimiento. El maestro fue declarado libre, con una severa amonestación del Juez, quien le aconsejó que en lo sucesivo refrenara sus instintos brutales. Los niños de los Hermanos dieron algunas cencerradas delante de la escuela desierta, y cuando el maestro salía le gritaban: "Tuesta culos! ¡Tuesta culos!"; y le apedreaban.

Advertido el inspector de primera enseñanza de lo que ocurría, pidió informes y pudo comprobar que el maestro no se hacía respetar de sus discípulos; por consiguiente, debía ser trasladado inmediatamente. Fue destinado a una aldea cuyos habitantes hablan una jerga que apenas comprende, y donde le llaman "Tuesta culos". Esta es la única palabra francesa que les han enseñado.

En mis conversaciones frecuentes con el señor Tomás, averigüé de qué manera se consigue que los testimonios recogidos por un juez instructor sean todos del mismo género. Recibíome en su despacho mientras que, auxiliado por el escribano, interrogaba a un testigo. Pensaba yo retirarme, pero me rogó que me quedase, porque mi presencia no afectaba en lo más mínimo a la buena administración de la justicia.

Me senté en un rincón para escuchar las preguntas y las respuestas.

- Duval, ¿ha visto usted al acusado a las seis de la tarde?

- Es decir, señor juez; mi mujer estaba en la ventana y me dijo: "Por ahí pasa Socquardot".

- La presencia de Socquardot en tal sitio debió extrañarla, puesto que se lo hacía notar. ¿Le pareció sospechosa la actitud del acusado?

- Le diré, señor juez .Mi mujer me diio: "Por ahí pasa Socquardot". Entonces miré yo también, y dije: "Efectivamente: pasa por ahí Socquardot".

- Muy bien Escribano, anote: "A las seis de la tarde, los esposos Duval vieron al acusado dar vueltas en torno de su casa y en actitud sospechosa".

El señor Tomás dirigió aun varias preguntas al testigo, que era jornalero, y recogió las respuestas dictándoselas al escribano ya traducidas en dialecto judicial.

Luego el testigo oyó la lectura de su declaración, y se retiró después de firmarla.

- ¿Por qué -pregunté yo entonces- no recoge usted las declaraciones conforme se producen, literalmente, sin traducirlas a un lenguaje que no es el del testigo?

El señor Tomás me contempló algo extrañado, antes de responder tranquilamente:

- Ignoro lo que se propone usted decir. Escribo las declaraciones con la mayor fidelidad posible; todos los magistrados hacen lo mismo, y no se cita en los anales de la magistratura ni un solo ejemplo de una declaración alterada o truncada por el juez. Si es cierto que, según la costumbre de todos mis colegas, modifico la fraseología empleada por el testigo, esto obedece a que los testigos, como ese Duval a quien acaba usted de oír, se expresan vulgarmente, y sería contrario a la dignidad de la justicia recoger frases incorrectas, vulgares, con frecuencia groseras cuando no hay necesidad imprescindible. Me parece que no se ha formado usted una idea exacta de las condiciones en que se hace una instrucción judicial. No debe perderse de vista el objeto que se propone el juez que recoge y agrupa las declaraciones: enterarse y enterar al Tribunal. No basta que vea claro él solo; es preciso que los magistrados vean claro también. Importa, pues, que ponga de relieve los cargos que a veces se hallan disimulados en el relato equívoco o borroso de un testigo, como en las respuestas ambiguas del acusado. Si se anotasen sin orden y sin métodos, las declaraciones más interesantes resultarían inútiles, y la mayoría de los culpables se librarían del castigo.

Pero ese procedimiento, que permite acentuar las vaguedades y las insinuaciones de los testigos, ese procedimiento -pregunté-, ¿no es peligroso?

- Lo sería si los jueces no tuviesen una conciencia inflexible y un elevado concepto de su rectitud; no he conocido a un solo Juez a quien pudieran imputársele propósitos de olvidar sus deberes. Y lo aseguro yo, que tuve compañeros protestantes, deístas y judíos; pero todos eran jueces.

- Convendrá usted en que semejante costumbre tiene, por lo menos, el inconveniente de que al oír algún testigo la lectura de su declaración no llegue a comprenderla, puesto que se usan, al transcribirla, palabras que no le son familiares, y cuyo alcance desconoce. ¿Qué significa para ese jornalero la frase "actitud sospechosa"?

Respondió vivamente:

- He pensado en ello y tomo precauciones minuciosas contra ese peligro. Le citaré un ejemplo. Hace poco me pareció que un testigo de inteligencia muy limitada y cuya moralidad desconozco, no escuchaba con bastante interés la lectura de su propia declaración. Mandé que volvieran a leérsela después de haberle invitado a que atendiese; pero nada conseguí. Entonces empleé una estratagema para demostrarle con más eficacia su deber y su responsabilidad.

Dicté al escribano una frase que contradecía todas las precedentes y rogué al testigo que firmara. En el momento de poner la pluma sobre el papel le detuve, y le dije: "¡Desdichado! ¿Pondría su firma para sancionar una declaración contraria en absoluto a lo que acaba de decir y cometería, por ligereza, un delito penado en el Código?"

- Y él, ¿qué dijo?

- Respondióme lastimosamente: "Señor juez, usted es más instruido que yo y debería saber mejor que yo lo que se debe escribir". Ya ve usted -añadió el señor Tomás- que un juez cuidadoso de sus deberes consigue librarse de toda causa de error. Créalo usted, caballero: el error judicial es un mito.

Elías García

JOHÁS EL ERRANTE

EXPLICACIÓN NECESARIA

Hay aquí un hombre, de silueta triste, que parece suspirar con sus ojos abstraídos, eternamente un delirio. Está seco, demacrado, enjuto, cetrino. La facha trágica de este hombre deteriorado, que envejeció sin años, castigado por los grandes reveses de la Vida y por las tragedias, que se sucedieron en su senda como los hermanos eslabones de una cadena, nos ha llevado a pensar si en los días patéticos y difíciles de su osario, no habría incrustada la más interesante de las novelas. Si la novela es la Vida, el Arte que refleja la Vida, nada mejor que arrancar a esos huesos azotados, los jirones del drama y el delirio de otros días, que aun atesoran.

Este hombre vaga solo por la pobre casa de los locos. Nosotros nos acercamos a él, y después de saludarle y rogar su venia con mil perdones, le decimos con cierta audacia, ya que ella ha sido siempre maga clave del éxito, anhelando salir airoso en nuestra empresa:

- Usted debe haber sufrido mucho en la vida, ¿no?

En su rostro, que tiene un plasmó de dolor agudo y latente, quiere florecer una sonrisa.

- ¡Ah!... ¿Y quién no habrá sufrido en el mundo?

- Ciertó. Unos más que otros.

- El logro de ser felices no está sólo en nosotros. La vida es un mecanismo, en el que, si una pieza se deteriora, el caos rompe la armonía. Y hay tanto obstáculo y tanto desequilibrio en el mundo...

Este leve escarceo filosófico, encerrado en el bello estuche de la metáfora, me da ánimos y le abordo:

- Si usted fuera tan amable...

- ¿De qué? Hable. Ya me dirá...

- ¿Nos quiere servir hoy de protagonista de un pequeño libro de... treinta y dos páginas? Si usted fuera tan amable... Si usted quisiera...

Mi ya amigo, lo piensa. El hombruco seco y triste, mira al cielo, como en un éxtasis. Nosotros aprovechamos su ensueño, que sin duda le sugiere algún anhelo de abril, y asestamos:

- ¡Le sorprende a usted mi ruego!

- No. En modo alguno -nos dice-. Si escultores y pintores echan mano del modelo, ninfa o efebo, para sus obras, no sé por qué razón, ustedes, «los talladores de almas», no han de tener derecho y opción a lo mismo.

- Efectivamente. Veo que usted es ecuánime. Es hombre que razona.

El me mira con su ojo profundo, y tras un corto silencio, me dice:

- A discreción soy suyo. Puede usted disponer.

I

LA ESTRELLA NEGRA

Fue una linda madrugada del mes de julio de... 1892. Había aún aleteos inefables de luna y bullidos infinitos de estrellas, en la bóveda cerúlea de la inmensidad, cuando el mago o el astrólogo vio entre un corrillo de ópalos, que se derretían en madrigales, surgir el negro triángulo que, luego, otro cercenó por sus lados, con la punta filuda de los vértices, componiendo la extraña estrella. En el cielo, limpio y terso, la ternura languideció. Algunos mundos huyeron con ese trotar de ráfaga con que dejan los cometas su estela. Y un raro fulgor de fuego y de sangre, puso, luego, sobre la aparición un celaje.

- Un alma nueva.

Murmuró el sabio, escudriñando aquél halo, y mesando los senectos hilos de plata de su luenga y mística barba, en la calma divina del nocturno. Revolvió después textos de pergamino anacrónico, bajo cuyo polvo secular se albergaba la cábala, el hermético arcano de los pitagóricos, el enigma profundo de los horóscopos, el egipcio jeroglífico y la ciencia muerta de Caldea. Abrió más tarde, uno de aquellos libros mugrientos, y, bajo el nombre solemne de Platón, leyó:

« Nació en Egina. Su maestro primero fue Crotilo, que le enseñó la doctrina de Heráclito. A los veinte años, asistió a las lecciones de Sócrates. Después de la muerte de éste, por la inicua sentencia del Areópago, concurrió en Megara, a la escuela docta del geómetra Euclides. Más tarde, penetró en la entraña esotérica de la cábala, que encerraba el venero de los pitagóricos. Estudió a Parménides, el discípulo de Anaximandro y de Jenófanes, compañero éste, de Zenón de Elea, y ambos, tronco de la Escuela Eleática. En los bellos Jardines de Akademos...»

Después meditó un momento, consultando las exégesis y pragmáticas de la cábala, movió quedo la cabeza con pena, cogió una pluma de oca que tenía abandonada sobre la mesa, la hundió en la obscura pócima del tintero,

estampó un rasgo en el blanco nimbo de un papel, y la tiró.

La llama ígnea que envolvía la estrella, se apagó; dejando, en la tragedia de su muerte, multitudes de irisaciones. El las miró desgranarse en un magistral géiser.

Poeta y sembrador. Alma ardiente. Vehemencia. Muchas lágrimas - pronosticó el astrólogo.

Una franja impoluta de azul turquí, envolvió un minuto la profética estrella, como un tul suave. El astrólogo la miró seriamente, indeciso y embargado en el rol de su cerebro, en el fuero de su alma, por la pugna de los contrastes, rebuscando el oriente de un intersticio, para salir de aquella su espiritual encrucijada.

Un leve halo de rosa, surgió tenue sobre el añil; engastándole en su contorno, como el fuego de un rubí acogería en su alma el ensueño delicado de un bello zafiro.

- Aurora de un amor

Habló rápido el sabio. Y cogió sobre la mesa, apostada junto al alféizar, una pluma sublime de pavo real. Pero luego la estela se disipó en un turbión inmenso de tremares extraños, que tenían la intensa diafanidad penetrante de los relámpagos.

- Sufrirá mucho. Pero es fuerte. No se adaptará. Tiene temple solemne de centella. Si es preciso, se estrellará como el rayo.

No dijo más. Quedó la estrella negra, sola y triste y el astrólogo se puso a escribir; pero esta vez con una pluma fina de faisán, su ciencia sobre un folio y la senda enigmática del porvenir.

Efectivamente. En una vieja capital norteña, acababa de venir a la luz un infante niño, con esa delicia de los padres, que ven surgir radiante el encanto fecundado por un dulce amor, y la acogida fría del mundo inhóspito, para el que nada o muy poco significa el tallaje de una ínfima creación. Aquellas graves y sentenciosas palabras del venerable astrólogo, eran toda la gaya síntesis de una vida, la profética predicción de la trágica ráfaga de una historia iniciada en aquella cruel hora de la noche, bajo el símbolo de los dos triángulos entrelazados, que formaban la estrella negra; rodeada por un nimbo de enigmas, desventuras y desolación. Un centenar de palabras sacó del tintero hermético, dando exégesis a la cábala el mago, y las puso amargamente sobre el papel...

- He ahí mi estrella. ¿Le ha gustado a usted?

- Hombre... Poca ventura promete el astrólogo. Ahora... La vida es la que ha de decirlo. También el Zodíaco a veces se

equivoca. ¿Qué quiere usted? Nada hay infalible ni eterno. Sucumbieron en Atenas los dioses, a pesar de las sentencias del Areópago. Y, a pesar de los fiscales y de los códigos, también los reyes ruedan; y lo que ha de ser, el tiempo lo ha de decir y la Historia lo ha de eternizar... ¿Cómo, pues, no puede equivocarse su astrólogo?

- ¡Ah! ¡No, no! ¡Fue profeta, fue profeta! Auguró la ruina de Johás. Porque yo soy Johás. ¿Lo sabía usted? El errante, el afligido...

II

JOHÁS, EL ERRANTE

Nuestro hombre se entristece un momento, mucho más de lo que ya lo estaba. En la mente de mi «modo» reverdece el recuerdo. En su rostro se dibuja una pátina de desolación. Mira a mis ojos con pena, y me dice:

- La tragedia de mi estrella, la reservo en mi alma. Pero, ¿qué digo? ¡No, no! No ponga usted eso. Yo no tengo alma. Soy un muerto. Me rompieron los anhelos. Sólo soy un haz de huesos sin alma. Recé gimiendo a la fría boca del Etna, y derramando su llanto sobre el resto de los mortales.

Hizo él una pausa breve; lanzó un suspiro, y habló trágico.

- La quería como Werther a Carlota ; como Petrarca a Laura; como a Teresa Espronceda; como a Julia Bécquer... Pero ella... Ella ...

Unas lágrimas empañan aquel faro, que destella en el abismo profundo de los ojos de mi modelo. Yo me apiado de su dolor, y, queriéndole distraer, le preguntó:

- ¿ Quién es ella?

Y él, muy vehemente ahora, responde:

- ¡Fedra!.. ¡Fedra! Pero... Escúcheme esta historia.

«Iba un día por este campo andaluz un pobre peregrino, y llamó a la puerta de u n cortijo.

Y el extraño peregrino se quitó el inmenso sombrero y enjugó el sudor. Una frente amplia y excelsa, quedó al aire descubierta, revelando la cabeza venerable de un pensador. Los perros del cortijo le ladraban, intentando asir con los dientes su túnica raída. El les miraba dulce, con aquellos ojos negros, cuya mirada profunda, adentraba los misterios del mundo y el alma esotérica y enigmática de las cosas. La gran moza del cortijo contemplaba su porte austero, con inmenso respeto y admiración. Una turba de conchas estrellaba su capa. Y pendía su barba

negra, en dos mechones rizados, soberana y luengamente hasta el pecho. El sol había comido ya el tinte negruzco del hábito y estaban sus sandalias quemadas por el polvo de las sendas y por el sudor.

- ¿Eres tú aquí el ama?

La moza no supo qué contestar. Lo era y no lo era. Por el porte de aquel hombre, le vio ella santo, y temió pecar contestando con una mentira.

- ¿No me contestas? ¿Cómo te llamas?

- Señor: sólo aquí soy una sirvienta, y me llamo Ana Cruz.

- Sierva eres entonces de algún poderoso.

- El amo tiene mal genio. Pero en el fondo es bueno, y es hacendado y rico.

- ¡Oye, oye! Los nervios nada tienen que ver con el corazón. El hombre es bueno o es malo, por su alma y por sus sentimientos. La riqueza de las gentes, no se mide por el dinero. Se aquilata por la felicidad, la nitidez de conciencia y la sabiduría.

- Le aseguro a usted que es bueno.

- Llámalo, pues. Veremos sus obras.

Y fue entonces que la mujer subió la escalera, presta, en demanda del cortijero.

Unas palabras y un llanto, exhaló arriba la furia de dos mujeres:

- ¡No yore, sielico!... ¡Está loca!... ¡como tú!...

- ¡Como yo por ti!... ¡como tooz loz que en el mundo aman!... ¡Ana!... ¡mi vía!... ¡mi Ana!

Oyó el nómada aquellas santas palabras, religiosamente extático, con hierática veneración. Una pena solitaria humedeció sus ojos. Y la tragedia remota, se removió en su pecho.

- ¡Ah! Este cortijo es un templo. Porque aquí se rinde culto al amor.

- ¡Ana!... ¡mi Ana!...

- ¡Felices ellos! Porque no conocen el olvido. Porque no les martiriza ese dolor.

- ¡...Está loca!... ¡como tú!... ¡como yo por ti! ¡como tooz loz que en el mundo aman!...

El errante se puso triste, más triste que hasta entonces, por una aciaga agonía que atería su alma, y exclamó:

Tiene razón ese hombre. El amor es una bella locura que nos lleva a delirar a la gloria, remontándonos de este fango del mundo y olvidándonos del dolor y la grande demolición de la muerte. Pero sin esa demencia no podemos vivir. El ala cae rota y yerta, cuando nos rompe un quebranto el anhelo y los delirios de una ilusión.

- ¡Ah, Gabriel!

- ¡Ana!... ¡mi Ana!...

El peregrino oyó el ruido armonioso y sacrosanto de un beso.

- ¡Santos!... ¡santos!... ¡santos! - veneró el nómada.

Y empezó a rezar una oración de belleza, que no se dirigía a los dioses, sino a los hombres

El sol bruñía los campos con el oro derramado de su crisol, en un prodigio de ventura sortilógico y mágico. Y era excelsa, allá en la fronda, la armonía lírica.

... Venían juntos ellos, por el aura del fuego que les unía, a través de las sombras del portalón. El peregrino les vio volar hacia su persona acongojada y triste, como dos tórtolos. Ana traía un rubor en el carmen santo de su cara. Y el cortijero, una sonrisa en la boca, y una llama y una luz en los ojos.

- Este hombre es - dijo, mostrando al errante, la bendita verba de Ana Cruz.

Este miró ahora con piedad y compasión a la sierva, comprendiendo su alma lo que sucedía; y dirigiéndose al hombre, dijo:

- Puesto que la mujer ya ha hablado, soy todo vuestro.

- ¿Erez ciervo a Dios ? Bien venío ceaz.

- No, amigo. Dios no precisa esclavos, porque no tiene agros que labrar.

Aquella ruda respuesta, arañó el alma avara del cortijero.

- ¿Quién erez, puez?

- ¿No me ves?

- Tu porte es de peregrino. Pero no te veo el crucifijo.

- Caminante soy ha tiempo, y cruzo errante la tierra.

- ¿Cumplez un voto?

Llevo errante la tristeza que devora mi alma.

- Y, ¿qué te propones?

Pasear mi angustia eterna y dejar sobre el sendero una antorcha.

- No te comprendo.

- En el alma llevo lúgubre la sombra de una gran pena.

- ¡Ah, vamos! Y la quierez curá, ¿no?

- Te equivocas. Quiero mostrarla a los hombres. Esa horrenda pena mía no tiene cura, porque anida en el corazón. Si la curase, moriría. La tendré mientras yo viva. Es eterna como mi dolor.

- ¿Y por qué muestras tu lacra?

- Porque no es lepra. Esa angustia es mi calvario. Soy cristo. Llevo en el corazón mi madero. Y sueño aún en redimir del pecado a los hombres.

- Ce reirán de ti.

- No me importa eso. Les compadeceré.

- El hombre siempre ja pecao.

- Cierto es mas también ha habido justos.

- Buzca tú un juzto.

- Es fácil. Lo difícil es encontrarle.

- ¿Pero le jay? Una abuja en un pajá...

- No te importe eso. La semilla germina si se sabe sembrar, y de un grano, surge una espiga. Lo peor de todo son las hoces, que cercenan la mies antes de estar madura.

El cortijero le miró fijamente, pretendiendo sorprender una sombra que bullía en su gesto, Al hablar de las hoces, miró al rastrojo negruzco, por la quema épica del trugal.

- Y, ¿qué pecao es el que tú te desvivez por combatí?

- El más terrible de todos cuantos labran el infortunio y la desdicha del mundo.

- ¿Qué pecao ez ece?

- ¡La esclavitud!

El cortijero hizo un mohín. Había oído, muchas veces algo parecido de los labios rebeldes de sus gañanes. Aquel sabio peregrino, que hasta entonces tanto le agradó, empezábale a dejar de gustar.

- Entonces... tu mición es una locúa.

- Sin los grandes locos, ¿qué proeza ni qué portento habría existido en el mundo? Escucha. ¿Tú has leído *El Quijote*?

- Ci cigue acín, te eztreyaraz.

- Si eso ocurre, al romperme contra la roca, dejaré sobre la tierra un a llama.

- Tozúo erez.

- Acaso no te engañes. Sólo a fuerza de machacar, se abre brecha en la montaña y se doblega el hierro.

- La cabeza e la gente ez maz dúa qu'er granito y maz tená qu'er jierro.

- Dices bien. Pero a fuerza de predicar, se rebelan los mansos.

- ¡Ah! Entonces, gatzaz dizfrá.

- ¿Por qué me dices eso?

- Porque tú erez un agitador. Tú no erez peregrino.

- Poca memoria tienes. Ya te lo he dicho: caminante soy ha tiempo, y cruzo errante la tierra. Llevo viva la tristeza que devora mi alma.

- Tristeza... Tristeza... ¿Tienez pena po loz ezclavoz?

- Tengo angustia por los dolores del mundo. Pero mi tristeza no la debo a eso. A eso, acaso, debo mi compasión.

- ¿Entonces? ¿A qué la devez?

- ¡Ah! Se la debo a la ingratitud.

- ¿Te pagaron con daño algún favó?

- No. Algo peor aun.

- ¿Peó qu'ezo?

- Sí, amigo. Dejé mi alma y me la rompieron.

- ¡Oh! Tú eres tonto de púo güeno. Peo el alma... Ezo hombre, no ce deja nunca.

- No me has comprendido.

- ¿Por qué?

- Porque yo no la presté. Se la di con mi cariño a una mujer, y la desgarró.

- ¡A h! ¿Tu tragedia, ez un agobio de amó?

El tormento de un olvido.

- Ahora empiezo a comprenderte. Verás...

- Pero antes de seguir adelante -arguye ahora mi sublime «modelo» -vamos allí hasta la fuente.

- ¿Quiere usted agua?

- Tengo ansias y sed.

Por la arena de este suelo arisco, fue él poniendo, a lento paso, una glosa de Gluck.

III

LA VIRGEN DE PENULE

Ya hemos bebido. Un nuevo cigarrillo se debate agónico entre la seca tenaza de sus labios transidos. La tarde va tomando tonalidades de perla. Yo contemplo el alma de mi excelente «modelo», mientras mira a una cigüeña que cruza el jirón de tul que es el cielo de este encierro.

- Verás... Recordará usted -me dice, arrojando con fastidio la punta anémica de su cigarro -que quedamos ahí.

- Sí, sí, efectivamente.

Pues bien. Sentado que se hubieron el cortijero, Ana y el peregrino, éste continuó:

« -Había yo llegado un mágico día, en mi errante peregrinación, a los recios montes de Asturias. El árribo a aquella tierra, me fue muy grato. El paisaje hablaba al verso, que en mi dolorida alma se empezaba a cernir. Aquella tierra me encantaba. Asturias me acarició en su regazo, como una madre sentada en el frondal de un carmen...

Mi «modelo», al llegar aquí, se enternece emocionado, y llora.

- ¡A h!... Asturias -nos dice- es tierra para nosotros, que tiene una santa unción. En esa tierra encantada, recogimos los recuerdos, los delirios más amados de nuestra vida, y las grandes melancolías que hoy devoran nuestra alma. Ese suelo sacrosanto, es un vivero perenne y eterno, de poemas, de lirismos y de cantares. En esa sublime tierra, late ingente todo el poder bucólico y el idilio armonioso de la creación. Para tallar sus novelas, el vejete Palacio Valdés, le bastó un trozo de playa de ese muelle susurrar del Cantabro, un *horro* rancio, una gaita que se queja en la mustia exhalación de un *llagar*, y el insigne madrigal de

dos bocas que benditamente se besan en una linda puesta de sol, bajo el oro armonioso y la lánguida esmeralda de una pomarada. Asturias es tierra augusta, donde entre versos bucólicos y el vaho húmedo de los henos feraces de sus bellos prados, se desgrana la égloga de la creación.

En ese vergel divino, que es el valle de Turón, esa gruta inolvidable, se recrea entre manzanos, frente al crujir de las máquinas que lavan la dura hulla, y la fauce negra, hambrienta, que es la boca de la mina. Era yo jovenzuelo, aun imberbe, cuando pisé la mina.

-¡Ah ! ¿Haz cio minero?

-Ya te lo he dicho. Sí.

- Debe ce mu horrenda la mina, ¿verdá?

- ¡Es el infierno!

- Bien. Cigue, cigue.

- En la mina puse mi joven músculo al servicio de un deber, en la santa comunión del trabajo. El trabajo en la mina, me enseñaba la oda bárbara de los barrenos, y me daba tinieblas. Por esto, cuando salía, buscaba la luz del cielo, los ensueños de los libros y el mago parpadear de los ojos de las mujeres.

- ¡Oye! ¡Escucha! Y perdóname otra pregunta.

- Habla.

El cortijero le miró; se rascó en la nuca con sobresalto; ahuyentó un tábano que tocaba la trompetilla zumbona en su oído, y dijo :

- ¿Trabajazte por debé o por necesiá?

- Las dos cosas. Tenía hambre, y sin producir, no hay derecho a satisfacerla.

- Cegún tu ley, trabajá ez una obligación, ¿verdá, hermano?

- Es un santo deber. El Génesis dice: «Jehová gritó al hombre : Ganarás el pan con el sudor de tu frente.»

- Entoncez, mi gente, que güerga, no puee exigirme pan

- ¿Tienes tus gañanes en huelga?

- Ci. Lez excitó un dízcolo.

- ¿Ves? ¿No decías que no hay justos en el mundo? Ahí tienes uno.

El cortijero, sorprendido, le preguntó:

- ¿Ece vago ez un juzto?

- Sí. Ese hombre es un justo. Porque no es un vago: es un rebelde.

- Quiere él intervení en er coto privao de mi hacienda.
- Escucha, amigo. Si yo arrebató tu cartera o tu portamonedas ¿me dejarás marchar?
- ¡Oh! Le recuperaría por la fuerza, y te metería en la cárcel por ladrón.
- Malo eres.
- ¿Por qué?
- Porque eres duro y cruel. El justo no llega a tanto. Se limita a recabar del ladrón una parte de lo que le ha robado.

El cortijero pegó un salto sobre el viejo asiento de la silla, y se dio en la oreja un manotazo, como antes cuando ahuyentara al tábano. Después, preguntó:

- ¡Oye, oye! ¿No me haz dicho que trahajá ez un debé?
- Sí. Pero cuando se trabaja para sí mismo; no para los demás.
- Ciegan mi trigo. Peo lez pago.
- ¡Quién le sembró? ¿Esparciste tú acaso la simiente?
- No. Li cembraron eyoz; yo lez di un zalarío.
- ¿Escardaste tú a su tiempo las malas hierbas?

-No. Eyoz. Peo lez di un jorná.

- ¿Has tarjado tú la mies sobre el surco?

- No. Eyoz. Peo lez pagué zu trabajo con un rico gazpacho y otro jorná.

- ¿Qué jornal les dabas?

- Puez lez daba trez rialez.

- Y el trigo que va a tus trojes, ¿cuánto vale?

- ¡A h!... Vale mucho.

- ¿Más que todos los salarios?

- Mil veces mucho maz.

- Tú violas la ley de Dios, engañas a los santos y robas a los hombres.

- ¿Cin dúa orvíaz que zon míaz laz tierras?

- ¡No blasfemes! La tierra, como el sol, es de todos. No tiene amo. Te creí más bueno. Además de astuto y vengativo, eres cínico. ¡Eres malo, eres malo!

El errante hizo ademán de irse. Pero el cortijero le retuvo y le habló:

- No te marche cin contánoz tu hiztoria.

-¿Mi historia?

- Cí. La híztoria e tu pena y e tu ezgrasia.

- ¡Ah! Tienes razón. Ante tantas injusticias, olvidaba que hay hombres en el mundo.

- Te lo pagaré. Te daré a comé ceboya i un rebojo e pan.

-Gracias, hombre, gracias. Guarda tu pan entero. Predico mi evangelio como un deber. Yo no quiero limosnas.

Y dicho esto, continuó. El cortijero, por su parte, no volvió a interrogarle.

- Trabajé en la mina, y dormía, como es justo, entre el frondal de Peñule, en la casa de un muy noble minero. Allí encontré un albergue y el alivio para mi soledad, sin ventura desde el nacer. Llevaba triste mi alma, porque estaba solo en el mundo. Se murió, siendo un niño, mi madre. Era sensible a mi agobio, y la ausencia de cariños me llenaba de pena. En la casa del minero, había alegría. Porque, en aquella gruta, anidaba el amor. Yo sentía gran de envidia y piedad austera de mi mismo. Más de una tarde, en el véspero, al adentrar en mi alma, vi la sombra de mi sino negro, y en la risa de la Vida que leía en el libro, cayeron mis lágrimas... Una tarde las vio rodar una pobre y divina mujer y se compadeció de ellas. Leonora era muy bella; pero era más buena. Había llegado al rincón materno

de Peñule, de las playas bravías de Cudillero. La bendita hija del minero me cogió lástima o me tomó cariño. Tal vez las dos cosas. No lo sé bien... Y un día... Era un domingo de agosto -han pasado muchos años, pero nunca lo olvidaré -: era un domingo de agosto, caluroso y lánguido, como mi pobre alma, como mi lindo libro. El libro era mi amigo y mi mentor. No le dejaba nunca; ni cuando iba a la mina. En los libros se aprenden muchas cosas. Se ve en ellos el corazón magnánimo de los hombres y se cogen delirios. Toda la creación está indemne, retratada en los libros. Venía yo de retorno, con mi libro, del monte; abstraído, con su texto, en el Cosmos y en la Eternidad. De pronto oigo una voz que me dice como un cántico de ángel:

- ¡Johás! ¿Dón de vas, Johás?

- ¡Oh! ¿Eres tú, Leonora?

La doncella me miró con ternura y se ruborizó. Luego, con voz ardiente, que quería ser trémula, me dijo:

- Te veo triste. Siempre estás triste. ¿Por qué estas tan triste?

El dolor del corazón le subía a ella al rostro.

- ¿Qué quieres, mujer! Es así mi vida, y es así mi alma.

- ¡Johás! ¡No estés triste!

Y me lo rogó con los ojos, con la boca, con el alma. Pero mi corazón se saciaba de angustias. Por esto la miré con mucha piedad, y la dije:

- ¡Ay, Leonora! Eso está en mi medula, y ya es cosa que yo no puedo evitar. Voy para casa. Hasta ahora.

Allí cerca, sobre el mismo polvo del camino, sonaba la gaita y había un baile.

Yo seguí mi sendero, solitario y triste, mientras la virgen extática, miraba alejarme entre el ramal de las frondas. La casa hospitalaria del minero estaba yerta aquel día, en ausencia de los ojos divinos de Leonora. Yo entré en ella, sin cerrar mi libro de delirios y seguí leyendo. Pocos minutos cursaron de profundo silencio. De pronto, oí el ruido de sus pasos y un pecho lleno de angustia que empezó a sollozar. Dejé presto mi libro, y corriendo al lado de ella, le dije:

- ¡¡Leonora!! ¡Pero, Leonora! ¿Qué te ha n hecho? ¿Qué tienes? ¡Habla, mujer!

Y su padre, que también estaba allí, la amonestó:

-¡Habla! ¡Contesta, chica! ¿Qué es lo que te ocurre?

Todo inútil. Nada habló. La congoja terrible de un llanto amargo anubló su alma, sacudió su pecho. Y se desmayó. Sobre aquel querido suelo, parecía una diosa. Entre los dos

la cogimos, y posámosla con cuidado en su alcoba, sobre el trono santo de la cama. Aquel día tenebroso, cerré el libro y no leí más. Aquella noche horrorosa, pensé con pena en Leonora. Y no pude dormir...

Al llegar aquí, mi «modelo» enmudece. En su cara bulle un jirón de angustia, que se le mete en la boca, cierra el faro, en los ojos, de sus cuencas profundas. Una estrella mortecina, riela. ¿Será la suya? Yo le veo tremolar nervioso. Con su diestra macilenta, saca el pañuelo del bolso y recoge unas lágrimas.

IV

LA PREDESTINACIÓN

Cuando encaramos la pluma con esta cuartilla, ha cursado el letargo magistral de una noche. Son las seis de la mañana. El jardín es una aljófar rebotante de perlas, que tiemblan sobre las rosas y los guisantes de olor. Nuestro «modelo» está triste, con la misma angustia de anoche. En su alma pesa mucho la nostalgia del recuerdo, agrandada por los anhelos de esta luna de abril. En sus ojos, el delirio recomienza a soñar, prisionero en aquel faro de sus cuencas profundas.

- ¿No ha dormido usted esta noche? -le preguntamos.

En su cara hay un cansancio que abrumba y un lamento mudo, doloroso y eterno. Como la cosa más natural, me dice:

El dormir, si no despertásemos, sería superior a la muerte. Yo casi nunca duermo. Y conste que la muerte, cuando la desventura es eterna, es una dulce delicia, y la anhela el alma como una liberación, como un alivio y como una necesidad. Schopenhauer debió ser muy desgraciado y con menos valor, acaso, que Werther...

Los cristales del rocío estremecen la floresta del carmen. El capullo de un rosal paulatinamente se abre. Un gorrión coge un garbanzo y se mete en el nido. Nuestro «modelo» dice:

- Nadie sabe, cuando da un paso, si al tramonto del risco que va a pisar, está el haz de una ventura o hay una derrota póstuma. La vida es un gran de enigma, repleto de adversidades. Un minuto imprecavido, decide el rumbo de un hombre. El sino es pasto de la casualidad. Ella lleva metidito en su seno el horóscopo de la suerte, y el impulso horroroso de la tragedia. Un giro del pensamiento, determina una historia. Y decimos del pensamiento, porque el corazón, a veces, permanece en letargo, fraguando así su futuro dolor. Todo el revés de

una vida, le genera el error de un minuto; fatal instante de caos, en que los oráculos de nuestra alma enmudecen y se quiebra el ritmo de la creación. Pocos dan valor a un gesto, que pasa sobre la vida como un simple tremo de ala. Y sin embargo, ese gesto es la tabla salvadora en el piélago inmenso del infortunio. Y un gesto santo y sublime, es una mirada de ángel, o la tierna sonrisa de una mujer.

En la casa de Peñule había luz y sonrisas. Leonora las prodigaba, como el rostro sacrosanto de la más bella madona de Rafael. Pero... Mi estrella pesaba. Yo llevaba un gran delirio en la mente. El mundo me reclamaba. El designio de redimir a los hombres ya era entonces en mi alma una vocación. Conocía las miserias y dolores del mundo, y quise curarlos. Los hombres viven muy sucios y tienen mucha lacra que curar. Fui, pues, en pos de mi estrella, recorriendo los abismos del mundo... Tenía Leonora muchos hermanos. Pero ninguno, entonces, me interesaba más que ella. Ella, sí. La llevaba en mi alma, sin decírselo, y la veneraba. Su belleza y su bondad abrieron en mí honda huella. Y el cariño silencioso y sublime, la hizo santa en mi espíritu, en aquellos remotos días de su pubertad. Grande angustia tuve entonces. Pero me debía a la Humanidad y a mi causa, y ese deber le sobrepuse a todo, emprendiendo mi éxodo. Duro trance fue para ella. Su alegría sonriente, la abandonó. Y en el rostro vistió el luto de su interna pena.

Y llegó el instante.

- Anda, Fedra, bésale. Dale un beso a Johás, que se nos marcha muy lejos y ya nunca le volveremos a ver. Fedra era la pequeña hermana de Leonora. Juguetona y traviesa, muchas veces la había quitado yo los mocos. Aquel día su madre la mandó besarme, para despedirse de mí. Y fue entonces, cuando yo besaba su boca y su mejillita; que pasó Leonora por nuestro lado, y, con gesto de dolor en su cara, me miró como yo besaba a su hermana, y bajó en silencio la escalera. Yo aun creo que aquel día tuvo a Fedra Leonora envidia. Momentos después, la vi, sola, mirarme triste, apostada entre la fronda, allá lejos, como me alejaba. Yo volví mi cabeza varias veces para mirar a Leonora, que estaba rígida, como un mármol, en pie, y limpié la amargura triste y el cariño sincero de unas pobres lágrimas...

No la torné a ver más. Llevaba sobre mi frente un proyecto. Pero mi negra estrella... El destino inexorable y cruento me lo rompió. Años enteros he llorado a Leonora. Pero, para mi desgracia, crecía Fedra, que es la que había de darme la saeta de su perfidia, esta pena de mi alma, esta horrenda tragedia mía...

- Interezante ez tu hitoria.

- Dame agua, ¿quieres? Dame agua y la continuaré.

- Tráele agua, Ana.

Y entró con el ánfora en busca de las linfas la mujer. El cortijero le dijo:

- Ez tu eztela mu linda. Me ha guztao cuanto me haz dicho.

- Pero es mi suerte muy negra.

Ana Cruz tornó con el jarro, y hablóle:

- ¡Toma, Johás! Desahoga y sacia tu sed.

- Trae, mujer.

Y apuró todo el jarro.

- ¿Ce quitó tu ancia?

- Sí, hombre. Si todas las ansias se aplacaran así, aun sería feliz. Porque vería logrados mis intensos anhelos.

- Ten esperanza, Johás. El mundo ez pequeño y ez la vía larga.

- Yo lo veo al revés. El mundo es muy grande y la vida muy corta. Por eso, por más que corro no encuentro lo que busco.

- ¿Y qué buzcaz?

- Busco el alma que me robó Fedra.
 - ¿La hermana de Leonora robó tu alma?
 - ¡Sí, sí! ¡La robó, con artería! ¡La robó!
 - A ver. Cuenta, Joha's, cuenta.
 - Pues que lo apetece, proseguiré esta historia. Vivía yo...
 - Pero no, espere usted. Eso es obra para otro capítulo.
- Mi «modelo » hace alto, y mientras lía un cigarrillo, me dice:
- Anote el título:

V

LA MODERNA JERUSALEM

Vivía yo -me dice- en una urbe muy grande, llena de humo de fábrica y carne de rameras. Fango en los cielos y fango en la tierra. Allí pasé varios años, tallando mi pensamiento y fustigando esclavos. A veces los halagos les embrutece y se arrastran más. Al esclavo hay que fustigarle, para que sienta en su lomo el golpe y despierte en su pecho la

dignidad, como a las víboras y como a los asnos, porque él es una torpe bestia también uncida y sumisa al yugo. Vivía allí, ocupado en redimir a los hombres; solo con mi quimera y solo con mi dolor; bregando en el día y llorando en la noche la nostalgia y el recuerdo de Leonora. Pero los hombres no me comprendían, estaban a oscuras, vivían sin luz y la antorcha de mi alma les cegaba, más mis parábolas, como las de Jesús a los gentiles y a los fariseos, excitaron los odios y la furia de los sayones. Y atropellaron mis prédicas, conculcando las pragmáticas de la Ley. Una persecución inaudita, un acoso insólito, un bárbaro acorralamiento de fieras se desencadenó contra mí, por predicar el Bien y buscar las vías del Amor y la Felicidad de los hombres. Yo no era ladrón, no robé nunca, ni había delinquido o pisado el coto de los códigos absolutamente en nada. Toda mi escueta misión se reducía a sembrar las ideas y profecías de la manumisión de los hombres, anunciándoles la buena nueva. Pero mis doctrinas eran de demagogo, como las del Rabí en el haz concurrido de las sinagogas porque combatían la injusticia y diatrizaban el pecado de masedumbre, origen de la esclavitud y de todos los grillos, que encadenan a la Humanidad y emponzoñan con su oprobio la estructura del mundo viejo. Y como a Cristo, también, me culparon los escribas y acusaron los fariseos. Y, una noche, me prendieron los sayones y centuriones, y

amarrada con cordeles mi carne, me llevaron a las mazmorras de Herodes, por mandato de Poncio Pilatos.

- He aquí al agitador. Retenle. Este hombre conspira contra el César -le dijeron los corchetes al carcelero.

Y Caifás afirmó a los guardianes con rencor:

- Id tranquilos. Hoy el César será honrado. El loco que me entregáis será retenido.

Y el calvario más horrendo empezó así. Un día me apalearon; otro, hundieron mi pecho. Conocí el hambre y sufrí la sed. Cuando salí de la cárcel, vi al mundo que me escupía. Y el estigma de la celda gravitó rotundo sobre mí por aquella retención sin delito. Y el pan del día me faltó en un tiempo por la fatal carencia de trabajo perdido. Toda la negra estela de la adversidad, que reserva aciaga a los hombres los abismos tenebrosos del mundo, amagó sobre mí, sepultando mis días en el revés y en la penuria extrema. No por eso me amilané. Una estoica serenidad fortaleció mi alma, recia y fuerte ante el cruento combate y el azote sin tregua. Y en el colmo extremo de aquel raudal de infortunio, agobiado por todos los abandonos y por todas las soledades que acobardan en los hombres más templados el ánimo y enlutan y horripilan las externas cosas de la tierra, el pensamiento fijo en el

sueño malogrado y caduco, y el recuerdo eterno de Leonora. ¡Ah!

Imposible hoy revelar tal catástrofe. Mi corazón aun sangra, al recordar los días del acerbo canto del dolor. Así pasé nueve años, acorralado y maltrecho por todas las persecuciones, todos los desamparos y todas las inquietudes; recorriendo la tiniebla y el suelo húmedo de las cárceles por el sueño augusto de redimir del hierro y del hambre al mundo y al hombre...

El cortijero le miró, ahora compadecido por intensa piedad, y le dijo:

- Johás, en verdá que bien merese ece hábito.

- ¿Por qué me dices eso?

- Porque ezo que tú haz jecho no lo zufen máz que loz monje y loz zantoz.

- ¡Bah! Todo eso es insignificante ante lo que aun espero hacer y el mundo necesita que se haga para avasallar el pecado.

- Loco erez ci después de ezaz tragediaz no rectificaz tu cenda.

- ¿Rectificar? ¡Ah, no! Yo sólo rectifico cuan do veo el error.

- Y el de tu dúo camino ¿no lo vez?

- Yo solo miro al norte. Los tropiezos en los riscos de la tiniebla no quiebran la razón de que mi voluntad siga tenaz el sendero hasta escalar la meta.

- Entonse, ci te obztina en ceguí tu carvario, no te quejez e la hiel der maero.

- ¡Potentado! Tu insulto no me alcanza. El madero en mi hombro, es orgullo; como lo es en la torre una bandera... Pero déjame concluir, porque el sol está muy alto y tengo que irme.

- ¿Qué priza tienez?

- ¡Ah, mucha! Los minutos son batallas, y no se deben perder.

- Acaba, puez, y dinos cómo encontrazte a Fedra.

- No la encontré. Me buscó ella a mí.

- ¿Ce enamoó de ti?

- Eso creía yo. Pero a mí no me quiso nunca.

- Entonse, ¿por qué te buzcó?

Ya te lo dije. Para robarme el alma y romperla.

El cortijero y Ana se miraron embargados, sin comprender. Johás les vió, y corriendo a socorrerles les dijo:

- Un poco de calma. Veréis... Pero ahora estoy fatigado y, si usted me lo permite, dejaré para esta noche el relato del próximo capítulo.

- Yo con sientto; ¿cómo no?

VI

EL DELIRIO DE FEDRA

Hace una noche santa. Por las rejas de esta ventana veo la luna brillar con un bello arrullo de ágatas, entre el bosquejo excelso de unos álgidos eucaliptus, cuya fronda melenuda recorta los cielos. El cuadro es magnífico. Así llenaba de luz la majestad soberana de sus lienzos únicos la paleta augusta del Guido Reni. Mi «modelo» me ha dado título para este sexto capítulo. Y su mística melancolía me recuerda a Antonio en la soledad de la Tebaida, agobiado de anhelos y de tentaciones. Ese rostro paliducho y cetrino se ilumina unos instantes bajo el ardor solemne de la evocación. También el dolor -¡ah!- tiene dulce estela de luz.

Un ruiseñor en la fronda, nos recuerda los nocturnos divinos de Mozart. Con una infinita gracia ejecuta aho-ra *La flauta encantada*... Mi «modelo» dice:

Había en su alma, hermética y cerrada como un armario, una como onda bendita de nostalgia, de ensueño, de misterio. Alma mística de anacoreta y corazón noble de poeta romántico o de pintor. El no reía nunca. Leía mucho y hablaba muy poco. Parecía absorto siempre en las cosas de un remoto delirio. Esto empero, ni él mismo precisaba ni comprendía su anhelo. Pero, a cambio de todo esto, atesoraba en su alma una fuente, sin sonda, de sacrificio y un geiser de infinita bondad. Lo sentía él todo. Sufría y lloraba por el más nimio motivo, por la más ligera emoción, por la más pequeña contrariedad. Era un alma predispuesta al dolor, dolor por las miserias humanas; dolor por su pequeñez para hacer al orbe feliz; dolor acerbo de sí mismo; dolor por los llantos de los demás. Casi niño, conoció la soledad y el frío yerto que congela el arroyo.

Y le estudió como Gorki; y se apiadó de las almas que sufrían en el hielo el puyazo de todas las angustias, el yantar de todas las hambres, el pellizco de todos los anhelos; gimiendo por tal tragedia la ternura exquisita de su sensibilidad. Y ya mayor, bregó por redimir a los hombres

como Juan de Patmos, como Ferrer, como Jesús el Nazareno, como José Martí.

Con esa forma tan suya de ser, su recuerdo no se borró nunca de la dulce memoria de la Santa Virgen de Peñule. Leonora le retuvo tiernamente en su alma, llorando muchos años la amargura de su desconsuelo. Oíd lo que dijo el nómada a la fámula y al cortijero:

- La congoja de Leonora, a mi partida, fue grande. La divina hija del minero tenía la costumbre de mirarme a los ojos. Cuan do yo falté, consolaba sus nostalgias evocando mi alma. Y una tarde, Fedra, que ya entraba en la pubertad y sentía los delirios de ser mujer, la encontró en su cuarto muy preocupada y la vio llorar.

- ¿Qué tienes, que lloras así, tan desconsolada? –la preguntó.

Y Leonora, muy amargada, le dijo:

- ¡Ay, Fedra! Es que añoro el alma de Johás. Era tan bella...

- ¿Era bella el alma de Johás?

- Sí, hermana. Jamás como la de él la tuvo hombre alguno.

- ¿Y tú qué sabes?

- Lo sé, Fedra, lo sé. ¡Si tú la vieras!... Feliz será la mujer que posea el alma de Johás.

Y la contó anécdotas, rasgos, maneras y costumbres del ausente, recalcando la nota de su tristeza. Fedra se enamoró de aquel lírico panegírico que Leonora hacía del espíritu sensible del Sentimental. ¡Ah! Fedra era joven, era bella y era audaz. Con esos dones buscaría y conquistaría el alma atormentada de Johás.

Por aquellos días, perseguido y acorralado hasta la desesperación, se desbordó mi alma y mi coraje, y sucedió algo terrible, supremo y magnífico. Con ello, Fedra acentuó su delirio. Y me buscó sin tregua, indagando sin fortuna mi paradero. Luego, después, caí preso inesperadamente, siendo brutalmente apaleado. La noticia bárbara de mi calvario impresionó su alma, y le interesó más. Al fin me encontró un día tras los recios barrotes de una cárcel. Fue aquel un día aciago, un día maldito, un día negro... Porque de él deriva mi más grande tragedia, este hielo de mi alma y este agobio cruento de mi dolor...

Al llegar aquí, mi «modelo» corta. La luna sigue alumbrando entre las melenas del bosque. La armonía de la gorja suelta el alma del ruiseñor. En los ojos de mi amigo, hoy velados por un halo vidrioso, se derrite la perla de una pena ; y un rumor de angustia santa surge de su pobre

rostro como del haz de los cristos que dejara, allá en Venecia, el pincel sublime del Tiziano...

VII

LA REJA MALDITA

Mi «modelo » piensa un poco, cual si buscase la imagen de la evocación y me dice:

- Fue una tarde tristona de diciembre, humosa y meona como las de la bruma londinense. Había yo ido allí por cuestiones de pluma. Unas glosas, unos artículos, un proceso. Total nada. Hay cosas que carecen de importancia en la vida, si no fueran las contingencias que el azar deriva, enlaza y teje después. El suplicio de Absirto no habría sido si Jason no hubiese sido amante de Medea. En aquella cárcel estaba, cuando un día se me presentó:

- ¡Fedra!... Estás ya hecha una linda hembra.

- Johás...

- ¿Qué es de Leonora?

Leonora tiene un hombre. Es madre de cuatro niños. Está muy lejos, muy lejos. Ha llorado mucho por ti. Porque te amaba, Johás, te amaba...

La sonrisa de su boca era dulce. Pequeñita y ruborosa, con los ojos melosos y clavados en mi alma y el cabello rizado, parecía una linda muñeca de Ibsen. Yo sentí el ruido de aquel combate y el fogonazo en mi alma de la santa emoción. Y las rejas de aquel antro... Aquellas rejas horrendas del locutorio..., inmovibles, rígidas...

- ¡Johás! ¡Johás!...

- ¡Fedra!

Un frío muy intenso atravesó mi cuerpo.

- Hace tiempo que yo te buscaba. He sufrido mucho por ti.

- ¿Tú?

- ¡Sí, Johás, sí! Te buscaba para irme contigo.

- ¿No te asusta mi calvario? ¿Tú no temes compartir mis tragedias?

- ¡No, Johás, no! Quiero sufrir a tu lado, morir contigo riendo. Quiero ser la compañera de tu soledad.

- ¡Fedra!... ¡Oh, Fedra! ¿Es posible que yo encuentre esta ventura?

- ¡Sí, Johás, sí! ¡Soy tu Fedra!... ¡Tu Fedra! Porque... ¡te quiero mucho! ¡Te quiero, Johás! ¡Te quiero!...

Mi cabeza ardía. En sus ojos celestiales fulgía una llama. No pude más.

Aquel terrible día, divino y maldito, cuando ella marchó, me tuve que apoyar en el muro para no caer. Un vacío aterrador ahondaba en mi ser. Aquel día sentí frío. Mi cuerpo, triste y transido, estaba sin alma. Si con mi rabia y mi genio, en un estertor de músculos, hubiere podido vencer a aquel hierro, lo habría roto para ir en pos de mi alma...

Luego, todos mis mimos de hombre, mis delirios de poeta, se los di a ella. Sus cartas me estremecían. Y la ilusión de su amor me llevó a soñar... No vivía ni dormía para pensar en ella. Y la quise como nadie la ha querido ni la querrá nunca. Fue mi musa y mi hada. Hice de ella mi apoyo y mi vida. La razón de mi existencia en el mundo. Pero... ¡Ah!...

Mi «modelo» lleva su mano a la garganta, y llorando y sollozando en un acceso de congoja patética, en la que se agita horrendamente su pecho, con acento trágico y voz quebrada balbucea:

- ... Cuando más caído me encontraba, perseguido, enfermo y medio loco de delirios por ella, se olvidó de mis penas y me abandonó...

El silencio hace trágico este instante del carmen. Unas lágrimas recorren solitarias las mejillas pálidas de este

hombre. Yo comprendo que el dolor siempre anhela la soledad, y le dejo. No es ahora el momento de continuar esto. Quiero distraerme en mi libro y no puedo. Un arrullo de piedad humedece también la carne nerviosa y emocionada de mi rostro...

VIII

LA SOMBRA DE DALILA

Son las cuatro de la tarde. La fronda inmensa de una acacia que da centro a este jardín tiene fragor de sol.

Ese sol árabe que calcina la sangre de esta tierra, bravía y rica como la musa emocionante de su cante jondo. Un loco grita. Allá, un gorrión hace un trino. En los añiles del cielo bulle el jirón de un cirrus, blanco y leve como un clarión. Mi «modelo» se aproxima cansino, con ese aire tan suyo de último abencerraje.

- ¿Proseguimos nuestra obra?

Y en su rostro me parece sorprender una muda insinuación. Mi pregunta le abre ruta y me dice:

He estado releendo hoy a Werther. Este «chico» de Goethe me es muy simpático. Poseía un grande corazón;

quizá más bello que el de Sacha Yegulew, la creación maestra de Andreiev, otro dulce sentimental, otro dulce lírico a su manera. Los dos grandes corazones me atraen, acaso por una íntima conexión de sentimientos y de valores morales; si usted quiere, algo de eso que hemos dado en llamar las afinidades electivas. La que me parece absurda es Atala... ¡Pobre Chactas! Yo comprendo la derrota tremenda de su pobre vida...

Las abejas zumban sobre el rosal, sonsacando los néctares para sus mieles. Una rosa, al perder su alma, parece sonreír y decirnos que el supremo sacrificio es la ley de la creación. Nuestro «modelo» sueña, contemplando el ala blanca de un pichón que remonta el espacio. Yo le digo:

- ¿Hablamos de Fedra?

Al oír este nombre, su delirio se parece quebrar. En sus ojos hay un dolor perenne, que paulatinamente va aumentando hasta convertirse en una luz bella, viva, azulada. Al fin me dice:

No olvide usted que, en todo momento, el que ha hablado no he sido yo, sino el hombre nómada. Johás el errante, el peregrino. Y ese mismo es el que toma la palabra ahora. Escúchele, pues:

« Estaba yo entonces preso en el vientre de un antiguo castillo. Por romper mi lanza en las lides por la libertad de los hombres me encerraron allí. Entre aquellas tenebrosas piedras cautivo, el delirio de su amor me animaba. Hacía versos, y se los enviaba a ella. Sus cartas las leía llorando, entre el ruido quejumbroso de las cadenas. Pero tenía un cariño, y en el fondo horrendo de aquel infierno me sentía feliz. Mil proyectos e ilusiones embellecían mi vida, con mi sueño, cada mañana, al conjuro soberano de mi quimera. Y una gama de sentimientos exhalaba el arpa de mi alma, prisionera como mi cuerpo en los ojos santos de Fedra. Una tarde vi una malva muy triste que crecía sola en la huraña tierra de aquel suelo, y, apiadado por su desgracia, tuve un halo de ternura y la acaricié. Aquella noche comencé un libro, en el que cada día llenaba una página con la esencia asidua y sentimental de mi cautiva vida. Cuando aquel manuscrito estuvo hecho, se lo remití a ella. Todas las semanas nos escribíamos. Una tarde muy amarga recogí unas lágrimas en la seda de un pequeño pañuelo de color salmón que iba puesto como orla en la red bordada de una postal, y, con sana alegría, en la que puse la angustia y el anhelo eterno de mi alma, se lo envié. ¡Ah!... Yo que siempre me crié sin cariños; yo que no tuve nunca... ni siquiera cuando niño, lo que todos tenéis: el regazo de una madre donde arrullar los sueños, estaba loco con la dulce quimera de tener el delirio y el

calor santo de aquella mujer. Yo, que siempre fui un lírico, no sabía cómo cantarla; todo me parecía poco; no sabía dónde ponerla. Me envió un retrato y lo puse en un dije. Aquel dije, en la prisión, era adorado por mí como un relicario. Por el día lo llevaba en mi pecho; por la noche lo llenaba de besos, y, colocado en la pared, velaba mis lindos sueños sobre la almohada. La agonía de mi pecho, esta angustia de mi vida, parecía acabar. Una divina alegría me resucitaba. Otra alma renacía en mí. De pronto, un día me escribió:

« Johás: Hoy tengo que darte una mala noticia. Es el caso que mi hermana Leonora está enferma. Y una hermana enferma en país extraño y con cuatro niños... Y No te parece que debo de ir a asistirle, antes que tenga que ir al hospital? Ya me dirás tu parecer. Contéstame en seguida.»

Yo la aconsejé que fuera. Leonora es algo tan santo... Me envió su dirección. Allí la escribí seis cartas y no obtuve contestación. Ante eso, escribí a sus padres. El silencio prosiguió tras mi carta. Volví de nuevo a escribirles, esta vez con apremio demandado por mi vehemencia, y me contestaron:

« Johás: No queríamos decirte nada, para evitarte el disgusto. Pero Fedra, a esta hora, ya habrá sido de otro

hombre. Fue allí para eso. No nos echéis a nosotros la culpa. Ha sido cosa de ella...»

Aquella terrible carta la estrujé nervioso entre las manos. El corazón saltaba. Mi vida espiritual derrumbada; mis ilusiones por tierra; mis anhelos malogrados; la quimera de mis sueños rota... ¡A h!... Si me dan una cuchillada, no me hacen más daño. Quedé sin sangre, alelado, pétreo, helado. Aquello fue el desplome del orbe. Mis ojos se anublaron; cedió el músculo de mis piernas; se estremeció mi pecho, y sin base ya mi existencia por aquella glacial derrota, me dejé caer en mi camastro, agobiado por una horrenda congoja y sin importarme ya el mundo nada, anhelando morir, lloré. Luego, poco a poco, me fui secando. Perdí el gusto de escribir y de hablar con nadie. Yo tenía ánimos, era un lírico, era un poeta, hacía versos, tenía sueños. Pero Fedra me los rompió. Esa mujer no me quiso. Se enamoró de mi alma. A mi cuerpo no le quería. Cuando puso grillo a aquélla, me aborreció. Y se quedó con mi Alma, dándome esta pena. Mató mis ímpetus. Ha ejercido de Dalila en mi ánimo. He aquí mi agobio. Llevo errante la tristeza y el recuerdo, que no olvido, de Fedra... »

Y, dicho esto, se levantó. El cortijero le miró impresionado y le dijo:

- Quédate a comé, Johás, quédate.

- No, gracias. Tengo que caminar hoy mucho. ¡Salud, amigos! Acordaos de Johás, como él se acordará de vosotros.

Ana Cruz lloraba y le miraba angustiada pisar el polvo molido de la ardiente tierra. Los perros le saqueaban ladrando, desgarrando con sus dientes la raída túnica. Y al andar se extinguían aquellas viejas sandalias, requemadas por el polvo de las sendas y por el sudor.

- ¡Ana!... ¡Mi Ana!... ¡También Johás está loco! ¡Como tú!... ¡Como yo!... ¡Como tooz loz que en er mundo aman!...

Y el errante oyó aún de nuevo aquel ruido delicioso del beso

- Tiene razón ese hombre -dijo andando Johás. El amor es una bella locura que nos lleva a delirar a la gloria, remontándonos de este fango del mundo y olvidándonos del dolor y la grande demolición de la muerte, con su vuelo de Eternidad.

- He ahí lo que le prometí a usted -me dice mi «modelo».

Y pausado, augusto, sublime y trágico, el hombre va a dormirse a la sombra austera de la acacia, donde bulle un halo de soledad. Nosotros le miramos y nos parece que del fondo de su pecho sale el eco de aquellas palabras

que el cincel divino de Miguel Ángel dejó eternas en el rudo pedestal de su estatua dormida:

« Dormir es dulce; y más dulce aun ser de piedra, en tanto reinan la miseria y el oprobio. No ver nada; no oír nada, es toda mi dicha. No me despiertes, pues... Habla bajo.»

FIN

Máximo Gorki

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE INVIERNO

Terminé la última cuartilla de un cuento de invierno, sombrío y lúgubre como los días breves y tristes de entonces. Dejé la pluma y me puse a pasear por la habitación.

Era ya noche cerrada.

Fuera se presentía la tempestad.

Sentía en torno mío voces extrañas, rumores imprecisos, algo como bisbiseos y suspiros que se entraban desde la calle en mi cuarto, medio en sombra.

El viento arrojaba la nieve contra los muros y la capa blanca pasaba, lenta, espesa, cayendo sin cesar detrás de los cristales... Parecía que nevaba dentro de mí, enfriando mi alma.

A través de la vidriera miré a la calle. Nadie. Estaba desierta.

De vez en vez, alguna ráfaga levantaba la nieve muerta sobre la calzada y volaban copos blancos, ligeros y frágiles.

Muy cerca de mi ventana había un farol. La llama luchaba, temblorosa, indecisa, contra el viento.

A breves pausas, el surco de luz vacilante, movediza, tenía en la oscura frialdad del aire la precisión de una espada.

Los copos de nieve caían mansamente, irisándose de multicolores centelleos al atravesar la banda luminosa.

Y yo, invadido de una profunda, de una inexplicable y honda tristeza, me desnudé, me acosté y apagué la luz. Reinó la oscuridad en mi cuarto. Los sonidos se hicieron más distintos, más firmes y claros. El cuadro claro de la ventana proyectó sobre mí una gran mancha blanquecina.

Se oía monótono el reloj que contaba los segundos. A veces ahogaba el rumor de la nieve su tic tac impasible; pero luego volvían a oírse los pasos rítmicos del tiempo en busca de la eternidad. Era un tic tac seco, penetrante, que se hacía dueño de mí, que entraba en mi cerebro.

Recordé las últimas cuartillas que había escrito. ¿Qué fin me había propuesto al escribirlas? ¿Valdrían de algo?

¿Tendrían algún valor?

Era un cuento sencillo y vulgar. Un episodio de dos pobres: un anciano ciego y su mujer, llenos de miseria y de bondad, olvidados de la vida, tímidos.

Una madrugada la víspera de Navidad, dejaron su aldea y mendigaron por los caseríos cercanos para comprarse un poco de alegría y saborearla, jubilosos, en la fecha memorable.

Arrullados por la esperanza recorrieron todo el contorno, confiados en que a la hora de vísperas estarían de vuelta en su casa, repletos los bolsillos de presentes hechos en nombre del Señor.

Pero las esperanzas se trocaron en desengaños porque las limosnas fueron escasas.

Ya muy avanzada la noche, comprendieron que debían volver a su cabaña sin fuego. Y los dos ancianos desandaron la enorme llanura blanca. Sus zurroneos no se posaban en la espalda; pero la tristeza les agobiaba el corazón. Ella iba delante y agarrado a su cintura seguía el ciego.

Marchaban lentamente. La noche era negra y sin estrellas. El viento azotaba la nieve, y los pies de los dos viejos tímidos, míseros, se hundían.

La aldea estaba muy lejos aún y ellos, silenciosos, proseguían por el camino nevado, ateridos, temblando de frío.

La vieja había equivocado el camino. El viejo renegaba, preguntando:

- ¿Llegaremos pronto? Ya verás como no llegamos a las vísperas.

Ella contestaba que las casas estaban próximas. Comprendía que se había extraviado, pero quería ocultarlo. Alguna vez oía ladridos e iba en su busca; pero enseguida sonaban en el extremo opuesto.

Hasta que, ya vencida, lo descubre:

- Perdóname, perdóname, padrecito... Nos hemos perdido... y no puedo dar un paso más... Quisiera detenerme, descansar un momento... no puedo avanzar más...

- Te vas a helar, madrecita.

- No; es sólo un momento. Quiero sentarme un instante. Además, ¡qué importa si nos helamos...! No vale tanto nuestra vida que cause dolor perderla.

El viejo cede suspirando.

Se sientan en el suelo, espalda con espalda, semejantes a dos montones de harapos, abandonados a la borrasca.

La nieve les cubre, les hieren agudos cristales y la vieja, peor vestida que su compañero, empieza a sentir un calor extraño.

-¡Madrecita, madrecita! -clama, aterido, el ciego-. Levántate ya... Vámonos.

Pero ella se va adormeciendo suavemente. Delira y le responde palabras locas, incomprensibles.

El intenta levantarla y no puede.

- ¡Madrecita...!

Hace nuevos esfuerzos tan inútiles como antes.

- ¡Madrecita...! ¡Te vas a helar...!

Y grita, pidiendo auxilio a la inmensidad negra, pero nadie le oye. La mujer ya no habla, ni dice siquiera aquellas palabras incoherentes.

Entonces cae, rendido, resignado, sobre la nieve, con una muda desesperación de fatalista. Todo cuanto le sucede es por la voluntad de Dios.

Y la borrasca va desgarrando los harapos a las carnes mártires, cansadas del trabajo y de los años.

De pronto, el viento trae sonidos de campanas. Y suenan solemnes en la furia de la noche.

- ¡Madrecita, Óyeme...! Están tocando a vísperas...

Anda, levántate. ¡Vamos, pronto...!

Pero ella no puede oírle. Partió para el mundo del cual nadie vuelve.

- ¿Oyes? ¡Madrecita! ¡Levántate! ¡Eh! ¡Que están tocando a vísperas! ¡Que vamos a llegar tarde, madrecita!

Intenta levantarse a su vez y no puede. Cae de nuevo sobre la nieve y en sus labios florece la última súplica:

- ¡Señor! Acoge el alma de tus siervos... Ambos somos pecadores; pero otórganos tu perdón y tu gracia.

De pronto le parece que ha recobrado la vista. Sobre la inmensa planicie blanca, en una nube de nieve luminosa, se alza un templo de rara arquitectura, el templo de Dios que avanza hacia él.

Tiene la forma de un corazón y de corazones humanos y ardientes está hecho. Y, en la cúpula, está la figura de Jesús.

El anciano se levanta para caer de rodillas sobre el atrio del templo imaginario, y contempla al Mártir. Y el Mártir le dice con voz clara y armoniosa palabras de consuelo:

- Mi templo se levanta sobre los corazones inflamados de misericordia y de amor. Entra, pues, en mi templo, tú que has tenido tanta sed de misericordia durante tu vida; tú que has sido humillado y has sido miserable,

- Entra y sé feliz.

El viejo balbucea palabras inconexas, palabras que casi no suenan...

Cristo le sonríe dulcemente. Sonríe también a su compañera, que resucita por el milagro de esta sonrisa.

Y de este modo se helaron dos pobres miserables la víspera de Navidad, perdidos en la infinita llanura blanca, inhospitalaria...

Después pensé si esta narración sería bastante humana, bastante dolorosa para enternecer y conmover a los que la leyeran.

Yo creía que sí; y satisfecho de mí mismo, bajo el suave abrigo de las mantas, empezaba a dormirme.

El reloj tictaqueaba isócrono, marcando despiadado las horas de mi vida, que huían sin dejar huella.

Oía vagamente el sordo murmullo de la nieve cayendo lenta e incansable.

Aumentó su violencia la tempestad y el farol se apagó. Chirriaron las maderas de la ventana. Las ramas de los árboles golpearon obstinadas la techumbre. La voz del viento aullaba, suspiraba, lanzaba silbidos penetrantes. Volvía a entrar en mi corazón la tristeza, la congoja.

Un resplandor azulado y fosforescente atravesó los cristales y vino hasta mi lecho. Y en medio de este resplandor azul apareció una ancha y espesa nube sembrada de estrellas que parecían pupilas humanas.

Y esta nube se agitaba movida por algo misterioso y omnipotente. Se oscurecía, se aclaraba, se desgarraba y volvía a hacerse más compacta... infinita y amenazadora. Yo sentía un terror hondo y cruel que ponía castañeteos en los dientes.

Luego los jirones de nube se destacaron más distintos unos de otros. Visibles en la azulosidad que los envolvía se desunían lentamente y adquirirían poco a poco formas conocidas, familiares a mis ojos.

Eran sombras de niños, de mujeres, de viejos de largas barbas blancas.

¿De dónde venían? ¿Qué eran aquellas sombras? Mis ideas eran claras y luminosas para aquellos huéspedes de la noche; las comprendían.

- ¿Que quiénes somos y de dónde venimos? -dijo una voz grave, una voz que tintineaba, lenta y fría-. Acuérdate. ¿No nos reconoces?

Yo movía silenciosamente la cabeza, negando la posibilidad de cualquier relación con aquellas sombras que se movían lentas en el aire, como si danzaran una solemne danza al ritmo de la borrasca.

Después se acercaron más a mi cama, estrechándose, agrupándose en torno mío. De pronto distinguí entre ellas una figura conocida. Era la del viejo ciego agarrado a la cintura de una viejecita encorvada, que me miraba con sus ojos llenos de reproches.

Un brillo cegador cubría sus harapos y extendía el frío en torno suyo. Ya sabía quiénes eran; pero no se me alcanzaba el motivo de su aparición.

- ¿Nos reconoces ahora?

Ignoro si fue la voz del huracán o la de mi conciencia la que habló. Mas era una voz imperiosa y subyugadora, avasalladora.

- Ya has visto quiénes somos -dijo. Y los demás también son víctimas tuyas. Somos los héroes de tus cuentos: niños, mujeres, hombres que has hecho sufrir por el placer de los que te leen. Abre los ojos y mira. Van a desfilar ante ti

y podrás juzgar lo numerosos y desgraciados que son esos hijos de tu imaginación.

Las sombras empezaron a desfilar. Las primeras fueron un muchacho y una niña como dos grandes flores de nieve que esparcieran claridad lunar.

- Aquí tienes a dos niños que hiciste morir bajo la ventana de una casa donde brillaba el árbol de Noel. ¿No lo recuerdas? Lo contemplaban silenciosos, inmóviles de deseo, y quedaron allí inmóviles, dejándose cubrir por la nieve que los fue helando poco a poco.

Mis pequeños héroes pasaron silenciosamente delante de mí y se desvanecieron en la azulosidad. A su vez se mostró una mujer agotada, aniquilada, con el rostro lívido.

- Esta es la madre tan ansiosamente esperada la noche de Navidad y que, habiendo ido muy lejos a buscar dulces y juguetes para sus hijos, desfalleció, helada, en medio del camino.

Yo miré a la sombra lleno de compasivo terror.

El cortejo caminaba y la voz inexorable iba nombrando uno a uno a los héroes de mis obras, escritas en los días de tristeza. Los fantasmas flotaban delante de mí, ondulantes sus blancas vestiduras. Yo temblaba bajo su frío lúgubre

de silencio y de aparición. Sus movimientos lentos y la angustia indecible de sus vagas miradas me oprimían el corazón. ¿Qué querrían de mí? ¿Qué se proponían?

El último de todos, el viejo ciego de los harapos cubiertos de nieve, llegó hasta mí clavándome la mirada de sus ojos desorbitados. Su barba centelleaba la escarcha y pendían trozos de hielo de sus labios. La anciana tenía la misma sonrisa feliz de los niños dormidos; sonrisa muerta, helada en las arrugas de su rostro.

Por fin desaparecieron los espectros. Pero el huracán seguía rugiendo y despertando en mi alma la rebelión. Soporté la fantasmagoría en silencio y en cuanto se disipó, en cuanto me libré del ensueño, sentí algo dentro de mí que me impulsaba a hablar.

Las sombras se unieron nuevamente, en un solo grupo, y formaron confusa nube donde vigilaban pupilas multicolores, las pupilas de mis personajes que me miraban angustiosas. Y mi malestar y mi vergüenza aumentaban bajo la mirada de estos ojos inertes, fríos, punzantes.

Cesó de aullar la tempestad y con ella todos los ruidos. Ya no oí más el tic tac del reloj, ni el murmullo de la nieve al caer, ni la voz misteriosa que antes me había hablado. El silencio era absoluto, y la visión permanecía suspensa en el aire como esperando.

Y yo, yo también esperaba apasionadamente, con todas las fuerzas que le restaban a mi alma.

Al fin no pude contenerme más tiempo y grité:

- Pero, ¿qué queréis de mí? ¿Qué pretendéis? Entonces la voz lenta e impasible habló de nuevo:

- Responde tú a mis preguntas: ¿Por qué has imaginado todos esos dolores? ¿Por qué, no conformándote con desgracias reales, con la infelicidad tangible y visible de la vida, has inventado nuevas torturas y te esfuerzas en vestir de realidad tus fantasías? ¿Qué te propones? ¿Deshacer los últimos alientos que les quedan a los hombres? ¿Arrancarles toda esperanza de mejoramiento, mostrándoles sólo el mal? ¿Acaso eres enemigo de la luz y te complaces en amontonar negruras y tristezas sobre el ya negro y triste desencanto humano? ¿O es que odias tanto a los hombres que quieres anular en ellos el deseo de vivir presentándoles la existencia como un suplicio sin término?

¿Cuáles son tus propósitos? Contesta. Dilos.

Yo permanecía mudo, estupefacto de terror, consternado.

Estos reproches eran demasiado extraños. Todos los escritores emplean los mismos asuntos e iguales recursos sentimentales, sobre todo cuando se trata de cuentos de

Navidad. Se coge de cualquier sitio a un infeliz muchachuelo, a una pobre niña o a unos viejos tímidos y se les hace morir de frío bajo los balcones de una casa opulenta donde brilla el árbol simbólico. Es la costumbre, y si de algo soy culpable no es más que de eso, de seguir la costumbre.

Procuré disculparme:

-Escuchad, sombras: No sé quiénes sois ni quiero saberlo. Pero me habéis interrogado y creo un deber mío contestaros; después de lo cual espero que no me negaréis el derecho a dormir tranquilo el resto de la noche. Mi idea al imaginar esas miserias esas crueles agonías de hambre y de frío no es otra que la de despertar en mis semejantes sentimientos humanitarios y compasivos. Llamo con palabras amargas a los corazones secos y cerrados.

Un largo estremecimiento recorrió el grupo de las sombras. Después se pusieron a girar locamente, retorciéndose, luchando contra un invisible torbellino que pretendía llevárselas, rompiéndolas.

El huracán aullaba, silbaba, reía, mugía... Y las sombras seguían su macabra danza febriles, dislocadas. Todo en ellas danzaba, menos las pupilas muertas en el fondo de las órbitas.

Sentía bañado en frío sudor mi cuerpo. Los cabellos se me erizaron.

- Se ríen -dijo la voz impasible.
- ¿De qué?
- De ti.
- ¿De mí? ¿Por qué motivo?
- Por la ingenuidad de tu infantil defensa. ¿Pretender, pintando dolores imaginarios, despertar la bondad en los corazones sordos a los dolores reales? Piensa en tu candidez. Piensa en que si la realidad miserable no entenece a los hombres ni los conmueve, mal podrá conseguir ese enterneamiento y esa emoción tu pobre fantasía.

¿Y crees triunfar, tienes esperanzas de triunfar de ese modo?

Seguían las sombras exhalando su muda carcajada. Me parecía una carcajada interminable que la vería ya siempre mientras viviera, y hasta en la hora de mi muerte. Fuera también reía el viento. Y la voz implacable seguía hablando.

Quise escapar de la obsesión hundiendo la cabeza entre las almohadas.

De pronto, resbalando del lecho, me sentí precipitado en un sombrío abismo, y rodaba medio asfixiado por la rapidez de la caída. Silbidos, aullidos y la risa aterradora de las sombras cayeron conmigo, persiguiéndome. Y a través de las sombras y de las tinieblas lucía el brillo hostil de sus miradas.

Desperté con el sol, dolorida la cabeza, oprimido de angustia el pecho, exhausto.

Mi primer acto fue abalanzarme sobre las cuartillas donde había escrito la aventura del viejo ciego y su compañera. Las rasgué sin leerlas. En el aire claro de la mañana arrojé los pedazos, que volaron largo rato antes de llegar al suelo, satisfaciendo así el deseo de la nocturna alucinación. Volaron aquellos pedazos blancos en los que yo pretendí narrar el inagotable dolor de los humildes, sus amarguras, sus infinitos sufrimientos...

Bernard Lazare

LA JUSTICIERA

El día que la reina Berta supo que sus jueces vendían la justicia, se entristeció profundamente. Era una mujer de sentimientos elevados y corazón sensible, capaz de sentir los dolores de sus semejantes. El difunto rey, su esposo fue un déspota fanático y sanguinario un amo feroz, brutal; por lo que ella resolvió consagrar la existencia a hacer la felicidad de sus súbditos con objeto de que éstos olvidaran los tiranías del anterior soberano, y al propio tiempo satisfacer una necesidad de su corazón.

Cuando conoció las iniquidades de sus magistrados se sintió desesperada. Pensó en las innumerables víctimas que habrían hecho y se estremeció al pensar que ella había contribuido a fomentar tanto mal. Con el fin de poner remedio en lo sucesivo depositó su confianza en hombres de reconocida virtud y jóvenes austeros, cuya benevolencia debía atemperar la rudeza de los rígidos antecesores. Los nuevos magistrados se pusieron a su vez al lado de los ricos, no escucharon las quejas del pobre y despojaron al miserable de su viña. Escuchando el relato de tanto crimen,

la reina lloró, como el día que le revelaron la maldad de su esposo. La desesperación llegó hasta el delirio, pues desconfió de la bondad e integridad de sus jueces, hasta creer imposible que la justicia pudiera hacerse con hombres tan refinadamente perversos.

Desde entonces, la reina resolvió ser ella la justiciera consolaría a los desgraciados en sus cuitas; distribuiría recompensas y castigos. Como su reino no era grande, podía cumplir, ella sola, la loable tarea que se había impuesto, y viajando por montes y valles, constantemente escuchaba los lamentos de los desgraciados, los sollozos de los humildes. Era complaciente y benévola con los infelices, pero inflexible con los que atentaran al bienestar de los demás.

Una mañana llegó a un pueblo, en el que no había estado nunca, situado en el fondo de un valle solitario, rodeado por el circo verdoso de feraces montes, en un paisaje tranquilo, de opulente alegría. Cuando bajaba por el camino, serpenteando la falda del monte, las casas del pueblo aparecían como islas en medio de un océano dorado de hermosas mieses que agitadas por el viento, producían ondulaciones y murmullos de apacible encanto. La reina quedó admirada al contemplar tan grandioso espectáculo y su regocijo fue Inmenso pensando que en

aquel rincón de su reino, en tan ameno y poético país, todos debían ser felices.

Las gentes del pueblo salieron a recibirla y colocaronla en una litera. previo su consentimiento, la llevaron a la plaza, frente a la iglesia, donde habían construido, con maderas, una especie de tribuna adornada con ricas telas y hermosas flores. Después de obsequiarla con manjares y frutas, un heraldo, desde el trono improvisado, tocó con toques de corneta, cuyos ecos repercutieron en el valle, y luego se invitó a todos los que tuviesen agravios o quejas que exponer que se dirigiesen a la reina. Muchos llegaron hasta ella; hombres y mujeres, gentes de fino cutis cuyas caras rebosaban satisfacción y que vestían elegantemente trajes de rica tela. Todos se quejaban de recíprocas usurpaciones y la voz de cada uno adquiría una rudeza sorprendente cuando decían: "Mi campo", "Mis frutos". Inútilmente la reina intentó conciliar los intereses de todos: nada pudo conseguir.

La visible aspereza de los tenaces señores la disgustó mucho y sólo se consoló al pensar que ninguno de ellos había cometido crímenes ni malas acciones. Iba a retirarse cuando reparó que, por en medio de la multitud, un hombre con mano vigorosa, empujaba a un desgraciado haraposo, delgado, lívido, que todos a su paso saludaban con golpes e insultos. Cuando llegó al regio tribunal, los soldados de la

escolta lo cogieron y separaron del escandalizado populacho, al que la reina preguntó cuál era el crimen del sujeto a quien todos tan malamente trataban.

A esta pregunta sucedió inmediatamente un espantoso clamor; todos avanzaban hacia el trono, y a un mismo tiempo pusiéronse a hablar. El que acababan de arrastrar hasta el trono no vivía, desde hacía muchos años, más que de rapiñas y robos audaces. "Habita en el fondo de un monte lejano, en una choza solitaria; por las noches escala los muros de nuestros corrales, saquea nuestros gallineros, ordeña nuestras vacas y diezma nuestros frutos. El mismo que le ha traído hasta aquí acaba de sorprenderlo segando en uno de sus campos."

- ¿Por qué tomas lo que no te pertenece? -le preguntó severamente la reina. ¿No sabes que en nuestra religión y en nuestras leyes está escrito: "No robarás"?

Iba a contestar el desgraciado, pero al ver las miradas amenazadoras de los que le rodeaban, alzó los hombros indiferente y la reina Berta no pudo conseguir del acusado ni una palabra de defensa. Entonces ella creyó ver en el haraposo un ser obstinado en el mal y decidió condenarle a tres meses de calabozo. Después, como nadie se presentara, se levantó la audiencia y tras algunas horas de reposo la Justiciera continuó su marcha.

Tres meses después, al volver hacia la capital de su reino, Berta quiso pasar nuevamente por el valle de la abundancia. Era por la tarde, y al bajar la pendiente del monte la reina oyó clamores lejanos, gritos de amenaza, de desesperación y rabia, y al llegar a un pequeño llano que dominaba la villa, vio a lo lejos un gentío inmenso que gritaba desaforadamente, persiguiendo a un hombre casi desnudo. La noche se aproximaba y al subir el fugitivo y sus perseguidores a la cumbre de una pequeña colina, a la luz de los últimos rayos del sol, la reina vio que éstos iban armados de guadañas, hachas y hoces, las cuales agitaban furiosamente.

Cuando los más ligeros y tenaces perseguidores seguían de muy cerca al fugitivo, tropezó éste y cayó a los pies de un caballo de los del regio cortejo y los soldados avanzaron a contener la frenética muchedumbre. Aproximóse Berta al extenuado y andrajoso fugitivo y al fijarse en él lo reconoció; era el ladrón que tres meses antes había condenado. Entonces ordenó que le levantaran y dirigiéndose a sus perseguidores les interrogó sobre la nueva fechoría que había cometido aquel miserable; el griterío fue tal, que nadie pudo oír lo que la multitud vociferaba. Iba a repetir la pregunta, cuando oyó detrás de ella estas palabras:

- ¿Preguntas cuál es el crimen de este hombre? Pues el de haber sufrido tu justicia.

La reina se volvió y vio que el que hablaba era un viejo pastor de aspecto tosco, con barba hirsuta, canosa y tez tostada por el sol; con algo de desdén le dijo:

- Explícate, buen hombre.

- Con muchísimo gusto, reina; escúchame. Este hombre, por orden tuya, fue encerrado en un calabozo; durante tres meses ha sufrido la sombría tristeza del lóbrego antro; el martirio de la falta de libertad: el dolor de estar separado de sus seres queridos. Ayer tarde, cuando los carceleros le abrieron la puerta, corrió como lobo herido hacia su choza y en ella encontró su mujer y su hijo muertos de hambre, porque durante su encierro nadie se había ocupado en socorrerlos. Entonces, el furor enloqueció a este desgraciado; y esta mañana, cuando el sol acariciaba al mundo prodigándole luz y calor, ha asesinado al que le llevó hasta tu tribunal. He ahí por qué esas gentes le persiguen; he ahí por qué te piden su muerte.

La reina sintió que el llanto oprimía su pecho y murmuró como si hablara consigo misma:

- ¡Luego, yo no hice justicia! El viejo pastor la oyó y dijo:

- Nadie puede administrar justicia a otro y tú menos que nadie, reina; tú no tienes ningún derecho a ser justiciera, puesto que contribuyes a perpetuar el mal.

- ¿Yo? -preguntó con viveza.

- Sí, tú, porque tú eres la autoridad. ¿No eres tú quien defiende a los poseedores de la riqueza, la que protege a los opulentos que te rodean, los detentadores de la tierra, gentes todas para quienes el pobre es un eterno enemigo?

¿No te has regocijado al contemplar la prosperidad de este país? Sin embargo, dejaste de pensar, cuando te presentaron a este desgraciado, cuyo crimen consistía en querer vivir, que toda esta riqueza sólo sirve para unos cuantos y le castigaste diciéndole que nadie tenía derecho a apoderarse del bienestar de los demás. No te preguntaste en virtud de qué anomalía social había un vagabundo, un desheredado en este valle de la abundancia, y le condenaste porque había querido comer. Tu justicia debe estar satisfecha porque ha causado la muerte a tres seres.

La reina bajó la cabeza abatida, humillada; sus lágrimas afluyeron con abundancia. Entonces comprendió la vanidad e impotencia de su justicia y se convenció de que mientras hubiese pobres y ricos, lo que se llama justicia no sería

otra cosa que la defensa inicua y cruel de los segundos y la desgracia y abominación de los primeros; pensó que su poder sostenía todo eso tan bárbaro, y silenciosamente echó pie a tierra, abrazó al desgraciado, cuyo cuerpo desnudo temblaba por el frío de la tarde, y en voz baja le pidió perdón, mientras que el viejo pastor meneaba la cabeza diciendo: "A buena hora".

Carlos Malato

LA JUSTICIA

En Dorcitad pudo convencerse bien el pequeño León de que su amigo no había exagerado cuando le hablaba de la república. Le bastó para ello asistir una sola vez a una audiencia del tribunal, donde le condujo Estanislao, porque esas audiencias eran públicas, y muchos desocupados, que no podían pagarse un asiento en el teatro, asistían allí y se hacían la cuenta de que viendo juzgar tenían comedia de balde.

Era la primera vez que el niño penetraba en un pretorio, y después de haber franqueado la puerta, guardada por un matador de profesión, porque desgraciadamente se encuentran aún por todas partes, se vio en una sala bastante espaciosa llena de curiosos. A un lado, sentado en un banco, entre dos guardianes armados, se hallaba un obrero de miserable aspecto. En el fondo, detrás de una especie de mostrador, se hallaban tres hombres sentados. vestidos con negras vestiduras; el de en medio tenía la barba blanca y en el pecho ostentaba una cinta roja; los otros dos tenían patillas negras.

- ¿Qué son éstos? ¿Son curas o mujeres barbudas? preguntó León.

- No -respondió Estanislao-. Son jueces; hombres como los matadores profesionales, los verdugos o los polizontes, que el sexo masculino tiene el honroso privilegio de suministrar. Visten casi como los curas, a los cuales se parecen por sus costumbres y sus funciones, con la diferencia de que los curas condenan, o absuelven para una vida futura, en nombre de un dios imaginario, mientras que los Jueces condenan en la vida presente, en nombre de un libro estúpido y bárbaro llamado Código.

- ¿Quién ha escrito ese libro?

- ¿Quién? Conquistadores, emperadores, reyes, amos gobernando por el derecho del más fuerte o por la astucia. Es decir, malhechores públicos. Ello es que lo han escrito o hecho escribir por sus servidores. Pero escucha.

El presidente, es decir, el hombre sentado en medio, mandó con voz glacial al obrero sentado entre los guardianes que se levantara; le preguntó su nombre, edad, estado, profesión y domicilio. Cuando el interrogado hubo contestado con voz sorda, el juez añadió:

-A usted se le acusa de haber dormido sobre un banco en la calle del Pueblo Soberano, debiendo saber que la vagancia está prohibida. ¿Qué tiene que exponer en su defensa?

-Sencillamente que no tengo domicilio. Mi casero me ha echado de la casa y me he visto obligado a dormir en la calle.

- ¿Y por qué ha echado a usted el casero a la calle?

- Porque no podía pagarle.

- ¿Por qué no podía usted pagarle?

- Porque no tenía trabajo.

- Además, se acusa a usted de haber injuriado al agente que le ha detenido.

- Usted dirá si podía yo estar contento de verme arrancado al sueño, mi único consuelo, y llevado a la prevención como un malhechor, después de haber trabajado honradamente toda mi vida.

- El tribunal apreciará.

El presidente se inclina hacia los otros dos jueces, sus asesores; consulta con ellos un instante, dice:

- Seis días de prisión... ¡Otro!

- He ahí -murmuró Estanislao, al oído de León-, una cosa que hará brotar en el corazón de ese pobre obrero un poco de odio contra el régimen social.

Al segundo procesado, que entró por una puerta lateral para sentarse también entre los dos guardianes, se le inculpaba de haberse hecho servir una comida en un restaurante y de haber dicho luego al dueño: "Ahora hágame usted prender, si quiere, porque no tengo un céntimo para pagar."

- ¿Por qué hizo usted eso? -preguntó el juez.

- Porque tenía necesidad de comer, como la tiene todo hombre, y consideré que era preferible eso a atracar al primero que se presentase al volver una esquina pidiéndole la bolsa o la vida.

- Cuatro días de prisión y veinte pesetas de multa sentenció el presidente.

Tocó en seguida el turno a otro procesado de género diferente; era un hombre bien vestido, sentado no entre los guardianes, sino en la primera fila de los asistentes, quien declaró su nombre, Víctor Mast, y su calidad, contratista de obras.

- Señor -le dijo el juez, empleando por primera vez este calificativo; -a usted se le acusa de haber roto el bastón sobre las costillas de un obrero que reclamaba su jornal. A petición suya se le ha citado a usted.

- Señor juez -respondió el acusado; -ese obrero es un tunante que quería robarme y me amenazó con la justicia. Por lo demás, mi abogado explicará el asunto mejor que yo puedo hacerlo.

Y aquel patrón, que si no era muy elocuente era astuto y tenía dinero de sobra para poder pagarse un abogado hábil, se sentó, dejando a su defensor explicar el asunto a su manera, quien declaró que Víctor Mast, viendo a su obrero hacer ademán de pegarle, se consideró en el caso de legítima defensa. El tribunal, en su alta sabiduría, aprobará los hechos y no excitará la rebeldía de los obreros contra los patronos.

Los jueces acogieron aquel discurso con signos apenas perceptibles de aprobación. El público homenaje tributado a la elocuencia del orador fue del agrado del Tribunal; el contratista fue absuelto y el obrero condenado a costas.

- Esto -dijo Estanislao a su amigo de modo que lo pudieran oír los que se hallaban cerca- enseñará a ese obrero a hacerse justicia por sí mismo, en vez de implorarla a los magistrados. ¿No has visto y oído bastante?

- ¡Oh, sí; vámonos! Creo que me pondría malo si permaneciéramos más tiempo en esta casa abominable. Este es el Palacio de la Injusticia y no el de la Justicia.

Salieron de aquella casa del crimen, donde unos hombres, vestidos de una manera particular para imponer respeto, condenan con imponente solemnidad a desgraciadas víctimas de la sociedad, y absuelven a los explotadores.

Una vez fuera respiraron con satisfacción el aire libre. León, profundamente impresionado por lo que había visto y oído, permanecía silencioso; la melancolía se reflejaba en su rostro.

- ¿En qué piensas? -le preguntó su compañero.

- En lo que llaman justicia -respondió el niño-. ¿Qué es la justicia? ¿Existe?

Estanislao permaneció un instante silencioso; buscaba las palabras más apropiadas para hacer comprender su pensamiento a aquel niño de nueve años.

- La justicia no es una especie de divinidad reparadora y vengadora del mal, como se la imaginan todavía muchos individuos influidos por la enseñanza religiosa; es el equilibrio, la armonía o la concordancia de los intereses. En la sociedad presente, todos los intereses, el del patrono y el del obrero, el del vendedor y el del comprador, el del

gobernante y el del gobernado, están en contradicción y en lucha perpetua; en tales condiciones la justicia no puede existir y no puede pedirse ciertamente a los jueces, defensores del orden de cosas actual. Por el contrario, en una sociedad en que todo sea de todos, los individuos tendrán el mismo interés en producir y no podrá haber conflictos entre gentes que trabajen y gentes que hagan trabajar en su beneficio exclusivamente personal. Cuando la propiedad individual desaparezca, desaparecerán con ella una multitud de males y de crímenes. ¿No es mejor impedirlos que castigarlos? Del mismo modo, la eliminación de la autoridad hará desaparecer también la opresión de los unos, el cobarde servilismo de los otros, los odios, las rebeldías sangrientas, las guerras. No habrá, indudablemente, la perfección absoluta, porque entre los seres humanos hay diferencias de temperamento y de gustos, como hay también enfermedades que producen desarreglos del entendimiento y de la voluntad que causan actos perjudiciales, pero los que las padezcan serán una ínfima excepción, y como no tendrán fuerza para imponerse a toda la sociedad, como lo hacen actualmente los gobernantes y los capitalistas, todo quedará reducido a ponerlos fuera de estado de causar daño. En lugar de matarlos o de martirizarlos, se les cuidará como inválidos o como enfermos y se procurará su curación. He

ahí el concepto que nosotros tenemos de la justicia. Ya ves que no tiene nada de común con la de los magistrados.

-Efectivamente -respondió León.

José Martínez Ruíz (Azorín)

LA PREHISTORIA

Estamos en el comienzo del comienzo.

Wells

- Buenos días, querido maestro. ¿Qué tal? ¿Cómo está usted?

- Ya lo está usted viendo; siempre en mi taller, enfrascado en mi grande obra.

- ¿Habla usted de esa obra magna, admirable, que todos esperamos: "La Prehistoria"?

- En efecto; en ella estoy ocupado en estos momentos.

Ya poco falta para que la dé por terminada definitivamente.

- ¿Habr  usted llegado acaso a los linderos de las épocas modernas, históricas?

-Acabo, s  señor, de poner los últimos trazos a mi descripción del período de la electricidad.

-  Ser  un interesante período ese de la electricidad?

- Es el último estado de la evolución del hombre primitivo; ya desde aquí comienza la profunda transformación que los historiadores conocen, es decir, comienza la era del verdadero hombre civilizado.

- Perfectamente, querido maestro. Y  ha logrado usted muchas noticias de este oscuro y misterioso período?

- He logrado, ante todo, determinar cómo vivían estos seres extraños que nos han precedido a nosotros en el usufructo del planeta. S , por ejemplo de una manera positiva que estos seres vivían reunidos, amontonados, apretados en aglomeraciones de viviendas que, al parecer, se designaban con el nombre de "ciudades".

- Es verdaderamente curioso, extraordinario lo que usted me cuenta. Y  c mo podían vivir estos seres en esas aglomeraciones de viviendas?  C mo podían respirar, moverse, bañarse en el sol, gozar del silencio, sentir la sensación exquisita de la soledad? Y  c mo eran esas

viviendas? ¿Eran todas iguales? ¿Las hacían diversas, cada cual a su capricho?

- No; estas casas no eran todas iguales; eran diferentes; unas mayores, otras más chicas; otras molestas, angostas.

- ¿Ha dicho usted, querido maestro, que unas eran angostas, molestas? Y dígame usted, ¿cómo podía ser esto? ¿Cómo podía haber seres que tuviesen el gusto de habitar en viviendas molestas, estrechas antihigiénicas?

- Ellos no tenían este capricho; pero les forzaban a vivir de este modo las circunstancias del medio social en que se movían.

- No comprendo nada de lo que quiere decirme.

- Quiero decir que en las épocas primitivas había unos seres que disponían de todos los medios de vivir, y otros, en cambio, que no disponían de estos medios.

- Es interesante, extraño, lo que usted dice. ¿Por qué motivos estos seres no disponían de medios?

- Estos seres eran los que entonces se llamaban "pobres".

- "¡Pobres!" ¡Qué palabra tan curiosa! Y ¿qué hacían esos "pobres"?

- Esos pobres trabajaban.

- ¿Esos "pobres" trabajaban? Y si trabajaban esos pobres, ¿cómo no tenían medios de vida? ¿Cómo eran ellos los que vivían en las casas chiquitas?

- Esos pobres trabajaban; pero no era por cuenta propia.

- ¿Cómo, querido maestro, se puede trabajar si no es por cuenta propia? No le entiendo a usted; explíqueme usted eso.

-Quiero decir, que estos seres que no tenían medios de vida, con objeto de allegarse la subsistencia diaria se reunían a trabajar en unos edificios que, según he averiguado, llevaban el título de "fábricas".

- Y ¿qué iban ganando con reunirse en esas "fábricas"?

- Allí todos los días les daban un "jornal".

- ¿Dice usted "jornal"? ¡Será éste algún vocablo de la época!

- "Jornal" es, efectivamente, una palabra cuya significación hoy no comprendemos: "jornal" era un cierto número de "monedas", que diariamente se les adjudicaba por su trabajo.

- Un momento, querido maestro: permíname usted otra vez. He oído que ha dicho "monedas". ¿Qué es esto de "monedas"?
- "Monedas" eran unos pedazos de metal redondos.
- ¿Para qué eran estos pedazos de metal redondos?
- Estos pedazos, entregándolos al poseedor de una cosa, este poseedor entregaba la cosa.
- Y este poseedor, ¿no entregaba las cosas si no se le daba estos pedazos de metal?
- Parece ser que, en efecto, no las entregaba.
- ¡Eran unos seres extraños estos poseedores! ¿Y para qué querían ellos estos pedazos de metal?
- Parece ser también que cuantos más pedazos de éstos tenían era mejor.
- ¿Era mejor? ¿Por qué? ¿Es que estos pedazos no los podía tener todo el que los quisiera?
- No, no podían tenerlos todos.
- ¿Por qué motivos?
- Porque el que los tomaba sin ser suyos era encerrado en una cosa que llamaban "cárcel".

- ¡"Cárcell " ¿Qué significa esto de "cárcel"?
- "Cárcel" era un edificio donde metían a unos seres que hacían lo que los demás no querían que hiciesen.
- ¿Y por qué se dejaban ellos meter allí?
- No tenían otro remedio: había otros seres con "fusiles" que les obligaban a ello.
- ¿He oído mal? ¿Es "fusiles" lo que acaba usted de decir?
- He dicho, sí, señor, "fusiles".
- ¿Qué es esto de "fusiles"?
- "Fusiles" eran unas armas de que iban provistos algunos seres.
- ¿Y con qué objeto llevaban los "fusiles"?
- Para matar a los demás hombres en las guerras.
- ¡Para matar a los demás hombres! Esto es enorme, colosal, querido maestro. ¿Se mataban los hombres unos con otros?
- Se mataban los hombres unos con otros.
- ¿Puedo creerlo? ¿Es cierto?
- Es cierto; le doy a usted mi palabra de honor.

- Me vuelve usted a dejar estupefacto, maravillado, querido maestro. No sé qué es lo que usted trata de regalarme con sus últimas palabras.

- ¿He hablado del "honor"?

- Ha hablado usted del "honor".

- Perdone usted; ésta es mi obsesión actual; éste es el punto flaco de mi libro; ésta es mi profunda contrariedad. He repetido instintivamente una palabra que he visto desparramada con profusión en los documentos de la época y cuyo sentido no he llegado a alcanzar. Le he explicado a usted lo que eran las "ciudades", los "pobres", las "fábricas", el "jornal", las "monedas", la "cárcel" y los "fusiles"; pero no puedo explicarle a usted lo que era el "honor".

- Tal vez ésta era la cosa que más locuras y disparates hacía cometer a los hombres.

- Es posible...

Guy de Maupasant

EL VAGABUNDO

Llevaba más de un mes caminando en busca de trabajo por todas partes. Por falta de él había dejado su país, Ville-Avaray, en la Mancha. Maestro carpintero, de unos veintisiete años, honrado trabajador, había estado, hasta dos meses antes, sosteniendo a su familia, por ser el mayor de los hijos, teniendo después que cruzarse de brazos ante la escasez de todo. El pan empezó a faltar en la casa; las dos hermanas trabajaban a jornal, pero sus ganancias eran escasas, y él, Santiago Randel, el más fuerte, no hacía nada porque no tenía nada en que emplearse y había de comerse la ración de los otros. Entonces se presentó en la Alcaldía y el secretario le dio esperanzas de encontrar trabajo en el departamento central. Partió, pues, provisto de papeles y certificados, con siete francos en el bolsillo y llevando al hombro, en un pañuelo azul sujeto al extremo de un palo, un par de zapatos de repuesto, un pantalón y una camisa.

Había caminado sin descansar ni de día ni de noche, por interminables caminos, bajo el sol y la lluvia, sin llegar nunca

a ese país misterioso donde encuentran trabajo fácilmente los obreros.

Se había empeñado, desde un principio, en que no debía trabajar más que de carpintero, puesto que ése era su oficio. Pero en todos los talleres en que se presentaba le respondían que acababan de despedir obreros por falta de demandas, y terminó por decidirse, al encontrarse falto de recursos, a aceptar la primera colocación que le saliera al encuentro. En poco tiempo fue picapedrero, mozo de cuadra, empedrador, leñador, pocero, albañil, cestero y hasta pastor, todo mediante una mezquina retribución, que él mismo proponía para tentar la codicia de aldeanos y patronos, que a pesar de todo, una vez terminado su trabajo, se deshacían de él. Luego, durante una semana, si no encontraba nueva ocupación, consumía lo que tenía y muchas veces sólo comía un pedazo de pan, gracias a la caridad de algunas mujeres, a quienes pedía desde el umbral de las puertas a su paso por las calles. Llegaba la noche, y Santiago Randel, harapiento, con el estómago vacío, las piernas destrozadas y el alma angustiada, marchaba descalzo sobre la hierba por el borde del camino, para conservar el último par de zapatos, pues los primeros hacía tiempo que no existían.

Era un sábado, a fines de otoño. Espesas nubes grises cruzaban el cielo rápidamente, arrastradas por el viento

que gemía entre los árboles. El tiempo amenazaba lluvia; el campo estaba desierto porque había oscurecido y era víspera de fiesta. De trecho en trecho, en medio de la huerta, se elevaban semejantes a grandes hongos amarillos, montones hacinados de paja trillada; las tierras, desnudas de toda vegetación, ocultaban en su seno la simiente de la próxima cosecha. Randel sintió hambre, un hambre brutal, una de esas hambres que arrojan al lobo sobre el hombre. Extenuado, alargaba el paso para llegar antes; y con la cabeza pesada, sintiendo el zumbido de la sangre en los oídos, los ojos inyectados, la boca seca, apretaba su palo convulsivamente, sintiendo el vago deseo de apalear al primer transeúnte que encontrase entrando en su casa a cenar.

Miraba los bordes del sendero, sin apartar de su memoria la imagen de un montón de patatas desenterradas y esparcidas por el suelo. Si hubiera encontrado unas cuantas habría reunido unas ramas secas y allí, en el mismo barranco, después de hacer fuego, se hubiera proporcionado una buena cena con aquellos redondos tubérculos, bien asados, que con seguridad habrían hecho desaparecer el frío que le crispaba las manos.

Pero la época de la patata había pasado y habría de contentarse con roer, como había hecho la víspera, una remolacha cruda arrancada de uno de aquellos surcos.

Dos días después hablaba en voz alta consigo mismo alargando el paso por la obsesión de sus ideas. No había pensado hasta entonces nada en concreto; todas sus facultades, su inteligencia entera, la había puesto al servicio de su profesión.

Pero la fatiga, la encarnizada persecución de un trabajo que no hallaba, las repulsas, las malas acogidas las noches pasadas sobre la hierba, el ayuno y el desprecio que notaba por parte de los bien acomodados que le tomaban por vagabundo, el consejo diariamente recibido: "¿Por qué no estás en tu casa?", la tristeza de no poder ocupar en nada sus robustos y forzudos brazos, el recuerdo de sus padres abandonados en el pueblo, sin recursos casi, iban acumulando poco a poco en su corazón una sorda cólera, amasada cada día, cada hora, cada minuto con nuevos ultrajes y que iba saliendo a la superficie a pesar de él, traduciéndose en frases cortas e irritadas.

Al tropezar continuamente en los guijarros que rodaban bajo sus pies descalzos, refunfuñaba: "¡Desgracia... miseria... montón de cochinos... dejar reventar de hambre a un hombre... a un trabajador... montón de cochinos... ni cuatro cuartos... ni un céntimo... y ahora, a llover... eso faltaba... cochinos, más que cochinos!"

Y se indignaba con las injusticias de la suerte, tomando por testigos a todos los hombres de que la Naturaleza, nuestra

madre común, era ciega, injusta, pérfida y feroz. Y repetía entre dientes: "¡Montón de cochinos!", contemplando al mismo tiempo la pequeña nube de humo gris que salía de los tejados de una aldea cercana a aquella hora, que era la de cenar. Y sin reflexionar en la otra injusticia humana que se llama violencia y robo, sentía ardientes deseos de correr hacia el pueblo, entrar en una de sus casas, aplastar a los habitantes y sentarse en su lugar a la mesa.

"Yo tengo el derecho de vivir -decía- y ahora con más razón, puesto que me dejan reventar de hambre... ¡Cochinos! Yo no pido más que trabajo, nada más, ¡cochinos!" Y el dolor de sus miembros, el dolor de su estómago, el dolor de su corazón se le subía a la cabeza como una especie de formidable borrachera, haciendo nacer en su cerebro esta idea sencilla: "¡Tengo el derecho de vivir, puesto que el aire es de todos! ¡Luego no hay derecho alguno que puedan privarme del pan que necesito para alimentarme!"

Caía una lluvia fina, espesa y helada. Se detuvo murmurando: "¡Miseria... desgracia... todavía un mes de camino para volver a casa...!" En efecto, volvía allá pensando en que era más fácil encontrar pronto en qué ocuparse en su pueblo natal, donde era conocido, que en aquellas carreteras en las que a todos se hacía sospechoso.

Puesto que la carpintería no prosperaba, sería peón de albañil, yesero, picapedrero, cualquier cosa. Aunque no ganara más que un franco diario, tendría, por lo menos, para comer.

Se arrolló al cuello lo que restaba de su último pañuelo, un pingajo, a fin de impedir que el agua fría se escurriese por el pecho y la espalda; pero pronto sintió que la humedad atravesaba la delgada tela de sus ropas e instintivamente lanzó a su alrededor una angustiosa mirada, en la que se retrataba el dolor de no encontrar un sitio donde guarecerse, donde resguardar su cuerpo, donde apoyar su cabeza.

Llegó la noche, cubriendo de sombra los campos. Allá lejos, en un prado, columbró una mancha oscura sobre la hierba: era una vaca. Atravesó el barranco y se dirigió hacia allí sin darse cuenta de lo que hacía. Cuando llegó cerca de ella, el animal levantó al verle su gruesa cabeza. "Si siquiera tuviera un cacharro -pensó Rondel- podría beber un poco de leche."

Miraba a la vaca, que, a su vez, no separaba los ojos de él; le dio un puntapié en el vientre, diciéndole: "¡Arriba!", y el pobre animal se levantó lentamente dejando al descubierto las colgantes y pesadas ubres; se acostó entre las patas del animal, tendiéndose boca arriba, y bebió con avidez largo tiempo, estrujando con ambas manos el tibio pezón que aun

olía a establo. Y bebió tanto, que se hartó de, leche en aquella fuente vivificadora.

La lluvia caía ahora más espesa y glacial y en toda la llanura desierta no había un abrigo donde refugiarse. Tenía frío; de cuando en cuando veía brillar entre los árboles la luz que filtraban las ventanas de una casa.

La vaca se había vuelto a acostar pesadamente. Se sentó a su lado, acariciándole la cabeza, agradecido del alimento que le había proporcionado. El aliento tibio y fuerte del animal saliendo de su hocico como dos chorros de vapor, acariciaba la cara del trabajador, que le decía: "¡No debes tener frío ahí dentro, como yo!". Y le daba palmaditas en el pecho e introducía sus manos bajo las patas para buscar calor. Entonces tuvo una idea: acostarse y pasar la noche arrimado a aquel tibio y grueso vientre. Buscó un sitio donde acomodarse, y por fin recostó su cabeza sobre las voluminosas ubres que acababan de prestarle su alimento. Quebrantado de fatiga, no tardó en dormirse. Se despertó varias veces con el pecho o la espalda helados, según el costado que aplicaba al vientre del animal; entonces daba una vuelta para calentarse y secar la parte del cuerpo que había quedado expuesta al relente de la noche y se dormía otra vez pesadamente.

El canto de un gallo le hizo ponerse en pie. Amanecía; no llovía ya y el cielo aparecía puro y despejado. La vaca

descansaba aún con el hocico pegado al suelo; se inclinó, apoyándose sobre las palmas de las manos, y besando el húmedo y caliente hocico, le dijo: "Adiós, hermosa... hasta otra vez; eres un animal caritativo... Adiós...". Y después que se hubo calzado, emprendió su marcha.

Durante dos horas avanzó por el mismo camino de siempre, hasta que el cansancio le produjo una laxitud tan grande que se vio precisado a tomar asiento sobre la hierba. Ya había salido el sol; las campanas de las Iglesias repicaban; mujeres con blanca cofia, unas a pie y otras en carritos, comenzaban a pasar por el camino en dirección a los pueblos vecinos a festejar el domingo con sus amigos o parientes.

Vio un aldeano, ya de edad, que conducía delante de él un rebaño de corderos que balaban inquietos y que un perro hacía marchar agrupados, corriendo tras de los revoltosos que pretendían separarse de sus compañeros.

- ¿No tendría usted trabajo para un hombre muerto de hambre? -preguntó Rondel, levantándose y saludando.

- No tengo trabajo para la gente que encuentro por los caminos -contestó el pastor midiendo de pies a cabeza al vagabundo con recelosa mirada.

Y el carpintero volvió a sentarse al borde del camino. Allí esperó largo tiempo, viendo desfilar delante de él a los

campesinos y buscando una buena cara, un rostro compasivo, para volver a formular su petición. Al fin, se decidió a dirigirse a una especie de burgués, bien abrigado, con un largo gabán desabrochado que dejaba ver una cadena de oro cruzando su pecho.

- Busco trabajo hace dos meses -le dijo: -no encuentro nada y no tengo ni un céntimo en el bolsillo.

- Debías haber leído -le contestó el burgués- el bando fijado a la entrada del pueblo prohibiendo la mendicidad en el territorio del municipio. Soy el alcalde, y si no te marchas pronto, de prisa, te haré detener.

Randel, a quien dominaba ya la cólera, murmuró:

- Hágame detener, si quiere; tal vez será mejor para mí; al menos no me moriré de hambre.

Y se volvió a sentar sobre la senda.

Aun no había transcurrido un cuarto de hora, cuando dos gendarmes aparecieron en el camino. Marchaban despacio, juntos, bien vestidos; sus gorras de hule relucían al sol; brillaban los ribetes amarillos de sus trajes y los botones de metal como si desde lejos quisieran espantar a los malhechores y hacerles huir.

El carpintero, a pesar de estar persuadido de que iban por él, no se movió; estaba poseído de una sorda rabia y de

un gran deseo de desafiarles, de ser cogido y de vengarse más tarde de ellos.

Los gendarmes se aproximaron sin parecer darse cuenta de su presencia , marchando con ese paso marcial zambo y pesado como el de un ganso. De pronto, al pasar a su lado, hicieron ademán de haberle descubierto, y parándose, empezaron a mirarle de pies a cabeza con gesto amenazador y furioso.

- ¿Qué haces aquí? -le preguntó el cabo avanzando hacia él.

- Descansar -respondió Santiago tranquilamente.

- ¿De dónde vienes?

- Si fuera a enumerar todos los pueblos por donde he pasado, tendría para más de una hora.

- ¿Dónde vas ahora?

- A Ville-Avaray.

- ¿Dónde está eso?

- En la Mancha.

- ¿Es tu país?

- Sí.

- ¿Por qué te has marchado de él?
- Para buscar trabajo.

El cabo se volvió hacia su compañero y con el tono colérico del que está cansado de oír la misma superchería, exclamó:

- ¡Todos estos granujas dicen lo mismo! Conozco el sistema. ¿Tienes tus papeles en regla? -añadió volviéndose al carpintero.
- Si, señor.
- Muéstralos.

Randel sacó de su bolsillo sus papeles, sus certificados, pobres y mugrientos documentos que estaban hechos pedazos, y los alargó al gendarme.

Este los deletreó mascullando. Después, convencido de que estaban al corriente, se los devolvió, con el gesto descontento del hombre a quien se le acaba de jugar una mala partida.

- ¿Llevas dinero encima? -preguntó de nuevo, después de unos momentos de reflexión.
- No.
- ¿Nada?
- Nada.

- ¿Ni cinco céntimos siquiera?
 - Ni cinco céntimos.
 - Entonces, ¿de qué vives?
 - De lo que me dan.
 - ¿Mendigas, pues?
- Cuando puedo -respondió Randel resueltamente. Entonces el gendarme declaró con tono solemne:
- Has sido sorprendido en flagrante delito de vagancia y de mendicidad en el camino y te ordeno que me sigas.
 - Donde le plazca -contestó el carpintero.

Y levantándose y colocándose entre los dos gendarmes, antes de recibir la orden, añadió:

- Préndanme; al menos estaré bajo techado cuando llueva.

Y se dirigieron hacia el pueblo del que se veían los tejados, a través de los árboles desprovistos de hojas, desde un cuarto de legua de distancia.

Era la hora de la misa mayor cuando atravesaron el pueblo. La plaza estaba llena de gente formando calle para ver pasar al malhechor, al que seguían corriendo una nube de

chiquillos. Aldeanos y aldeanas le contemplaban al verle pasar, y en sus miradas notaba el ardiente deseo de apedrearle, de arañarle, de magullarle a patadas. Unos decían que era un ladrón; otros aseguraban que un asesino. El carnicero, antiguo sargento, afirmaba que era un desertor; el estanquero creía reconocer en él a un pordiosero que le había pasado aquella mañana una moneda de medio franco falsa y el quincallero apostaba a que aquél era el misterioso asesino de la viuda Malet, que la policía buscaba hacía seis meses.

En la sala del Consejo municipal, donde le hicieron entrar sus guardianes, Randel encontró al alcalde sentado ante la mesa despacho, teniendo a su lado al secretario.

- ¡Hola, hola! -exclamó el magistrado.- ¿Ya estás aquí, valiente? ¿No te dije que te haría encerrar? ¿Qué ha sucedido, cabo?

- Un vagabundo sin casa ni hogar, señor alcalde -respondió éste-, sin recursos y sin dinero encima, según él mismo afirma, arrestado en pleno ejercicio de mendicidad y vagancia, provisto de certificado de buena conducta y de documentos en regla.

- Vamos a ver esos papeles -dijo el alcalde.

Los cogió, los leyó y volvió a leer, y después de devolvérselos, ordenó:

- Registradle.

Los gendarmes le registraron, sin encontrar nada. El alcalde, perplejo, preguntó al obrero:

- ¿Qué hacías esta mañana en el camino?
- Buscaba trabajo.
- ¿Trabajo...? ¿En el camino?
- ¿Cómo había de encontrarle si me escondiera en el bosque?

Y se contemplaron los dos con un odio de animales pertenecientes a dos especies distintas.

- Voy a ponerte en libertad -dijo el alcalde-, pero, ¡cuidado con que te vuelva a encontrar!
- Mejor quiero que me encierre -respondió el carpintero; -estoy cansado de correr por los caminos.
- Cállate -ordenó el alcalde con severidad.

Y Volviéndose a los gendarmes les dijo:

- Conduciréis a este hombre hasta doscientos metros del pueblo y le dejaréis continuar su camino.
- Deme de comer siquiera -murmuró el obrero.

- ¡No faltaba más! -exclamó el alcalde, indignado.- No tengo obligación de alimentarte. ¡Estaría bien!

- Si me deja usted marchar hambriento -añadió Randel- me obligará a que haga una barbaridad. Tanto peor para ustedes los hartos.

- ¡Llévalo en seguida, porque acabaré por incomodarme! -dijo el alcalde a los gendarmes, levantándose.

Los gendarmes cogieron entonces por ambos brazos al carpintero y lo arrastraron. Se dejó llevar así hasta las afueras del pueblo, desandaron el camino recorrido antes y, una vez llegados al poste kilométrico que señalaba los doscientos metros convenidos, dijo el cabo:

- Aquí es; andando y de prisa; que no te vuelva a ver más en el pueblo, o sabrás quien soy yo.

Randel se puso en marcha sin responder y sin saber a punto fijo dónde se dirigía. Durante quince o veinte minutos caminó, embrutecido de tal modo, que no se le ocurría ni una idea ni un pensamiento.

De pronto, al pasar por frente a una casita percibió un olor de comida tan agradable, que le hizo detenerse junto a la puerta. Sintió hambre, un hambre feroz,

devoradora, enloquecedora, que le atraía como a una bestia Inconsciente hacia aquella casa solitaria.

- "¡Por Cristo vivo! -exclamó en voz alta e irritada-. Es preciso que me den de comer cualquier cosa esta vez". Y empezó a golpear la puerta fuertemente con su palo; nadie respondió, aporreó con más fuerza, gritando:

- ¿No hay nadie en esta casa? ¡Abrid por favor...! ¡Eh, abrid!

Nadie se movía en el interior: aproximándose a una ventana, la empujó y el aire encerrado en la cocina, un ambiente tibio y lleno de olores de carne cocida, de sopa exquisita y de coles hervidas le acarició el estómago hambriento, escapándose luego arrastrado por el viento frío del exterior.

De un salto el carpintero entró en la casa; sobre una mesa había colocados un par de cubiertos; sin duda los propietarios habían ido a misa y dejado a punto, sobre el fuego, la comida, el buen guisado del domingo, con la sopa de legumbres sustanciosas.

Un pan tierno se veía sobre la chimenea, entre dos botellas llenas al parecer. Randel se arrojó violentamente sobre el pan y lo mordió con tanta violencia como si tratase de estrangular a un hombre; luego empezó a tragar con avidez grandes trozos; el olor de la carne cerca de él le atrajo hacia la chimenea y después de levantar la lapa

de la olla metió en ella un tenedor y sacó un gran pedazo de ternera atado con un bramante. Después de esto, cogió unas berzas, unas zanahorias, algunas cebollas y cuando llenó de provisiones una silla, lo puso todo sobre la mesa y sentándose enfrente cortó la ternera en cuatro partes y empezó a comer como si estuviera en su casa. Cuando hubo devorado casi todo el pedazo de carne y una buena cantidad de aquellas legumbres, notó que tenía sed y cogió las dos botellas que había sobre la chimenea. Apenas vertió el líquido en un vaso, vio que era un vino excelente. Tanto mejor; aquello era caliente, le encendería la sangre, que buena falta le hacía después de haber tenido tanto frío; y bebió.

A pesar de haber perdido la costumbre, encontró buena la bebida y se sirvió un vaso lleno, vaciándolo en dos sorbos. Y casi repentinamente se sintió alegre, resucitado por el alcohol, contento y decidido como si dentro de su estómago sintiese un gran consuelo. Y continuó comiendo con más tranquilidad mojando pedazos de pan en el caldo.

Las sienes le latían a lo lejos el tintineo de una campana; era que la misa había concluido. Y obedeciendo al instinto más que al miedo, a ese instinto de conservación que guía y hace perspicaces a los que se encuentran en peligro, se levantó de su asiento y después de introducir en sus bolsillos

el resto del pan y una de las botellas de vino, saltó por la ventana al camino.

Aun no se divisaba a nadie. Entonces se puso en marcha, pero en vez de seguir el camino real tomó a través del campo, en dirección a un bosque que desde allí se columbraba.

Se sentía fuerte, alegre, contento de lo que acababa de hacer y tan ágil que saltaba a pies juntos de un solo salto las zanjas de la huerta.

Cuando llegó bajo los árboles, sacó de su bolsillo la botella y se puso a beber a grandes tragos, sin interrumpir su marcha. Empezaban a embrollarse sus ideas a turbársele la vista, y sus piernas entorpecidas le hacían dar frecuentes traspiés. Luego lanzó al aire una antigua canción popular.

Marchaba entonces sobre una espesa alfombra de húmeda y fresca hierba. Aquel dulce tapiz le produjo una loca alegría y un deseo infantil de hacer cabriolas. Tomó carrera y después de cada voltereta volvía a cantar la misma canción.

De pronto se encontró al borde de un camino en desmonte y vio venir hacia él una mujer ya madura, una criada, que volvía al pueblo, llevando un garrafón de leche en cada mano, separados del cuerpo por un aro de cuba. Randel la esperó, inclinado con los ojos encendidos como los de un perro a la vista de una codorniz.

Al llegar a él, alzó la vista la mujer y se echó a reír, gritándole:

- ¿Qué es eso que cantabas ahora?

Sin responder palabra, el carpintero saltó al camino, a pesar de la altura del talud, que no bajaba de seis pies.

- Me has asustado, demonio -dijo ella al verlo a un lado.

El desgraciado no la oía; estaba borracho, loco, poseído de otra rabia más voraz que la del hombre; por la de la fiebre alcohólica y de la furia de un hombre que ha carecido de todo durante dos meses y que es fuerte, joven; poseído de todos los apetitos del macho, de todas las necesidades de la carne.

La mujer retrocedía ante él, asustada de su semblante, de su mirada, de su boca entreabierta, de sus brazos extendidos. Randel la cogió por los hombros y sin decirle una palabra la tumbó sobre el camino. Los garrafones cayeron rodando con estrépito y vaciándose por completo, y la mujer empezó a gritar hasta que, convencida de que no había de servirle de nada llamar en aquel desierto, y comprendiendo que no se trataba de un asesinato, cedió sin gran pena, sin incomodarse, porque aunque algo brutal, el joven era fuerte y viril. Pero al levantarse y ver sus garrafas vacías sintió tal furor, que arrojándose a su vez

sobre el hombre y quitándose un zapato, le amenazó con romperle la cabeza si no le pagaba la leche.

Pero Randel, despreciando este ataque violento y sintiéndose un poco despejado, echó a correr con toda la ligereza de sus piernas, asustado, espantado de lo que acababa de hacer, mientras que ella le arrojaba piedras, algunas de las cuales le alcanzaron en la espalda.

Corrió largo tiempo, hasta que sintiéndose cansado de un modo extraordinario y viendo que sus piernas se negaban a continuar, se acostó al pie de un árbol; sus ideas eran confusas, había perdido el recuerdo de todo y la facultad de pensar.

A los cinco minutos dormía profundamente. Un gran golpe le despertó, y al abrir los ojos vio dos gorras de hule inclinadas sobre él y reconoció a los dos gendarmes de aquella mañana, que le estaban atando los brazos.

-Ya sabía yo que nos volveríamos a ver -le dijo burlonamente el cabo.

Randel se levantó sin responder palabra. Los gendarmes le sacudían, prontos a tratarle con más rudeza si hacía un gesto, porque desde aquel momento era suyo; ya era prisionero; una especie de pieza cobrada, por estos cazadores de criminales, que no soltarían ya.

- ¡En marcha! -ordenó el cabo.

La noche se aproximaba, extendiendo sobre la tierra el velo pesado y siniestro de un crepúsculo de otoño. Al cabo de una media hora llegaron al pueblo. Todas las puertas estaban abiertas, pues ya se sabía lo sucedido. Aldeanos y aldeanas, poseídos de cólera, como si ellos hubiesen sido los robados y ellas las violadas, querían ver entrar al miserable para insultarle y maltratarle. Fue una gritería que empezó en la primera casa para terminaron la Alcaldía, donde el alcalde, vengado también del vagabundo, esperaba con impaciencia.

- ¡Hola, valiente! ¡Ya estás aquí! -le gritó desde lejos al columbrarle.

Y se frotaba las manos, contento como nunca.

- Ya lo había dicho yo; ya lo había dicho yo -repetía- al verle en el camino.

Y en un desbordamiento de alegría exclamó:

- ¡Ah miserable, pillo, granuja indecente! ¡Ya tienes tela por lo menos para veinte años!

Octavio Mirbeau

LA CARTERA

Un anochecer, después de infructuosa jornada, Juan Andrajos decidió volver a su casa... ¡Su casa! Daba tal nombre a un banco que había escogido en la plaza de Anvers, sobre el cual dormía hacía más de un mes, teniendo por bóveda el cielo tachonado de brillantes estrellas y por dosel las frondosas ramas de un árbol gigantesco. En el momento que empezamos este relato encontrábase en el bulevar Vaudeville, donde la concurrencia es todas las tardes muy numerosa; su poca agilidad en moverse y la desgracia que le perseguía, le habían valido una suerte irrisoria... diez céntimos... y todavía diez céntimos extranjeros que no tenían circulación.

- "¡Dar diez céntimos malos a un pobre harapiento como yo...! ¡Un millonario...! ¡Si eso es tener piedad...!"

Parecía que aun veía al caballero aquel... un señor alto, bien ataviado... corbata blanca... pechera deslumbrante... bastón con puño de oro... Y Juan Andrajos levantaba los hombros sin envidia ni odio.

Lo que más le disgustaba era tener que tomar el camino de la plaza de Anvers. Estaba muy lejos, ¡y se sentía tan cansado...! Pero tenía "su casa" en un banco de allí. Después de todo no se dormía mal y tenía la seguridad de no ser molestado, porque los agentes habían concluido por apiadarse de él y le dejaban dormir.

- "¡Diantre! -exclamó-. He aquí una mala jornada. Desde hace tres semanas no la había tenido igual. Tienen razón los que dicen que este comercio no va bien, y que la culpa es de los ingleses... ¡Dichosos ingleses!".

Se puso en marcha sin perder la esperanza de encontrar en su camino a algún caballero caritativo, o a un borracho generoso que le diera diez céntimos, diez verdaderos céntimos con los cuales podría comprar pan a la mañana siguiente.

"¡Diez céntimos, diez verdaderos céntimos...! Esto no es pedir un Perú", se decía marchando lentamente, porque además de estar cansado tenía una hernia que le hacía sufrir más de costumbre.

Hacía como unos quince minutos que andaba desesperanzado ya de encontrar al caballero providencial, cuando percibió bajo sus pies una cosa blanda. De momento pensó que podía ser alguna inmundicia. Luego, que podía ser alguna cosa buena para comer. Pero ¡es tan raro encontrar

algo! La casualidad no estima mucho a los pobres, y les reserva muy pocas veces sorpresas afortunadas. No obstante, recordaba que una noche en la calle Blanca había encontrado una pierna de carnero, muy fresca, una magnífica y enorme pierna de carnero, caída sin duda del carruaje de un matarife. Más lo que ahora tenía bajo sus pies no era con seguridad una pierna: debía ser una chuleta.

"¡Voto a...! -se dijo-. ¡Es necesario ver qué es esto!".

Y se agachó para recoger el objeto que tenía bajo los pies.

- "¡Eh! -añadió después de tocarlo-. Esto no es una cosa de las que se comen".

La calle estaba desierta. Ninguna pareja de guardias hacía ronda. Se aproximó a un mechero de gas para ver qué era lo que tenía en la mano.

- "¡Bueno! A lo que parece, esto es algo más importante", murmuró en voz alta.

Era una cartera de tafilete negro, con cantos de oro.

Andrajos la abrió y examinó el interior. En uno de los compartimientos encontró un fajo de billetes: diez billetes de mil francos prendidos con un alfiler.

- "A lo que parece, esto...", repitió. Y moviendo la cabeza añadió:

- "¡Cuando pienso que hay personas que tienen carteras como ésta en los bolsillos..., y en la cartera diez mil francos: ¡Si esto es tener piedad...!".

Registró los otros compartimientos de la cartera: no había nada. Ni una tarjeta, ni una fotografía, ni un papel, ni un indicio por donde se pudiera conocer al propietario de aquella fortuna... que él tenía en la mano.

Y cerrando la cartera se dijo:

"¡Pues bien, gracias! Es preciso que lo lleve al jefe de policía. Esto me aleja de mi camino, y ya estoy muy cansado. En verdad que no soy afortunado esta noche..." .

La calle estaba completamente desierta. Ningún transeúnte pasaba. Ninguna pareja de guardas hacía su ronda. Juan Andrajos retrocedió para dirigirse a la delegación más próxima.

Le costó bastante trabajo llegar hasta el señor delegado. Su vestimenta andrajosa y la piel descarnada y cenicienta de su cara hicieron que se le tomara por un malhechor. Poco faltó para que se echaran sobre él y lo llevaran atado al cuerpo de guardia. A fuerza de dulzura y de tranquila

insistencia, obtuvo por fin el favor de ser introducido en el despacho del señor delegado de policía.

- Señor delegado -dijo Juan Andrajos saludando-, vengo a traerle una cosa que he encontrado, hace pocos momentos, debajo de mis pies, en la calle...

- ¿Y qué es ello, qué es ello?

- Esto, señor delegado -contestó el pobrete, teniendo la cartera cogida por un extremo con sus óseos dedos.

- ¡Bien... bien! Y, claro está, no hay nada en esa cartera.

- Véalo usted, señor delegado.

Al abrir éste la cartera salió el fajo de billetes. Los contó, y con los ojos agrandados por la sorpresa, exclamó:

- ¡Diga usted que... diga usted que...! ¡Hay aquí diez mil francos! ¡Pardiez...! ¡Es una cantidad enorme! ¡Una... cantidad enorme...! ¡Por vida de...!

Juan Andrajos, con mucha calma, dijo:

- ¡Cuando pienso que hay personas que tienen diez mil francos en los bolsillos...! ¡Vamos, no hay piedad!

El delegado no cesaba de observar al vagabundo con una expresión especial en los ojos, en la que había más asombro que admiración.

- ¿Y es usted quien ha encontrado esto? Pero, ¡diantre! Usted es un hombre honrado..., un hombre digno... Usted es un héroe! Hay que decirlo..., sí señor; usted es un héroe.

- ¡Oh, señor delegado!

- Un héroe... porque usted habría podido... En fin, mi digno amigo, usted ha sido un héroe. Con esto ha efectuado usted un acto espléndido..., un acto heroico. No encuentro otra palabra. ¿Cómo se llama usted?

- Juan Andrajos, señor delegado.

El delegado levantó los brazos al techo ahumado de su despacho, como testigo de tal acción, exclamando:

- ¡Y se llama Juan Andrajos! ¡Esto es admirable! ¿La profesión de usted?

- ¡Pobre de mí! -contestó el mendigo-. ¡No tengo ninguna profesión!

- ¿Vive usted de sus rentas?

- De la caridad pública, señor delegado..., si puedo decir que vivo de ella.

- ¿Sí? ¡Ah, diablo!

Aquí el delegado hizo una mueca y con voz ronca entusiasta dijo:

- ¡Es usted un mendigo!
- ¡Señor delegado!
- ¡Sí, sí!

El delegado se había puesto grave. Después de un breve silencio preguntó de nuevo:

- ¿El domicilio de usted?

Juan Andrajos contestó con tristeza:

- ¿Cómo quiere usted que tenga un domicilio?
- ¿No tiene usted domicilio?
- ¡Ay de mí! No.
- Pero usted está obligado a tener un domicilio... ¡Obligado por la ley!
- Y por la miseria... estoy obligado a no tenerlo. No tengo trabajo, ni ningún recurso. Y cuando tiendo la mano..., se me dan diez céntimos extranjeros. Para colmo soy viejo y estoy enfermo. Tengo una hernia.
- ¡Una hernia, una hernia! Tiene usted una hernia, pero no tiene usted domicilio (Usted es un vagabundo... Usted

comete el delito de vagabundaje... Un héroe..., esto es evidente... ¡Usted es un héroe, sí, pero es también un vagabundo! No hay leyes para los héroes; en cambio, las hay contra los vagabundos. Y yo me veo obligado a aplicar la ley. Eso me apena..., me disgusta..., porque..., lo que usted ha hecho... está muy bien. Pero... ¿qué quiere usted? ¡La ley es la ley!

Mientras así hablaba, hacía saltar con la mano la cartera
Continuó:

- ¡Aquí tiene usted esta cartera! ¡Perfectamente! En su lugar y en la situación de usted, no habría habido muchos que procedieran de tal modo. ¡Convengo en ello! La acción de usted es muy meritoria. Es digna de una recompensa..., y esa recompensa, que yo no juzgo inferior a cinco francos..., usted comprenderá indudablemente que quien tiene que dársela -si nosotros le encontramos algún día- es la persona que ha perdido esta cartera y con ella los diez mil francos que contiene... Pero esto no le exime de no tener un domicilio, y todo consiste en esto, Juan Andrajos, Compréndalo usted bien. No existe dentro del Código ni fuera de él un artículo de la ley que le obligue a usted a encontrar en la calle carteras llenas de billetes de Banco. En cambio, hay uno que le obliga a tener un domicilio. ¡Ah! ¡Habría sido mucho mejor para usted encontrar un domicilio que una cartera!

- ¿En ese caso? -interrogó Juan Andrajos.

- En ese caso -contestó el delegado- lo que hay que hacer es esto: esta noche dormirá usted en el cuerpo de guardia, y mañana le enviaré al Depósito.

Tocó un timbre. Se presentaron dos guardias. El delegado hizo una señal. Y mientras aquéllos conducían a Juan Andrajos al cuerpo de guardia, éste dijo para sí:

"¡Vaya, vaya! ¡La verdad es que con los diez mil francos habría podido encontrar un domicilio!".

Federica Montseny

CANCIÓN DE GESTA

I

MANUEL

Amanecía. Sobre la hierbecilla corta de los prados y de los caminos brillaban, como perlas, las gotas de rocío. De los montones de estiércol, de las primeras tierras bañadas por el astro del día, salían nubecitas de humo, el vaho de la tierra calentada, el vapor difuso escapado de su hervidero de vidas.

A lo lejos, la mole blanca de Los Morales, levantado en un pequeño altozano, como reclinado en las primeras estribaciones de la sierra, adquiriría un contorno fantástico.

Después eran las enormes planicies, la inmensidad de los prados, de las dehesas, de día llenas de rebaños, de noche bañadas por el claror de la Luna y la luz tenue de las estrellas. ¡Cuántas veces las había cruzado Manuel, desde

chico, siguiendo a los pastores ; ya de mozo, acompañando a los boyeros, espoleando a los caballos, embistiendo sobre un potro sin montura a los toros bravos! Muchos días caminando, junto al pelotón de gañanes, hacia el punto de cultivo, el valle, el sembrado o el regadío lejanos. Eran horas de camino sobre las dehesas, hasta llegar al tinado donde unas veces dormían las bestias y otras los hombres; algunas hombres y bestias revueltos.

En esta madrugada dominguera, fría, serena y pura, mientras avanzaba con rápido paso hacia Castellares, todo ese pasado suyo, bravío y solitario, de trabajo, de privaciones, de vida selvática y ruda, iba desfilando ante sus ojos.

Manuel era alto, robusto, tipo arrogante de andaluz fino. Tenía la solidez de un gañán y la elegancia vaga, que convertía en sueltos y aiosos sus movimientos, en los otros pesados y torpes, de un aristócrata. Sus ojos, muy negros, su cabellera de endrina, sus labios finos, sombreados de sedoso bozo, su frente despejada, reunían la belleza silvestre de su madre y la distinción de modales, el señorío, del que las malas lenguas señalaban como su padre.

Hasta los 15 años, Manuel no fue más que *Manoliyo*, el chico de la Rosa. Después fue Manolo, el gañán más bien plantado de Los Morales; por último, ya ahora, Manuel era Manuel Moreno, bien conocido de los terratenientes y

de la burguesía de la provincia, y particularmente de Castillares.

Jamás acudió a escuela alguna. Su madre era una pobre muchacha espigadora, que entró de jornalera en Los Morales, sin más riqueza que sus brazos y su hermosura.

Un día la Rosa alumbró aquel vástago, nacido como un gatito sobre un montón de paja. ¿Quién era el padre? Malas lenguas señalaron en seguida al señorito, el hijo del amo, estudian te que pasó aquel año sus vacaciones en el cortijo y que iba siempre pegado a la Rosa como la sombra al cuerpo. Pero otros gañanes se pegaban también a la garrida humanidad de la espigadora, que quedó en el cortijo en calidad de criada.

¡Cualquiera podía, pues, asegurar quién era el padre!

La Rosa era ya una muchacha sin padre, nacida como su hijo de una madre como ella. Sin embargo, la Rosa no era ninguna mujer mala. Era sencillamente, una flor agreste, muy besada por el sol, hija de una raza sensual, de ardiente sangre, voluptuosa e instintiva, sana y espontánea como las bestias.

Como ella, ¡cuántas otras Rosas había, y cuántos Manueles iban naciendo así, con divina inconsciencia, criándose entre las patas de los caballos, mamando de las ubres de las mujeres y de las vacas; creciendo, viviendo,

siendo explotados y muriendo en el anonimato, en la condición animal de los antiguos rebaños de siervos !

Pero, ¿de dónde le vino a Manuel el gusto por la lectura, el empeño insólito de saber, que le hizo aprender de letra solo, contemplando horas y horas un viejo abecedario, mientras guardaba las cabras del amo -ayer el señorito Pepe, hoy don José?- ¿Quién puede saber esto?

Y, ¿de dónde le vino aquella rebeldía endiablada, aquella arrogancia con que, ya mocito, miraba cara a cara al amo, que no se atrevía a echarle, contemplando con cierta sorpresa su bozo incipiente, sus ojos y su boca desdeñosa, hermanos gemelos del bozo, los ojos y la boca de un retrato suyo, de cuando era mocito pinturero y estudiante?

Sólo un día le dijo a la Rosa, porquera vitalicia en Los Morales, por gran bondad del amo:

- Has educado muy mal a ese cachorro. Cualquier día tendré que darle un disgusto.

La Rosa inclinó la cabeza. ¡Ya se cansaba ella, pidiendo humildad y compostura al mozo! ¡Pero si era así y, por lo demás, más bueno que él para su madre no lo había !

Todos estos recuerdos iban bailando en el pensamiento del mozo a medida que avanzaba hacia Castellares. Veía ya a lo lejos el pueblecillo, punto de reunión de cien cortijos diseminados por la encontrada. Era Castellares la meta de sus caminatas domingueras. Allí iban a parar, cada quince días, los gañanes y trabajadores de todo el vasto término. Allí había un modesto centro obrero y en él una biblioteca, fuente única de saber para el mozo.

Desde los 15 años se habituó a visitar, casi semanalmente, Castellares. Y allí se fue formando su cabeza, cultivando su inteligencia viva, brotando de la larva el hombre que ahora era. Leía insaciablemente, encerrado horas y horas en la pequeña pieza, devorando y volviendo a devorar los mismos libros, los periódicos que llegaban, generándose su rebeldía, formulándose en él las ideas. Con esa admirable, prodigiosa espontaneidad con que germinan en el alma del campesino andaluz, así germinaron en la de Manuel. Las asimiló en seguida, abonándolas con todo el dolor, con toda la injusticia que sus ojos veían, penetrando en él y formando pronto como una segunda naturaleza.

En el centro había café, sala de baile. Los hombres, los mozos y las mozas jugaban y bailaban separados con un tabique de él, del soñador estudioso que leía y quedaba a

veces extático mirando hacia adentro, pensativo, con los ojos cándidos como iluminados.

Veinticuatro años contó Manuel sin que se le conociera ni una novia, a pesar de que las zagalas le se guían con los ojos, le sonreían provocativas, contemplaban interesadas a aquel mozo arrogante, estudioso, tan distinto de los otros.

Traba jaba en Los Morales de gañán. Pertenecía el cortijo a un ricachón cordobés de rancia familia serrana. Don José, el dueño actual, no era ni mejor ni peor que los otros. Venía cada mesada a ver cómo andaban los trabajos y a echar un vistazo a los rebaños, acompañado del administrador, verdadero dogo, servil con el amo y feroz con los asalariados, a quien todos odiaban.

Aquel mocosuelo, que corría por las cochiqueras agarrado a las faldas de su madre, medio desnudo y que le iba alejando, de año en año, el recuerdo de aquella noche de junio con Rosa pasada en el pajar del cortijo, se le fue haciendo hombre y convirtiéndosele en el Anticristo de sus posesiones. Allí donde levantaban él o el administrador la voz contra un gañán; allí donde su concupiscencia distinguía a una espigadora; allí donde su soberbia de amo alzaba su mano sobre un mozo o un viejo, surgía la elevada estatura de Manuel, sus ojos, si mansos con

los unos, sombríos y duros con el dueño; sus manos, que retorcían muñecas como si fueran gznates de palomos.

Un día, después de una palestra de estas, hizo llamar al mozo a su despacho. Acudió Manuel con el ceño fruncido y dispuesto a aguantar mecha:

- ¿Qué se le ofrece, don José?

Jamás le había llamado «mi amo» , como decían servilmente los demás gañanes.

- Mira, Manuel . No te quiero mal, y la prueba de ello es que, a pesar de tus desplantes y de las veces que me has perdido el respeto, te soporto en el cortijo, aunque sólo sea por consideración a tu madre, durante tantos años a mi servicio...

Los ojos del muchacho relampaguearon. Su frente sonrojóse. La afrenta que le dio vida, que la madre, en su inconsciencia y en su sumisión de siglos, no sentía, la llevaba él sangrando en el alma.

- Siga usted, don José - dijo duramente.

Sigo, sí. Podría echarle, pero no quiero portarme mal contigo. Sin embargo, no estoy dispuesto a que sientes el mal ejemplo de tus rebeldías ante mis gañanes, tan bien disciplinados hasta ahora. Y voy a llevar mi benevolencia hasta el extremo : Si te sientes mal aquí, si tienes más

aspiraciones de vida y quieres marchar de Los Morales, de la comarca, aun de España e irte a probar fortuna lejos, no te faltará una mano para empujarte. No soy mal hombre, Manuel, y te tengo ley. Aquí no estás bien y algún día, pese a mis buenos deseos, me vería obligado a denunciarte a la guardia civil como anarquista. Elige, pues.

- Ya hace rato que he elegido. Me quedo en Los Morales.

- ¿Dispuesto a portarte bien ?

- ¡Yo me porto bien en todas partes!

- Ya me entiendo yo. ¿A no darme disgustos?

- ¿Qué disgustos le doy yo? ? Soy acaso algún individuo de su familia? Si me deja usted en paz y no hiere ni mi sensibilidad ni mi dignidad de hombre con sus actos y sus palabras, en paz le dejaré yo. ¿Qué más quiere?

- ¡No me irrites, Manuel, no me irrites! Piensa que soy tu amo y que durante muchos años has comido el pan que yo te he dado.

La frente de Manuel, de roja, volvióse purpúrea. Se irguió, gigantesco casi, y adelantó un paso hacia don José.

- ¡El pan que usted me ha dado! !El pan que empecé a ganar tan pronto como pude arrastrarme y guardar un rebaño de

cabras; el pan que antes había ganado mi madre a cambio de resignarse a ser una bestia de carga y de placeres! ¡Su pan! ¡Oh, usted sí que come el pan que nosotros amasamos con nuestro sudor, que elaboramos con nuestra vida! De nuestra miseria, de nuestra miserable condición nace su fortuna. Es usted el amo porque estos pobres parias se dejan explotar, exprimir como uvas en el lagar, pisotear como el estiércol que abona sus huertas. Si un día despiertan, si un día se dan cuenta de la monstruosidad que es que usted engorde y se enriquezca con nuestro esfuerzo, que usted lleve en un dedo, en un botón de la camisa, lo que ellos han producido con miles de horas de encorvarse sobre los surcos, de abrasarse bajo el sol, de trabajar y de mal comer, ¡oh, entonces, cuán pronto concluirá esta inconcebible injusticia! ¡El amo, es usted el amo! ¡Será usted el amo de los que se sientan perros! ¡De mí, no lo es ni lo será nunca!

- ¡Vete, Manuel, vete! -rugió don José- o no respondo de mí.

Manuel encogióse de hombros, volvióse y salió del despacho.

Don José marchó de Los Morales al día siguiente y pasó cuatro o cinco meses sin acercarse al cortijo.

II

LOS MORALES

Por la noche, el cortijo era otro hervidero de vidas. Hombres y bestias se reunían en sus cuadras. Oíase el rumor de las voces, mezclado con los mugidos de las vacas, el balar de los carneros, el gruñir de los cerdos, los ladridos de los perros.

En las dos enormes cocinas, las noches de invierno se amontonaban los gañanes. En la una, los mayores, la familia del colono, los vaqueros; en la otra, que allí también las clases estaban divididas, los mozos y pastores. Alrededor del buen fuego chisporroteante, los chistes, las palabrotas, las carcajadas, se sucedían.

Manuel, que por su especial condición de hijo del cortijo y de posible bastardo del amo, hubiera podido estar en la cocina, no franqueaba sus umbrales. Sentado frente a una mesa, leía con la cabeza entre los codos, tapándose las orejas cuando el ruido se hacía ensordecedor. Poco a poco, los demás gañanes se fueron interesando en sus lecturas. Y a veces, cuando era una cosa corta y que él sabía había de

llegar al corazón rudo y a la inteligencia rudimentaria de sus oyentes, levantaba la voz y decía:

- ¡Eh, muchachos, oíd esto!

Sus ojos, muy negros, brillaban como carbunclos y su palabra, al leer, después de una larga práctica de lecturas silenciosas, sonaba vibrante y cálida.

Insensiblemente, Manuel fue cobrando influencia entre los suyos. Aquel mozo algo sombrío, el primero en el trabajo, afectuoso y cordial con los trabajadores ; arrogante y altivo ante los mayores, el administrador y el amo, tan simpático, tan raro en sus cosas, que, nacido como ellos, educado como ellos, sabía mucho más que ellos, se fue haciendo una aureola de respeto y de secreta admiración alrededor suyo.

Todos iban a consultarle las cuestiones espinosas. Si una riña surgía, terciaba en ella Manuel y todo quedaba arreglado. Si un gañán tenía que escribir a la madre o a la novia, a Manuel se iba y el mozo sabía hallar en su corazón las palabras más dulces y sencillas. Si una injusticia se cometía contra los mozos, Manuel erguía en nombre de todos, desafiando al mayoral, al colono, al administrador, al amo.

Los menos buenos decían:

- El puede hacerlo. Si nosotros lo hiciésemos, ya estaríamos despedidos. ¡Pero como él es un Cachorro del amo!.

Algo de razón había en ello. Don José no era ni mejor ni peor que cualquier otro amo. Pero aquel muchacho que se parecía a él como una gota de agua a otra gota; aquella mirada altiva y aquel bozo que le recordaban los años mejores de su vida, podían en su alma más de la cuenta. Además, sin saber cómo, su fría igualmente el ascendiente del mozo. En su fuero interno lo comparaba quizá con su hijo legítimo, vicioso y semiimbécil, y pensaba:

- ¡De otro modo iría mi hacienda cuando yo muera, si fuese este mocito el futuro marqués de Cala!

La Rosa vivía, con su hijo, en la heredad. Cuidaba de los cerdos, como desde el primer día que se quedó allí; barría los patios, cosía la ropa; medio criada, mitad colona, en una situación tan especial como la de Manuel, vis a vis de la gente y del amo.

Don José, sin embargo, no volvió a sentir veleidad alguna por la robusta y garrida moza. La conservaba allí porque le servía bien y porque ella, sumisa y discreta, jamás osó recordarle lo que podía haber de común entre ellos.

Manuel quería a su madre con una mezcla de piedad y de ternura y de íntimo desprecio. Sentimiento doloroso que le recluyó aún más en sí mismo, que hizo aún más solitaria,

más desamparada de cariños su vida. La Rosa, por el contrario, amábalo violenta, apasionadamente. ¡Cuántas veces, dormido el mozo; velaba su sueño, contemplándole con ojos extasiados de enamorada, acariciaba sus rizos rebeldes tímidamente, mirándole con expresión de gacela asustada, temiendo sus arranques, haciéndose más servil, la pobre, con el amo, cuando una arrogancia de Manuel la hacía temblar por su suerte y la de su hijo, si don José se enfadaba y lo echaba del cortijo!

A él, a Manuel, nada osaba decirle. ¡Sabía tanto! Y el hijo, cuando la veía rebajarse ante el amo, sentía encendérsele la sangre.

Un día hubo una escena particularmente dolorosa. Don José, presente en la finca, aprobó una brutalidad del administrador, que despidió a un obrero porque se fue a su casa sin permiso, al saber que tenía una criaturita enferma.

Manuel, en el zaguán del cortijo, encontróse con el dueño:

- Don José: Es preciso que Toñón vuelva inmediatamente al cortijo. Lo que ha hecho el administrador es una infamia, pues harto sabía él que tenía una criatura enferma. Y aunque no lo supiese, su falta no es tan grave para merecer semejante castigo.

- Mira, Manuel -dijo el amo, de mal humor -cuídate de tus cosas y no te metas en las mías. Toñón ya está despedido y basta.

- Toñón no está despedido. Está en el cortijo porque yo le he dicho que en él se quedara.

- ¿Y quién eres tú para decírselo ?

- Soy yo mismo. ¡Ni más ni menos! Y mire usted, don José: Podría decirle: Si Toñón es despedido, todos los gañanes nos solidarizamos con él y dejamos el trabajo, aunque nos espere la miseria. Pero no se lo digo. Me contento con decirle: Su administrador es un ladrón que se enriquece con nuestro sudor y con los cuartos que le roba a usted, si bien esto último no tiene importancia, por aquello del refrán: « Quien roba a un ladrón ha cien años de perdón.» Su administrador es un mal hombre, que no vacila en poseer por el terror a las espigadoras y en doblegar por la miseria la resistencia de las mujeres de la colonia. Su administrador es un miserable, al que, si no le despide usted, voy a romper cualquier día los huesos o la cabeza. Y si usted, sabiendo todo esto, sostiene en su sitio al administrador y no readmite a Toñón, será usted tan mal hombre y tan miserable como él.

Don José se volvió de púrpura.

- ¿A mí, osas decirme a mí esto? -barbotó, avanzando hacia Manuel con la mano levantada.

El joven le cogió la muñeca en el aire, retorciéndosela hasta hacerle lanzar un gemido:

- ¡Así! -rugió el muchacho, con los dientes apretados. - ¡Así se trata a los amos, a los zánganos, a los que nos mandan, nos beben la sangre y encima nos quitan la honra! ¡Ha querido usted pegarme, señor don José! ¡Ha querido usted pegarme, a mí, a Manuel, su gañán, su perro, su cosa, quizá su hijo, para mayor rabia y vergüenza mía! ¡Y yo, ya ve usted, teniendo derecho, no habiendo en el mar bastante agua para apagar la sed de mi odio, me contento con retorcerle la mano ladrona que nos roba el pan y nos robó la honra!

- ¡Manuel, Manuel, hijo mío! -gritó la Rosa, que acababa de entrar en el zaguán y que presenció el fin de la querella.

- ¡Déjalo! -dijo don José -, déjalo que hable, tu lobezno! ¡Os voy a echar a los dos del cortijo! Basta ya de contemplaciones. Y dad gracias a Dios porque no lo entrego a la guardia civil por amenazas y atentado de obra.

La Rosa prorrumpió en sollozos, acercándose al amo con las manos implorantes.

- ¡Perdónele usted, don José! No sabía lo que se hacía. Es así, arrebatado; pero es bueno y ningún mal quería hacerle.

Manuel, encendido como un pimiento, tembloroso de indignación, cogió violentamente a su madre por los hombros:

- ¡Calle usted, madre, calle, si no quiere que pierda el juicio, y el respeto, y todo! No suplique, no llore, no se humille, si no quiere que acabe por aborrecerla.

¿Tan poca dignidad hay en usted; tan embotado está en usted todo sentimiento de amor propio; tan habituada está usted a que se la considere menos que un perro, que una cosa, ¿que valor para mirar a este hombre cara a cara le queda? ¡Váyase a su cuarto y no se meta en mis cosas!

La Rosa, espantada por la expresión iracunda del muchacho, retrocedió, refugiándose en un rincón. Don José, con ademán descompuesto, salió del zaguán.

No despidió a Manuel, pero obstinóse rabiosamente en no readmitir a Toñón.

Y en Los Morales se produjo el primer caso de rebeldía registrado en los anales de su larga historia de omnipotencia rural y de despotismo: La gañanía se declaró en huelga, amenazando con pegar fuego al bosque y a los

campos de trigo, si no se readmitía a Toñón y si no se despedía al administrador.

Manuel era la cabeza de este movimiento.

Don José resistió como un condenado. Hizo venir la guardia civil al cortijo, pero cuando llegó el momento de haber de denunciar a Manuel, que estaba en el monte, en la barraca de un amigo carbonero, no tuvo fuerzas e hizo detener al desdichado Toñón, causa de todo el conflicto.

¡Aquí fue Troya! Saber los gañanes que Toñón estaba preso y pegar fuego al primer campo que se les vino a mano, fue todo uno. Desde Los Morales vio don José el incendio que avanzaba y a Manuel, con una antorcha, que cruzaba la dehesa a un tiro de fusil, yendo hacia el bosque, con ánimo manifiesto de pegarle fuego.

Un civil, de guardia en el cortijo, se echó el máuser a la cara:

- ¿Le pego un tiro, señor marqués? -dijo al amo.
- ¡No! -prorrumpió don José temblando de espanto y de angustia -¡No, no!

Solo, sin querer la compañía de nadie, echó a correr hacia Manuel, alcanzándolo:

- ¡Manuel, Manuel! - gritó, jadeante, cuando estuvo a pocos pasos suyos.

- ¿Qué quiere usted? -dijo el mozo, deteniéndose.

Qué no pegues fuego al bosque.

Suelte usted a Toñón y despida al administrador.

Soltaré a Toñón y despediré al administrador. Hasta si quieres te haré administrador a ti. ¿Quién mejor que tú?...

Manuel le interrumpió con un gesto airado:

- No siga usted. Yo me voy del cortijo con mi madre, si quiere seguirme. Si no, que se quede ahí.

- ¿Por qué, Manuel? Yo no soy malo. Hubiera podido hacerte mucho daño y no te lo he hecho.

- Le desprecio y me despreciaría a mí mismo, si aceptase algo de usted. Adiós.

Se arregló el conflicto, pero Manuel obstinóse en marchar de Los Morales. Dejó a su madre allí, con la condición de que, cuando tendría trabajo seguro, iría a buscarla, y se ausentó del término.

III

EL CORTIJO DEL VALLE

Manuel entró de gañán en el cortijo del Valle, vieja heredad situada a muchos kilómetros de Los Morales. Inseguro aun en su sitio, no llamó a su madre a su lado, yendo a verla cada fiesta, recorriendo tres horas de camino para ir y tres más para volver.

En el cortijo del Valle había menos gente que en Los Morales. Estaba situado en un pequeño valle, formado por dos estribaciones de la montaña, casi en el mismo corazón de Sierra Morena.

Una familia, compuesta de matrimonio y dos hijas, lo administraba. Tenían cuatro o cinco gañanes, para el cultivo de la tierra, y tres pastores, para conducir los rebaños vacunos y caballares. Las dos muchachas cuidaban de las cabras y ovejas. Contaban la una 20 y la otra 17 años.

La menor, María, no era fea. Tenía la gracia áspera y la belleza de una flor silvestre. Sus mayores viajes, sus únicos contactos con la civilización, eran una anual asistencia a la feria de la cabeza de partido.

La mayor, Carmelilla, merecía cuenta aparte.

A consecuencia de una caída, de chica, quedó contrahecha. Tenía una espalda más alta que la otra y se crió enclenque, flacucha, mustia. Muy morena, con hermosos ojos negros, de mirada mansa y triste, se exhalaba de ella un hálito de profunda melancolía.

Su misma tristeza, su propia fealdad dolorosa, la aislaban del resto de escasos seres que poblaban aquel rincón del mundo. Huraña, sintiéndose poco amada por los padres, que la consideraban una carga; por la hermana menor, que la odiaba porque los autores de sus días se obstinaban en no dejarla casar a ella hasta haber colocado a su difícil hermana, vivía siempre entre las bestias, los perros y las cabras, que suplían, con sus caricias, la falta de ternura de los seres humanos. Sin saber por qué, por su misma miseria, por la huella del dolor moral y físico que había en aquel pobre semblante, por su mismo retraimiento y timidez salvaje, Carmelilla llamó la atención de Manuel, atrajo su compasión afectuosa.

A veces la encontraba por los prados, guardando su rebaño, envuelta en una manta parda, amamantando, con biberón, a algún corderillo o a alguna chivita.

Sus ojos se levantaban temerosos hacia él, contestando con medias palabras a su saludo y a sus preguntas.

- ¿No tienes frío, muchacha? -le preguntaba Manuel, por decir algo.

- No -contestaba ella bajando la cabeza.

- ¿Le ha dejado la madre a ese rorro? - agregaba el muchacho, señalando al recién nacido.

Una vaga sonrisa iluminaba el rostro flaco, pardusco, en el que sólo los ojos tenían hermosura y nobleza:

- Se lo hemos quitado, y yo me cuido.

- ¿Cuántos años tienes, Carmelilla? - le preguntó un día Manuel, convencido de que era la menor.

- Veinte - contestó ella con voz sorda.

- ¡Veinte, ya! - prorrumpió el mozo con asombro. ¡Nadie lo diría! ¿Así tu hermana es menor que tú?

- ¿No lo parece, verdad? - dijo la joven, con dulce tristeza -. ¡Ya se ve! ¡Me he criado yo siempre tan esmirriada, tan flacucha y tan fea!

Estrechó a l corderillo contra su pobre pecho escuálido. Y no volvió a levantar los ojos hacia Manuel.

Desde aquel día, el joven procuró dirigirle siempre una palabra de alegría y de afecto.

Carmelilla, que jamás se había visto tratada con ternura, recibió primero con sorpresa, luego con reconocimiento, al fin con ilusión indecible aquella afectuosidad del muchacho. Procuraba ir siempre con el rebaño a donde Manuel trabajaba y se sentía feliz sólo con conseguir que él la viese, que levantara la mano y la gritase:

- ¡Buenos días, Carmelilla!

Los domingos, cuando Manuel se iba a visitar a su madre, Carmelilla, sin ser vista, dirigíase al cuarto donde el muchacho dormía, contemplando, extasiada, todas sus cosas. Pasaba las manos por sus libros, mirándolos golosamente. ¡Cuántas cosas bonitas debían decir! Carmelilla no sabía de letra.

Era ella quien zurcía su ropa, primorosamente, aplicándose en educar a sus pobres dedos torpes.

Aquella simpatía creciente, aquella especie de adoración recóndita, inconsciente, muda, de la muchacha por Manuel, no escapó a las miradas inquisitivas de María.

Pero el día que la menor osó darle una broma, osó decirle, burlona y perversamente:

- ¿Qué te crees? ¿Que Manolo va a fijarse en ti, fea y jorobada como eres?

Carmelilla, tan mansa siempre, por poco la ahoga.

- No me lo digas más esto, nunca más... -dijo luego la chica, temblorosa y mientras su hermana se palpaba el cuello amoratado: -Le quiero a Manuel porque es el único ser bueno conmigo, que no me desprecia, que me tiene lástima y que tiene corazón en el cortijo. Tú eres mala, María. Si no lo fueses, no me harías tanto daño, burlándote de mí, ofendiéndome en la pureza de lo que siento y de lo que hago por Manolo. ¿Piensas que no lo sé que soy fea, que jamás hombre alguno se enamorará de mí? Por ello mismo habríais de quererme más, padres y tú; por ello me demuestra afecto Manuel y por ello yo se lo agradezco tanto.

Un día festivo que llovió a mares, Manuel se quedó en el Valle, prescindiendo de ir a Los Morales. En la cocina, caldeada por el fuego, mataba las horas leyendo sus libracos.

Carmelilla, después que hubieran dejado limpios y secos los platos, se sentó a su lado y osó decirle:

- Léame usted algo, Manuel.

- ¡Si no va a gustarte, criatura! - dijo el mozo, mirándola y sonriendo.

- ¡Qué sabe usted de si me va a gustar! -repuso ella poniéndose roja como una guinda. El rubor, animando aquella cara obscura y marchita, la embellecía vagamente.

Aquel día Carmelilla iba limpia, vestida con una blusa clara y una falda azul marino.

¡Qué sabía Manuel, en efecto! No sabía él, no, que con sólo oír su voz, Carmelilla ya estaba contenta.

La leyó algo, lo que le pareció más adecuado para su mentalidad y sentimiento, y la escena se repitió algunas veces más.

María, celosa de su hermana, se unió a ella para pedir que les leyera algo. El goce de la infeliz Carmelilla decrecía con la presencia de un tercero y con aquel ruego unido al suyo, que quitaba ilusión ante su alma a la aquiescencia de Manuel.

¡Pobre Carmelilla! ¡Con qué infinita melancolía la contemplaba Manuel, adivinando lo que pasaba en su alma, viendo a aquella flor de soledad y de miseria, comida por el sol y las privaciones, secada por falta de riego de ternura!

El cortijo del Valle era una heredad paupérrima. Los padres de las muchachas sólo eran de él colonos administradores. De las tierras que llevaban por sí mismos habían de pagar arriendo crecido al amo. Eran tanto o más míseros que los propios gañanes y fueron allí muertos de hambre, sin más fortuna que lo que llevaban puesto.

Una mala añada, un pedrisco, acababa con su aparente señorío de ahora; señorío hecho de humillaciones, de senilismo perruno ante el amo, dueño de siete u ocho cortijos más y de todo el monte y tierra de muchas fanegas a la redonda.

IV

UNA EPOPEYA DEL AGRO

Y de allí, precisamente de aquel latifundio, de aquella enorme extensión de tierra propiedad de un solo hombre; de aquel feudo, en que arrastraban su existencia, abrasados por el sol, pagados con un puñado miserable de monedas, comiendo el rancho de las gañanías, el gazpacho tradicional, separados durante semanas y quincenas de sus familias, partió la chispa que generó el incendio.

El advenimiento de la República, cambio de Gobierno no notado por el pueblo, que no vio mejorada su situación ni remediada su miseria, lanzó sobre aquellos hombres la maldición de una lucha de intereses entre sí, de la que ellos solos eran la presa y la víctima. El dueño del latifundio, uno de los más ricos de la comarca, señorón

fincado suntuosamente en Córdoba y en Madrid, resolvió no sembrar sus tierras «mientras no acabase esa juerga de la República» .

Es decir, decidió matar de hambre a cerca de mil trabajadores, consigna seguida y ejemplo imitado por otros tantos terratenientes, temerosos del comunismo y la expropiación colectiva.

Surgió la primera rebelión, el primer amotinamiento de los sin trabajo, sofocado, no dándoles a labrar las tierras dejadas infecundas, sino enviándoles batallones de guardia civil, que los ametrallaron. Surgió, luego, la primera incautación de tierra por los campesinos, desesperados y famélicos, resueltos a resolverse por sí mismos el problema que el Gobierno no hacía más que agravar con sus medidas represivas, con su actitud, colocándose abiertamente al lado de la burguesía. Vino la lucha sangrienta, la respuesta a las violencias gubernamentales, la persecución de los trabajadores, la multiplicación de conflictos, de levantamientos del agro rebelado.

Y surgió, por fin, colocado en el primer plano de la epopeya, Manuel.

Aquellas masas hambrientas y desesperadas, aquellas multitudes de parias seculares, que si durante siglos se resignaron a vivir vegetando, arrastrando su vida, cobrando

miserables céntimos por su trabajo de sol a sol; que, mientras tuvieron un mendrugo de pan que llevar a la boca de sus hijos, sufrieron su miseria, rebelándose sólo en movimientos esporádicos, a sangre y fuego sofocados, habían llegado a la hez de su calvario. Una cabeza, una guía, una voluntad entre ellos, había de hacerlo todo. Y esa cabeza, esa guía, esa voluntad fue Manuel.

Sin saber cómo, el movimiento, empezado con la gran arma de los agros andaluces: el incendio, se corrió como reguero de pólvora. Ardían los bosques, los pajares, los tinados, avanzando la lengua de fuego hacia los cortijos, abandonados por la gañanía.

La guardia civil, enviada en grandes contingentes, se encontró con un enemigo inusitado y difícil de vencer: el fuego. El estratega del combate -Manuel-, supo organizar de tal forma la batalla que los instrumentos del Gobierno no encontraron ante las bocas de sus máuseres masas indefensas, multitudes de niños y mujeres que ametrallar, sino un cinturón de fuego envolvente, el rojo resplandor de las llamas y el tiro certero de las guerrillas apostadas por la sierra, detrás de los matorrales de los caminos.

Era, de nuevo, la lucha de los francotiradores, la guerra social, al estilo de los guerrilleros y de los antiguos bandidos políticos.

Y, sobre todo, el anonimato de aquellas guerrillas, de aquel cabecilla que las guiaba, nuevo Espartaco de una nueva gesta .

¿A quién coger, contra quién revolverse sangrientamente?

El capitán de la guardia civil de Castellares fue el primero que identificó a aquel Manuel, misterioso y desconocido.

- Hay una manera de pescarlo. Coger a su madre y decir que no se la pondrá en libertad hasta que él se presente.

- ¿Pero quién es su madre?

- Yo lo sé. Una moza del cortijo de Los Morales.

Al día siguiente, cuatro parejas de la guardia civil fueron a buscar a la Rosa y se la llevaron al pueblo, publicando la prensa la noticia y haciéndola vocear por el pregonero de cada pueblo.

La pobre mujer enfermó del susto pero en su abnegación materna decía a cuantos iban a verla:

- Decid a Manuel que no se presente, que a mí nada puede pasarme y que a él lo matarían si le pillaran.

¡Con qué rabia el capitán de la guardia civil de Castellares y los demás jefes enviados a la provincia, y todos y cada uno de los números, exclamaban:

- ¡Ah, si lo pescamos no será preciso que lo juzgue tribunal alguno! ¡Con qué gusto vamos a dejar seco de cuatro tiros a ese hijo de ramera nacido para amargarnos las horas e ir con el miedo en el cuerpo por estos campos, pensando que detrás de cada piedra puede estar el condenado o alguno de los suyos para tumbarnos patas arriba !

La prisión de su madre acabó de sacar de quicio a Manuel. Si hasta entonces había luchado con el anhelo de realizar su ideal, de llevar hacia la implantación de un mundo más feliz y más justo a sus hermanos de explotación ahora se batía con rabia, sin más fin inmediato que la venganza de todos los despiadados dolores infligidos a una madre inocente.

V

CARMELILLA

El cortijo del Valle estaba lleno de guardia civil. Apagado el fuego, la fuerza fue ocupando todas las viviendas, acordonando el monte donde suponían que estaban refugiados los rebeldes, pensando en reducirles por el hambre. Ya no eran muchos. Al ir avanzando la fuerza, los menos combativos se reintegraron a sus hogares, cayendo unos en poder de las autoridades y otros burlando la persecución, escondidos en sus casas o mudando de pueblo.

Manuel y un grupo de invencibles se mantenían en el monte, pernoctando en las chozas de los carboneros, teniendo organizado un verdadero plan de lucha de guerrilla, de bandidaje moderno en el que revivía toda la grandeza y toda la caballerosidad de los antiguos bandoleros.

Los colonos del cortijo no se habían sumado al movimiento. Por el contrario, servilmente, el padre de Carmelilla se ofreció al sargento de la guardia civil allí

destacado para orientarles por el monte, preparando una emboscada a Manuel:

- Ir yo, no, porque luego, en venganza, eran capaces de matarme. Pero, yo sé bien donde deben estar escondidos. Y mejor que yo lo sabe Carmelilla, que ha ido mil veces con el rebaño hasta aquel altozano.

Yo no sé nada -dijo la muchacha con viveza.

- ¿Que tú no sabes dónde está la Roca Picuda?

- Hace lo menos un año que no he ido por allí, y las veces que fui era porque se me extraviaban cabras. Además, ¿cómo sabe usted, padre, que en la Roca Picuda está Manuel? -dijo con calma la muchacha.

- No lo sé de cierto, pero me jugaría cualquier cosa a que está allí. Es un punto muy defendido, al que sólo se puede subir por los Jades. Ellos deben estar vigilando los dos senderos, pero si se pudiese ganar el pico por un caminito de cabras que sube desde la torrentera hasta lo alto se caería en medio de ellos cuando menos lo pensasen y se haría un escabeche.

- ¡Ca! -murmuró el sargento, meditabundo. Hay algo mejor que todo eso.

Carmelilla les observaba inquieta. Oyó cuchichear al sargento con los cabos y vio, a la mañana siguiente, que el sargento se iba a Castillares, en busca del capitán y seguramente para buscar refuerzos.

La pobre muchacha pasó una noche de terrible angustia:

- ¿Y si fuese a avisar a Manuel de que la guardia civil sabe ya dónde está y le prepara una emboscada? Pero, ¿y si no están en la Boca Picuda? ¿Y si no me dejan llegar hasta allí?

Al fin tomó una resolución. Por la tarde del mismo día que el sargento bajó a Castillares, Carmelilla dirigió el paso del rebaño en dirección de la Roca Picuda. Lo dejó a prudencial distancia, al cuidado y guardia de los perros, y se lanzó monte arriba como un gamo. Sus piernecillas, acostumbradas al escaló, iban salvando los saltos y las rocas. Su figura contrahecha, menuda, parda, desaparecía entre el color oscuro y rojizo de la rocosa montaña.

Cuando enfilaba uno de los dos senderos que llevaban a la Roca Picuda, de entre una mata salió una voz y ante sus ojos centelleó la culata de un fusil.

- ¡Atrás! - dijo la voz en tono imperativo.

Carmelilla se detuvo.

¿Dónde vas? Busco a Manuel.

- ¿Para qué le buscas?

Dígale usted que Carmelilla, la del cortijo del Valle, quiere hablarle.

- ¿Qué le has de decir?

- Algo que le interesa... Dígaselo usted, se lo ruego. Ya ve que soy una pobre muchacha indefensa.

- ¿Y quién me dice a mí que detrás tuyo no viene la guardia civil?

A Carmelilla se le saltaron las lágrimas.

- ¡Oh, señor, si precisamente es para avisarle!

El centinela - un mocetón de atezada cara, reflexionó un momento.

- Espera -exclamó.

Desapareció un instante y volvió acompañado de otro campesino.

- Pasa y síguele -dijo a Carmelilla.

Habían andado un centenar de pasos, escalando siempre, cuando Carmelilla atisbó a Manuel, que bajaba, seguido de otro de los suyos.

- Carmelilla, ¿a qué has venido? -dijo el mozo, sonriendo a la muchacha.

La barba, que no había podido afeitarse, negreaba en el hermoso rostro, moreno y altivo, de Manuel.

Carmelilla cruzó las manos, contemplándole, en éxtasis, durante unos segundos.

Había tanta adoración en aquella mirada, una expresión tan sobrehumana de alegría y de delirante ternura, que Manuel sintióse conmovido hasta saltársele las lágrimas.

- ¡Carmelilla, pobre Carmelilla! - murmuró, cogiendo la cabeza de la joven entre sus manos y besándola la frente.

- He venido a avisarle, Manuel - dijo ella, con una sonrisa de reconocimiento -. Los civiles saben que están ustedes aquí y no sé qué preparan.

- ¿Quién les ha dicho que nos hallábamos en la Roca Picuda?

Carmelilla palideció, no osando descubrir a su padre.

- Son muchos los que, en conversaciones señalan este sitio -como refugio vuestro. Yo ayer oí una conversación del sargento de la guardia civil con los cabos. Parece que quieren atacaros subiendo por la Torrentera, cuando menos penséis en ello. Esta mañana se ha ido el sargento a

Castillares, a buscar refuerzos, seguramente. ¡Es preciso que no perdáis tiempo y marchéis de aquí!

- ¿Marchar de aquí? No. ¡Qué suban, si se atreven! ¡Cuántos van a morir en este escalo! La Roca Picuda es una fortaleza natural, casi invulnerable. En ningún sitio estaremos tan bien como aquí. ¡Qué vengan, qué vengan!

- ¡Oh, Manuel, serán muchos contra vosotros!

- No temas, chiquilla.

Le acarició la cabeza con mano paternal. Estaba él en pie delante de ella, medio postrada a sus pies, descansando sobre sus piernas cruzadas.

- Gracias, Carmelilla. El vericuelo de la torrentera es el que más descuidado teníamos. No pases cuidado, que ahora sabremos defendernos bien, estando prevenidos.

Poco a poco, la muchacha se fue tranquilizando. La noche se le echaba encima y pensó, con terror, en su rebaño abandonado, en la hora en que llegaría al cortijo. Se puso en pie de un salto.

- Me voy, Manuel. Vivid prevenidos. Si algo nuevo supiese... subiría a avisaros.

Manuel la contempló con piedad y ternura. A la luz del crepúsculo, sus hermosos ojos, su carita triste, tenían una

belleza patética que impresionaba. El cuerpecillo, enclenque y deforme, desaparecía bajo el brillo de aquellas pupilas de bondad y candor, dolorosas y puras.

- Vete, Carmelilla, vete. ¡Y ojalá puedas ser un poco dichosa!

Torció ella la boca en un gesto que quería ser sonrisa.

- ¡Adiós, Manuel! Y que tengáis buena suerte.

Llegó, al cortijo muy tarde, debiendo contar una serie de mentiras que justificaran su retraso. Que se le había extraviado el rebaño, que había perdido una chivita, que los perros le habían espantado las cabras, persiguiendo a un conejo...

Por la noche, ya bien entrada ella, regresó el sargento de la guardia civil, acompañado del teniente y del dueño del cortijo :

- Pa rece que ya tenemos a ese pillo, Colás -dijo éste al colono.

- ¿Qué, se deciden ustedes a subir a la Roca Picuda por la torrentera?

- ¡Ca, hombre, ca! -dijo el sargento, frotándose las manos -. Se me ha ocurrido una idea mejor que todo esto. ¿Crees que estamos dispuestos a que esos bandidos hagan con nosotros un nuevo Roncesvalles?

Carmelilla aguzó el oído. ¿Qué era, pues, lo que se llevaban entre manos?

Toda la noche el cortijo estuvo en movimiento. Los guardias civiles se paseaban despiertos, charlando y riendo; los cabos, el sargento, el teniente y el amo salían, con frecuencia, afuera, atisbando el firmamento.

Carmelilla no se acostó. Con el pretexto de que se había de pasar la harina para la hornada del día siguiente, quedóse en la cocina. Una angustia indecible se había apoderado de ella. Cuando no pudo justificar más su vigilia, se fue a su cuarto, hizo como que se desnudaba y bajó de nuevo subrepticamente escondiéndose en un cuchitril que había bajo la escalera, desde el cual veía y oía, sin ser vista ni oída.

Debían ser las tres y media de la madrugada, cuando oyó que el sargento decía al teniente:

- ¡Mientras los aviones estén aquí antes de que se haga demasiado claro!

- De noche tampoco distinguirían la Roca. ¡Y como no podrán escaparnos porque les cerraremos todas las salidas!

El fulgor de una revelación iluminó la inteligencia de Carmelilla. ¡Los aviones, aquellas máquinas que volaban caerían sobre Manuel y los suyos desde la altura, por allí donde ellos no esperarían ataque alguno! La muchacha no pensó en los explosivos, que desconocía, en las granadas, en las bombas, que harían polvo la imponente mole y a los que en ella se refugiaban.

Sólo tuvo una idea: salir de su escondrijo y ganarla calle, conseguir llegar hasta la Roca Picuda antes de que los aviones roncasen en el firmamento.

¡Qué carrera de muerte, qué calvario de agonías de angustia, fue la caminata de la triste criatura, derrengada, con los pies ensangrentados y el terror en el alma, hasta la Roca Picuda!

Llegó a las primeras avanzadas, no pudiendo tenerse en pie. Por poco la mata el centinela, pues ella, sacando fuerzas de flaqueza, avanzó sin escuchar voces de alerta ni montadura de gatillo alguno. Quería ver a Manuel cuanto antes; que estuviesen ya fuera de la Roca Picuda cuando apareciesen los siniestros pájaros de acero.

- ¡Manuel, he de hablar con Manuel! -gritó la muchacha-. Soy la misma Carmelilla de esta tarde. Corra, vuele usted, diciéndole a Manuel que venga.

Cuando pudo llegar hasta Manuel, ya clareaba.

- ¡Corred, marchad inmediatamente! ¡Los aviones, vendrán los aviones!

En aquel momento, a lo lejos, por entre unas nubes blancas, asomó sus alas gigantescas el primer avión.

Sin necesidad de explicarse más, todos comprendieron.

- ¡Maldición! ¡Bom bardearán la Roca! - rugió Manuel

- ¡Partid, no perdáis tiempo! ¡Rodearán la montaña con un cordón de guardia civil!

Silenciosamente, con la misma celeridad y voluntad gemelas, el grupo de hombres empezó a descender vertiginosamente la montaña.

Manuel fue el último. Carmelilla, tendida en el suelo, cansada, sentía una indecible lentitud atenazarle los miembros.

- Vete tú también, Carmelilla - dijo Manuel.

- No os preocupéis de mí. A mí nada pueden hacerme.

Tendió sus manos hacia Manuel.

- Dame un beso antes de partir -dijo, con triste sonrisa.

Con los ojos arrasados en lágrimas la besó Manuel.

Marcha. No pierdas tiempo. Vete, vete.

- ¡Adiós, Manuel! ¡Adiós... para siempre!

- Para siempre, no, Carmelilla, que volveré a verte.
Manuel desapareció monte abajo.

VI

LA VENGANZA DE LOS GUERRILLEROS

Cuatro días después de lo narrado, un grupo de hombres, envueltos en mantas pardas, avanzaba por un senderillo que, cruzando el Valle, se alargaba hacia la carretera real.

Las primeras luces del amanecer difundían una claridad tenue sobre las cosas. La hilera de hombres, silenciosos y encorva dos, parecía un reguero de gusanos. Su color

oscuro apenas sí se distinguía, a distancia, del de los terrones de tierra de los campos.

A lo lejos, el cortijo del Valle destacaba su masa blancuzca. Y más lejos aun, los ojos entristecidos de los hombres avistaban la Roca Picuda, volada por el bombardeo, la enorme masa de la montaña, devastada y transformada como si un cataclismo geológico se hubiese producido.

Cuando el grupo de hombres penetró en la carretera, caminó por ella hasta llegar a un desfiladero. El camino era una garganta abierta en la montaña a golpes de pico y a barrenazos. A ambos lados de la ruta, imponentes, se alzaban los peñascos, la brava naturaleza de aquella tierra indómita.

La guerrilla, silenciosa siempre, admirablemente autodisciplinada, empezó a escalar la montaña por los dos lados de la carretera. Poco a poco, mientras iba amaneciendo, fueron buscando detrás de los peñascos, horadando la tierra a golpes de pico, lugares donde esconderse en una espera misteriosa. Cuando todo el grupo hubo desaparecido detrás de las rocas, de las matas, vientre en tierra, con fundido con ella, se hizo un silencio sepulcral. Parecía como si los hombres se hubieran confundido con los minerales y las plantas y nada alentase en la montaña.

¿Cuánto tiempo duró la espera? Media hora quizá; un siglo, sin duda, para los que esperaban. Empezaron a pasar arrieros, autos, por la carretera. Y estaba el Sol a medio camino del cenit cuando, culebreando en una curva de la ruta, el primero de los apostados vio brillar al sol el charolado de los tricornos.

El pelotón de guardias civiles que, desde el cortijo del Valle, dirigieron la gloriosa expedición de la Roca Picuda, en la que sólo halló la muerte la infeliz Carmelilla, convencido de que los bandidos estaban lejos de allí abandonaba el cortijo regresando a la cabeza de partido. Al frente del cuerpo de ejército, arrogantes y a caballo, marchaban el teniente y el sargento. No estaban muy satisfechos de la jornada y, en su furor por la fuga de los perseguidos, considerando a Carmelilla culpable de ella, apalearon a su padre y maltrataron a la hermana y a la madre, acusándoles de cómplices. No se atrevieron a detenerles, pues harto veían que había sido sólo Carmelilla la que avisó a Manuel, sin que nadie más en el cortijo supiese nada y la que pagó con la vida su generosa hazaña.

Avanzaban más o menos confiados los civiles. De noche no se hubieran atrevido a andar en columna por aquellos andurriales. Pero a pleno día y sabiendo muy lejos a la guerrilla, aun los más recelosos se abandonaban a fanfarronadas masculladas en voz alta.

Enfiló el desfiladero la columna. Y el primer tiro que sonó tumbó certeramente al teniente. Después una descarga cerrada, partida de detrás de todas las peñas, lluvia de balas que parecía descender del cielo, diezmó en pocos minutos al pelotón. Los civiles, alocados, no sabían hacia donde correr ni contra quien disparar.

Manuel, de rodillas detrás de una mata, tiraba rabiosamente. Allí donde ponía el ojo, caía la bala.

Un cuarto de hora después, la guerrilla abandonaba su refugio, dejando deshecha, entre muertos, heridos y fugitivos, a la columna. ¡La venganza por la muerte de Carmelilla había sido ejemplar y tremenda!

Tan silencioso, como habían venido, se alejaron los guerrilleros. Cuando llegaron los primeros autos al desfiladero, ni rastro quedaba de ellos. Volvieron a cruzar el valle, regresando a la sierra, su refugio bravío, cuadro de una gesta solo empezada.

Desde lo alto de una estribación, Manuel vio una vez más al cortijo del Valle. Cumplida su venganza, nada les quedaba ya que hacer en aquellas tierras. La lucha sería ahora más terrible, más despiadada, engrosado su ejército de rabiosos por nuevas víctimas y nuevos desesperados.

Manuel se detuvo un momento y con templó al cortijo. Sus nervios, en tensión, se aflojaron. Se le hizo un nudo en la garganta, y aquel hombre, que un cuarto de hora antes mataba fría e implacablemente hombre tras hombre, lloró como un niño.

La imagen de Carmelilla, la última visión de la pobre criatura, en aquel crepúsculo preludio de la tragedia del amanecer siguiente, le volvió a la imaginación. Vio sus ojos tan mansos y tan bellos, su silueta contrahecha y esmirriada, que el sacrificio heroico y la dramática muerte agrandaban y eternizaban en su memoria.

- ¡Carmelilla, pobre Carmelilla! -balbució el mozo, saludando al cortijo que quizá jamás volvería a ver -. ¡Adiós para siempre! ¡Pero no te olvidaré, oh, no te olvidaré nunca!

El Sol iba saliendo, rasgando un obscuro cendal de nubes. Cuando salió del todo, amaneció sobre una roca pulverizada bajo el bombardeo de los aviones. En ella, dormida de cansancio, sumida en un sueño febril de dolorosa dicha, sólo halló a una muchacha, cuyas piltrafas rojas salpicaban las primeras piedras que pisaron, vencedores, los esbirros de los poderes que pagan.

Manuel y los suyos estaban ya lejos. La lucha continuaría, más feroz y más desesperada, encendida con el rojo de

aquella pobre sangre, tan inocente como las lágrimas de una madre torturada por el crimen de haber parido a un Hombre.

F. Pi y Arsuaga

EL CUERVO

Detuvo su vuelo el cuervo y dijo al ver sobre el terruño a un hombre que lo trabajaba:

- ¡Miren cómo labra Juan sus tierras!
- No soy Juan -exclamó el hombre, levantando la cabeza; -soy el hijo de Juan, que trabaja para vivir miserablemente y pagar por segunda vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y más allá vio jinete en un caballo a un caballero.

- Vaya con Dios don Gil -le dijo.
- No soy don Gil -contestó el caballero; -soy el hijo de don Gil, que viene a cobrar del hijo de Juan el valor de sus tierras por segunda vez.

Pasó mucho tiempo.

El cuervo detuvo su vuelo y dijo al ver un hombre que sudaba sobre el terruño.

- ¡Miren cómo trabaja el hijo de Juan sus tierras!
- No soy el hijo de Juan -respondió el hombre, limpiándose el sudor de la frente-, sino uno de sus nietos, que trabaja para vivir miserablemente y pagar por cuarta vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y encontró más allá jinete en un caballo a un caballero.

- Vaya con Dios el hijo de don Gil -le dijo.
- No soy el hijo de Don Gil -contestó el caballero-, sino su nieto, que viene a cobrar del nieto de Juan el valor de sus tierras por cuarta vez.

Pasó mucho tiempo.

El cuervo detuvo su vuelo y dijo, viendo a un hombre que trabajaba en el terruño:

- ¡Miren el nieto de Juan cómo labra sus tierras!
- No soy el nieto de Juan -respondió el hombre-, sino uno de sus biznietos que trabaja para vivir miserable y pagar por sexta vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y encontró más allá jinete en un caballo a un caballero.

- Vaya con Dios el nieto de don Gil -le dijo.
- No soy el nieto de don Gil -contestó el caballero- sino su biznieto, que viene a cobrar del biznieto de Juan el valor de sus tierras por sexta vez.

Pasó un siglo más.

El cuervo detuvo su vuelo y dijo viendo a un hombre que, rota la azada, lloraba cerca del terruño:

- ¿Por qué llora el biznieto de Juan?

- No soy el biznieto de Juan -repuso el hombre; -soy uno de los nietos del biznieto de Juan, y el señor me ha arrojado del terruño que labraron mis antepasados, porque no he podido pagarle por centésima vez el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y encontró más allá jinete en un caballo a un caballero.

- ¿Donde va tan de prisa el biznieto de don Gil? - le dijo.

- No soy el biznieto de don Gil -contestó el caballero; soy un nieto del biznieto de don Gil, que viene a buscar otro Juan que pague con su descendencia a mí y a los míos otras cien veces el valor de las tierras de mis antepasados.

El cuervo se alejó, y dijo graznando:

- Soy más feliz que los Juanes, porque puedo posarme libremente en la rama que se me antoja. Soy más noble que los Giles, porque no arranco los ojos de los hombres hasta que están ya muertos.

F. Pi y Arsuaga

LOS DOCE

- Hijo, ¿traes algo?
- Nada, madre, he recorrido inútilmente durante la mañana la ciudad. Los comerciantes tienen mancebos de sobra, a las puertas de las fábricas se aglomeran miles de jornaleros como yo sin trabajo, la vega está cubierta de nieve y los colonos lloran por perdidos sus frutos. He suplicado y nadie me ha atendido, he pedido limosna y no me ha socorrido nadie.
- Bien, no te apures hijo mío; moriré resignada.
- No, no madre. Aun queda un remedio. Hay una plaza en la ciudad que no tiene ningún pretendiente y proporciona buen salario. Repugnaba pedirla; pero la pediré, y la muerte de muchos me asegurará tu vida y tu cariño.
- ¿Qué plaza es esa?
- La de verdugo.

- No, hijo mío, no. No te di ojos para que mirasen con odio; no te di manos para que las manchases de sangre. Una y mil veces no. Ya me siento bien; ya no estoy enferma; ya no tengo ni hambre ni sed.

¡Abrázame, hijo mío! ¡Abrázame y júrame que no serás verdugo!

- ¡Madre, madre! Han concluido nuestras penas. Ya soy soldado. Cuanto me entrenen será para ti. El cuartel está cerca, y cuando menos podré partir contigo mi rancho. Luego ascenderé, tendré sueldo, seré oficial, y verás brillar en mi manga, como tres soles, tres estrellas relucientes.

- ¡Pobre hijo!

- ¡De dónde vienes, hijo? Estás pálido. ¿Qué es eso?
¡Manchas de sangre!

- Sí. La ley se ha cumplido. Aquel sargento que me acompañaba tantas veces, mató por celos al coronel de su batallón. El consejo de guerra le condenó a muerte. Hoy le hemos fusilado.
- ¿Tú también?
- También. La suerte, mi mala suerte me designó con otros once para dar cumplimiento a la sentencia.
- ¿No podías negarte?
- La ordenanza es dura.
- Y flaco el corazón.
- ¿Me riñes?... ¿Por qué no respondes? Estás pálida, estás fría, estás muerta. Venciste la miseria y venciste el hambre. El dolor te ha vencido.

F. Pi y Arsuaga

HAMBRE

Todos, o casi todos los periódicos publican la noticia.

Dice así:

« El gobernador civil ha recibido un oficio de la delegación... comunicándole que este centro de vigilancia ha intervenido en un suceso lastimoso.

» Trátase de una familia habitante en la calle de..., número ...1 que, presa de la más espantosa miseria y sintiendo ya los terribles efectos del hambre, fue hallada a punto de perecer cuando el delegado, avisado por un vecino, se presentó en la mencionada casa.

En el cuarto, totalmente desprovisto de muebles, hallábanse echados por el suelo Vicen te... ¡De cuarenta años, albañil, sin trabajo; su mujer Dolores y dos niños de nueve y once años.

» Todos los individuos de esta desgraciada familia encontrábanse medio desnudos.

En los primeros momentos fueron socorridos con caldo, pan y leche, que los niños devolvieron dolorosamente, por no encontrarse en condiciones de digerir. Tal era el estrago que el hambre había causado en las pobres criaturas.

El gobernador se propone socorrer a la desgraciada familia, compuesta, según nuestros informes, de honradísimas personas».

Aparto los ojos del suelo y miro instintivamente al calendario.

1900.-4.-Miércoles.- Febrero. 1900.-Siglo XX de cristianismo.

¡Siglo XX!. .. ¡Cuántos progresos en el andar de centenares de años!

La imprenta ha perpetuado el pensamiento; el vapor ha cercado todos los pueblos; el telégrafo y el teléfono transmiten la palabra a través de inmensos espacios.

La medicina hace maravillas, la cirugía realiza prodigios.

¿Hombres, para qué tantos esfuerzos, para qué los desvelos y las luchas que todo eso representa , sino para garantizar la vida?

¡Vivir, vivir! Esa es la finalidad de todo.

Si no es el progreso fuente de vida, no es nada. Guarda la imprenta el secreto de lo que fue, para que aprendamos en ello a huir de lo que en otros tiempos hizo la vida amarga o la secó en flor. Acerca el vapor los pueblos para que se acerquen con ellos los medios de vida, y la abundancia de los unos compense la escasez de los otros.

Transmite el telégrafo y el teléfono el pensamiento para avisarse más rápidamente las necesidades, y más rápidamente procurarse los remedios.

La medicina, la cirugía, la ciencia toda, ¿qué son sino el perpetuo requerimiento a la vida, la repulsa constante de la muerte?

Pero aún, ¡ay!, el pan no llega a todos; pero aún, ¡ay! mientras el agiotista suspende la circulación del grano, procurando la carestía de lo que en realidad sobra, mueren de hambre familias enteras; pero aún, ¡ay!, corren desigualmente las aguas de riqueza, que encharcan el palacio y dejan seca la cabaña.

¿Cómo es posible que os tengáis por dignos hijos de vuestro siglo, cuando no maldecís la desigualdad que subsiste, a pesar de los esfuerzos realizados por la humanidad para destruirla?

El hecho de que puedan aún morir en las ciudades, en medio de la vida, familias hambrientas, ¿no significa que se os ha olvidado lo principal?

La persistencia de mal tan grave ha de bastar a la historia del porvenir, para confundir vuestro siglo entre los siglos bárbaros.

Hay un tema de discusión que está antes que todos, y es el tema del hambre.

Parlamentarios, académicos, ateneístas, cuantos decís preocuparos del progreso humano, ahí tenéis la primera preocupación, ahí tenéis la primera labor, ahí tenéis la obra más urgente: hacer imposible el hambre.

Un trabajador honrado, una mujer honesta, unos niños inocentes, pueden morir de hambre en nuestra sociedad tan bien organizada, con instituciones fastuosas, con ejércitos que luchan y ejércitos que rezan, con administración complicada, con tribunales que velan por la justicia.

No me digáis que la familia no ha muerto, que ha sido socorrida. Basta que haya sentido hambre, basta que deba a la limosna la vida a que le dio la naturaleza indiscutible derecho.

Habéis formado la sociedad reduciendo al hombre a la impotencia. Un salvaje no muere de hambre, porque tiene el derecho de apropiación y todo es suyo.

En buena hora que hayáis despojado al hombre del imperio omnímodo de su voluntad y de su fuerza. Pero si no habéis hecho eso en beneficio de todos los despojados y en nombre de la equidad, ¿con qué derecho pedís sumisión?

Ese padre que se deja morir y deja morir a los suyos sin protesta es un envenenado por vuestros principios, es un amedrentado por vuestras amenazas.

Si no lo fuera, le habríais encerrado ya en vuestros presidios, porque os hubiera parecido un insulto su insubordinación a vuestras ineficaces leyes.

Yo tenía una libertad, os puede decir el hombre hambriento, era mío en otras edades cuanto alcanzaba mi brazo y aseguraba mi fuerza. Se ha formado la gran sociedad de la civilización y del derecho, y he renunciado a mis bosques con todos sus peligros, pero también con toda su caza y todos sus frutos; he renunciado a mi vida sin leyes y he tirado mi maza de piedra, mi espada de granito, mi honda, mi arco y mi flecha, y mi pica de hierro, y hasta las propias armas del moderno arte. Vivo desarmado. He renunciado a mi poder. He dado a la inactividad de esa

civilización mis energías físicas y quizá hasta mis virtudes morales, pero lo he dado, lo he cedido todo, me he entregado su prisionero a cambio de algo, a cambio de mayor bienestar, a cambio de mayor seguridad de mi vida y la de los míos.

Donde se enmarañaba el bosque se levantan hileras de palacios. No son míos. Las fieras no me acometen; pero el hambre llama a mis puertas y no puedo defenderme de ella, porque me lo habéis prohibido. Todas las ventajas de vuestra civilización son para unos pocos, que a título de dirigirme sólo me explotan. Rompo el trato, devolvedme la libertad que me habéis arrebatado, volvedme al bosque de que me sacasteis.

Vuestra civilización no me permite esperar al porvenir. Es tan desigual, que me hace tornar con envidia los ojos al pasado.

Esto podría decir el hambriento, y habrían de bajar la cabeza avergonzados, obispos, generales, legisladores y déspotas.

F. Pi y Arsuaga

LA VIRTUD Y EL CRIMEN

Un procesado, de quien era defensor, me suplicó que le visitase. Fui a verle. Estaba en la vieja cárcel de Barcelona, un caserón con las apariencias de una casa de vecindad, construido quien sabe cuando y sin condición alguna para el objeto a que se lo destina. Entré en una sala que me indicaron y aguardé a que el preso compareciera.

Una ancha ventana defendida por fuerte verja de hierro, me invitó a curiosear. Me iré por ella. Daba a uno de los patios de la misma cárcel. Era un patio grande, y en uno de sus extremos había contruidos a lo largo de la mitad inferior del alto muro como ocho o diez fogones; la mitad restante estaba ocupada por otros tantos retretes. Todo sin tejadillo ni cubierta alguna.

Habría en aquel momento en el patio hasta unos sesenta presos. Unos estaban tendidos indolentemente sobre sus petates, otros conversaban en corro, algunos paseaban en parejas. Dos mocetones de 20 a 25 años jugaban a la pelota sobre el muro de la izquierda de la ventana, el de enfrente al que ocupaban retretes y cocinas. Un negro

parecía entregado a tristes reflexiones sentado al sol sobre un poyo. Un anciano, también al sol, fumaba en su pipa. Los dos buscaban el calor del sol; el uno recordando acaso el de su patria, el otro pensando quizá en el de la juventud y la vida.

La mayor paz reinaba entre toda aquella gente. De cuando en cuando la pelota con que jugaban los muchachos amenazaba desviada la cabeza de algún preso ajeno al juego, o caía lejos de la improvisada cancha, en medio de un corro. Nadie protestaba de tales inconveniencias. El que veía la pelota más próxima la recogía y se la echaba a los jugadores o se la entregaba al que de ellos venía a buscarla.

Flotaba sobre aquel patio sucio, entre aquella gente mal vestida, desarrapada, cierto espíritu de benevolencia, de cortesía.

La solidaridad de la desgracia u nía sin duda voluntad es y corazones, que una educación abandonada, una instrucción deficiente, la miseria, errores de todos géneros, había fuera de allí separado por abismos de odio, de envidia, de malas pasiones.

Ví al negro acercarse al anciano y departir con él primero, y con otros después, amigablemente.

El espectáculo de tanto desgraciado me sugirió reflexiones amargas.

Todos aquellos hombres que veía eran malvados, ladrones, homicidas, asesinos. Me acordé de muchas causas que se incoan por hurto, lesiones, juego, riñas, coacciones, amenazas, y pensé que probablemente la mayoría de aquellos infelices pagaría delitos de este género.

Y aquellos hombres departían con corrección, y cediendo al espíritu de sociabilidad, se juntaban, se consolaban, se aconsejaban, sin que el delito del uno apartase al otro, confundiéndose voluntariamente en un mismo ambiente de pecado, como si a todos los purificase en aquél instante un mismo sentimiento, un mismo amor, el deseo de comunicar las penas, el sentimiento de una común desgracia, el amor a la libertad perdida, la libertad, el máspreciado de los dones.

Correspondían, seguramente a diversas clases, basta a diversas razas. La ley había necesitado traspasar las rejas de la cárcel para igualarlos a todos.

Entre ellos vivía y con ellos departía un negro, un negro que encontraba tras aquellos espesos muros pruebas de solidaridad humana que otros blancos, en apariencia menos culpables, le habían negado en más honrados sitios en muchas ocasiones.

Miraba yo las caras de aquellos presos queriendo adivinar en ellas el delito que allí los tenía. Caras como todas. Yo, por un esfuerzo de imaginación, les instruía, les cambiaba sus trajes sucios, transformaba el patio en salón, y me preguntaba luego si no había algo de fatal en la desgracia de tantas gentes, si todos señoritos, sí todos con lo suficiente para cubrir sus necesidades, habrían hecho igualmente méritos para ocupar aquel patio.

La voz del carcelero que me advertía la presencia de mi defendido, me volvió a la realidad.

A la media hora, terminada la conferencia, atravesaba los corredores de la cárcel bajaba la escalera, me encontraba en la calle.

El sol me llenó de luz, el aire ensanchó mis pulmones. Me indemnizaban de la hora que había estado en aquella sala, en que por ser de cárcel, parecía que faltaba todo.

Atravesé las callejuelas sucias de los alrededores de la prisión ¡chiquillos descalzos jugaban alegremente al toro! ¡algunos pobres me alargaban su mano en demanda de limosna! pilluelos grandullones tiraban a lo alto la moneda de cobre o a la pared estampas de cajas de cerillas, murmurando unos, cara, otros cruz, y mirando luego ansiosamente; mujerzuelas provocativas atisbaban la salida de la guardia de algún soldado.

Salí al fin a las grandes calles, a las Ramblas animadas.

Y me detuve frente a los escaparates lujosos recreando mi vista con mil bellísimos objetos señalados con precios que sólo representan el doble de su valor, y vi lucir en algunos balcones doradas letras en que se leía «Préstamos», correspondiente a casas regentadas por honorables industriales que socorren la miseria al 60 por 100 anual, y pasé junto a elegantes casas de banca en que respetabilísimos caballeros contrabandean el oro y explotan las alegrías y las desventuras nacionales.

Y pasaron junto a mí, salpicándome con el barro de sus ruedas, los lujosos trenes en que arrastran briosos caballos el vicio que seduce y el orgullo que insulta.

Y como el inglés del cuento ante la horca, exclamé yo ante el dorado mundo: «Gracias a Dios que ya estoy entre la gente honrada!»

F. Pi y Arsuaga

LA BALADA DEL SIGLO

EL SIGLO. -Un nuevo período de cien años acaba de pasar. Convencionales y todo, por períodos de centenares de años se cuenta la Historia. Muy pocos de los que me veis nacer me veréis morir.

Salúdame, hombre.

EL HOMBRE. -¡Oh nuevo siglo, yo te saludo!

Por períodos de cien años se cuenta en verdad la Historia. Yo, que te he visto nacer, no espero verte morir. No sin cierto recogimiento he oído sonar la hora que señalaba el último instante del siglo que fue. Yo te saludo. Pero oye como conmigo te saludan con sus lenguas de hierro las campanas que mueve la superstición; oye como dicen:

-¡Oh tiempo! ¡Aun eres mío, aun eres mío!

EL SIGLO. -No soy yo quien va despacio, sino tú, que necesitas cientos y cientos de años para todo. Compárate, sin embargo, con los hombres de otros siglos. En el seno

de mis hermanos has ido transformándote poco a poco hasta llegar a mí.

EL HOMBRE. -Cierto es. Pero oye cómo te saluda el cañón que el rencor de los hombres enciende; oye como dice:

- ¡Oh tiempo! ¡Aun eres mío, aun eres mío!

EL SIGLO. -Soy el tiempo, y el tiempo es evolución, y la evolución perfeccionamiento, progreso.

EL HOMBRE.-Cierto es. Pero no me culpes si no corro como tú y pongo a tu paso el mío: me lo impiden los que te saludan a campanadas y a cañonazos. Oye desde aquí como ahogan los gritos de los oprimidos y los ayes de los humildes olvidados el cañón y la campana, que te dicen:

- ¡Oh tiempo! ¡Aun eres mío, aun eres mío!

F. Pi y Arsuaga

EL TENIENTE X.

- ¿Qué quieres ser, niño?
- Quiero ser soldado.
- ¡Soldado! Es oficio peligroso. Puedes morir en el campo de batalla.
- Quiero ser soldado. Venceré en los combates, mataré a mis enemigos.

El niño ingresa en una Academia militar, y con más o menos esfuerzos sigue el curso de sus estudios. Ya es alférez... ya es teniente.

¡Qué apostura la suya, con qué elegancia lleva el uniforme, con qué marcialidad arrastra el sable! Marca el ruido de las espuelas el compás de su paso. Aumenta el plateado casco la hermosura de su rostro.

Brilla el joven en los salones.

Los periódicos anuncian un día que el bizarro teniente X. ha contraído matrimonio con la hermosa señorita de C. La

iglesia estaba hecha un ascua de oro. Ha apadrinado la boda el conde de A. y la condesa de T.

Al año los mismos periódicos anuncian que la distinguida esposa de X. ha dado a luz un robusto infante.

Pasan años.

Estalla una guerra. El teniente X., que se ha distinguido por su dulzura de carácter y por la bondad de su corazón, es destinado al lugar de la lucha.

Los periódicos anuncian su partida y le despiden con encomiásticos sueltos.

X., ya en el ensangrentado terreno de la contienda, sale con algunos hombres a una excursión exploradora. Es la primera vez que entra en combate. Al poco tiempo es sorprendido por la fuerza enemiga. Se halla rodeado de contrarios. Los contrarios son muchos, los amigos pocos. Intenta resistir pero todo es in útil.

- Las armas o la vida, dícenle los más.

X. reflexiona un instante. Ama la vida y le inspira interés la de sus compañeros. El sacrificio es estéril. Entrega las armas.

X. ha librado la vida de sus camaradas; pero ha perdido su honor.

Cuando vuelve otra vez entre los suyos, le prenden y le encausan.

Los periódicos dan cuenta del suceso, primero tímidamente; luego piden la cabeza de X.

El honor nacional exige imperiosamente la sangre de una víctima.

X., siempre dulce y siempre blando de corazón, es condenado a la última pena, y se deja matar como un cordero.

La madre de X. se vuelve loca y grita en sus constantes delirios:

-¡Yo quiero ser soldado! ¡Pobre hijo mío! ¡Qué bien le sienta el uniforme, con qué marcialidad arrastra el sable, cómo marca el ruido de las espuelas el compás de su paso, cómo aumenta el plateado casco la hermosura de su rostro!

Los periódicos, siempre diligentes, relatan la locura de la madre, como relataron la boda, el nacimiento del hijo, la desgraciada acción en que X. se dejó vencer, y los detalles de su causa y de su fusilamiento.

Al lado de tan interesante noticia publican la de la apertura de una Universidad, y entonan himnos a la civilización y al progreso.

Francisco Pi y Margall

EL HURTO

¿Qué ocurre?

- Acaban de robarme una boquilla de ámbar que tenía sobre la mesa.
- ¿Conoces al ladrón?
- Debíó de ser uno que me refirió hace poco la mar de desventuras y terminó por pedirme una limosna.
- ¿Se la diste?
- No; no me inspiran lástima hombres que pordiosean pudiendo vivir de su trabajo,
- ¿Sabes que lo tiene?
- Se quejó de no haber encontrado hace tiempo en qué emplear sus fuerzas. ¿Vas a creerle?
- ¿Por qué no? Están llenas las calles de jornaleros que huelgan.

- Los malos.

- Y los buenos. La crisis es grande. No se edifica y sobran millones de brazos.

- La crisis no autoriza el hurto.

- No lo autoriza, pero exige de la sociedad que socorra al que muere de hambre. Se estremece la tierra y vienen a ruina casas y pueblos; saltan de sus márgenes los ríos e inundan los valles. Suena al punto un clamoreo general por que se corra en ayuda de los que padecieron por la inundación o el terremoto. ¿Por qué ha de permanecer muda la sociedad ante los dolores de los que sufren en apagados hogares y míseros tugurios, las consecuencias de crisis que no provocaron?

- Tratas en vano de disculpar el hurto; consentirlo es ya un crimen. No puede blasonar de cultura la nación donde la confianza falta y la propiedad peligra.

- ¿Qué harás entonces con tu presunto hurtador?

- No haré; hice, mandé que le detuvieran y le llevarán a los tribunales.

- ¡Por una boquilla de ámbar! ¿Y si resulta inocente?

- No a mí, sino al tribunal corresponde averiguarlo.

- ¿Y te crees hombre de conciencia? Reflexiona sobre el mal que hiciste. Has llevado la perturbación, la zozobra y la amargura al seno de una familia. Has impreso en la frente del acusado y de sus hijos una mancha indeleble. Puso el Dios de la Biblia un signo en Caín para que no le matasen; pone la justicia un signo peor en los que caen bajo su férula. Será inútil que se los manumita; los nublará eternamente la sospecha y los apartará de los otros hombres. ¡Ay de él y de los suyos si por falta de fiador entra en la cárcel! Mantenía él la lumbre del hogar bien trabajando, bien pordioseando; deberán ahora los hijos ir mendigando para su padre y recibirán en no pocas puertas ultrajes por dádivas. Quisiste castigar al que supones ladrón y sin saberlo ni quererlo descargaste la mano en seres que ningún mal te hicieron.

- ¿Debo, pues, consentir que me roben?

- Te diré lo que Cristo respecto a la mujer adúltera: castiga al que te robó si te consideras exento de pecado.

- ¡Cómo! ¡Cómo!

- Ves la paja en el ojo ajeno y no la viga en el tuyo.

- ¿Me llamas ladrón?

- Ejerciste un tiempo la abogacía. ¿Estás seguro de haber proporcionado siempre tus derechos a tu trabajo? Eres hoy labrador: ¿vendes los frutos de tu labranza por lo que cuestan?
- ¡Me ofendes! Nada tomé ni tomo contra la voluntad de su dueño.
- Lo tomaste ayer aprovechándote de la ignorancia de tus clientes y lo tomas hoy aprovechándote de la necesidad de tus compradores, como ese desdichado tomó la boquilla de ámbar aprovechándose de tu descuido.
- No castiga ni limita ley alguna los hechos de que me acusas.
- Tienes razón: la ley no castiga al que hurta, sino al que hurta o defrauda sin arte.
- Eres atrabiliario como ninguno. -¿Quién, a tu juicio podrá decirse exento de pecado?
- Nadie; lo impide la actual organización económica. Para los hurtadores sin arte bastan los presidios; para los hurtadores con arte no basta el mundo.

Leon Tolstoi

LOS FALSIFICADORES

Unos mercaderes comerciaban en harina, manteca, leche y otros géneros alimenticios. Iban a cuál de ellos realizaría mayores "beneficios", a quien se enriquecería con más rapidez. Llegaron a mezclar con sus mercancías materias cada vez más diversas, poco costosas y muy perjudiciales para la salud. Ponían en la harina cal, en la manteca margarina y en la leche agua y creta.

Mientras los artículos no llegaban a manos del consumidor, todo iba a pedir de boca. Los almacenistas en grande escala vendían a los comerciantes medios al por mayor, quienes aprovisionaban a los tenderos revendedores al por menor. Había allí muchos almacenes y tiendas, y el comercio parecía muy próspero. A lo menos, los comerciantes dábanse por muy satisfechos. Pero los consumidores de la ciudad, que no podían producir ellos mismos sus alimentos y se veían constreñidos a comprarlos, experimentaban sumo disgusto y harto daño. La harina era detestable, y detestables eran la manteca y la leche; pero como en los comercios de la ciudad no había otros géneros sino los

adulterados, los consumidores no tenían más remedio que seguir comprando aquella harina, aquella manteca y aquella leche; y acusábanse a sí mismos del mal sabor, de las indisposiciones y de los malos guisos. Y no pensando nadie en quejarse de los comerciantes, éstos añadían a las sustancias alimenticias una cantidad cada vez mayor de ingredientes heterogéneos, baratísimos y muy nocivos.

Así continuaron las cosas por largo tiempo, y ninguno de los consumidores que sospechaban el origen de sus males ninguno se decidía a manifestar su descontento.

Pues bien: hubo de acontecer que una campesina, que hasta entonces había alimentado siempre a su familia con alimentos preparados en casa, fue a vivir a la ciudad. Guisaba desde muchos años atrás; y aunque no fue nunca una cocinera emérita, sabía cocer un pan en su punto y combinar una comida apetitosa.

Así que arregló la casa, fuese a comprar por la ciudad sus provisiones de boca y en seguida se puso a tostar, hervir y asar manjares. Y cátese que los panes en vez de cocerse se deshicieron en migajas; los buñuelos, fritos en la margarina, no tenían buen sabor; la leche hacía posos y no se formaba crema ninguna en ella.

La hacendosa mujer adivinó en el acto que los géneros estaban adulterados. Los examinó y confirmóse en su idea,

pues halló cal en la harina, sebo en la manteca y agua y tierra blanca en la leche. Al ver esto, volvióse al mercado y acusó en voz alta a los tenderos, diciéndoles que tuviesen en sus establecimientos artículos sanos, nutritivos y sin falsificar, o de lo contrario dejaran el comercio y cerrasen sus tiendas.

Los comerciantes encogieronse de hombros y contestaron que sus géneros eran de primera calidad, que toda la ciudad se proveía de ellos en sus casas desde luengos años, y que además tenían medallas. Y en efecto, exhibían premios en sus rótulos.

- ¡Una higa se me da a mí de vuestras medallas exclamó la buena mujer casera. -Yo no quiero más que alimentos sanos y tales que, después de tomarlos mis hijos y yo, no tengamos dolores de estómago.

- Preciso es, buena mujer, que jamás hayas visto verdadera leche, verdadera manteca, ni verdadero harina -protestaron los comerciantes-, enseñándole, dentro de recipientes barnizados, harina absolutamente pura en apariencia dorada manteca puesta en hermosas bandejas con flores, y una leche deslumbradora de blancura dentro de unos cántaros con tanta limpieza bruñidos que podía verse la cara en sus paredes.

- ¿Cómo queréis que yo no entienda de esto -replicó la mujer casera-, si en toda mi vida no he comido ni hecho comer a mis hijos nada que no hubiese preparado yo misma con mis propias manos? Vuestras mercancías son malas. Y en prueba de ello, ver los panes desmigajados y la margarina donde he frito los buñuelos, y el poso que he encontrado en la leche en vez de nata. ¡Todo lo que tenéis en vuestros comercios debieran tirarlo al río o quemarlo, y ser reemplazado por géneros verdaderamente buenos!

Y así permanecía delante de las tiendas, vociferando siempre en el mismo tono; y como se aproximasen unos chalanes, también a ellos les gritó cuanto tenía en el magín; y los chalanes mirábanse unos a otros, ya turbados.

Viendo que si no le paraban los pies aquella mujer les perjudicaría en su comercio con tales gritos, dijeron los comerciantes a los chalanes:

- Buenas gentes, mirad a esta loca que quisiera que todo el mundo se muriese de hambre. Para darle gusto, sería menester tirar al agua o al fuego todas las sustancias alimenticias. ¿De qué viviríais si la creyésemos nosotros, es decir, si dejásemos de venderos el alimento? No le hagáis caso: es una pobre lugareña que no sabe jota acerca de los alimentos de la ciudad. Por envidia la emprende contra nosotros; como está en la miseria, querría que todo el mundo estuviese en la misma situación.

Así hablaron los comerciantes a la multitud congregada; callando de propósito que la mujer había pedido, no que se destruyera toda clase de alimentos, sino que se reemplazaran los malos por los buenos.

Precipitóse entonces la muchedumbre hacia la mujer, y muchos la insultaron. Por más que la infeliz afirmase que de ninguna manera quiso la destrucción de los alimentos, puesto que ella misma había preparado durante años y más años con sus propias manos todo cuanto su familia necesitó para alimentarse, sino que, sencillamente, reclamaba que las personas que habían tomado a su cargo el proveer a la alimentación de la humanidad dejaran de envenenarla con cosas que sólo tenían de alimentos las apariencias; por más explicaciones que quiso seguir dando, nadie le prestaba ninguna atención, pues era asunto concluido que sólo quería ver privados a los hombres del indispensable sustento de su vida.

Magdalena Vernet

LOS DOS HACENDADOS

En cierto país de América vivían dos hacendados inmensamente ricos cuyas propiedades vastísimas colindaban. El uno cultivaba la caña de azúcar, el otro el café. Sus plantaciones eran soberbias y magníficamente cuidadas por esclavos negros.

La ley de aquel país prohibía a los amos de esclavos que vendieran las crías de sus negros y que se desembarazasen de sus servidores bajo pretexto de vejez. Al comprar un esclavo, el amo venía obligado a conservarlo hasta que muriese. El dominio de cada colono formaba de esta suerte un pequeño Estado.

Pero sucedió que un día el hacendado del café y el hacendado de la caña de azúcar notaron que aumentaba constantemente el personal que tenían que alimentar, sin obtener por esto más abundantes cosechas. Había, pues, exceso de gastos y disminución de beneficios.

Los dos llegaron a estar pensativos.

El hacendado del café tuvo una idea: aumentó la tarifa de los productos.

"De este modo -pensaba-, cubriré la diferencia."

Y jugando a las cartas con su vecino, el hacendado de la caña de azúcar, le confió su remedio.

-Es excelente -dijo el otro; Voy a imitaros.

Ambos elevaron los precios de sus mercancías; pero como todos los Estados de América no estaban sometidos a la misma ley, los otros productores no aumentarían los precios y nuestros dos hacendados no pudieron vender sus cosechas.

Hubieron de resignarse a ver al precio del mercado, como los otros, y se debatían los sesos para hallar otro remedio.

A su vez, el hacendado de la caña de azúcar tuvo una ocurrencia:

- Reduzcamos la alimentación de nuestra gente.
- ¡Eureka! -gritó el vecino.

Los alimentos fueron reducidos. Se los redujo hasta lo estrictamente necesario para la vida.

Pero también esta vez el resultado fue malo: los negros, mal alimentados, se rendían y el trabajo se resentía de ello. De esta suerte, si había una disminución de gastos, había también disminución de beneficios.

Se ensayó entonces persuadir a los negros que no se juntasen con sus compañeras, que no tuviesen hijos; hasta se rodearon sus uniones de una serie de complicaciones y dificultades. Pero los infelices, no teniendo otro placer, como decían, querían, a pesar de todo, tener una mujer y tenían hijos, a pesar de todo.

La situación seguía siendo mala.

Y hasta se agravaba. Maltratados, mal alimentados, los negros comenzaban a murmurar y cruzaban por sus cerebros ideas de rebeldía.

Los dos hacendados veían con terror aproximarse la hora de una insurrección. ¿Qué sucedería? ¿Serían los negros

capaces de apoderarse de todas las riquezas que su trabajo había producido?

Era necesario a todo trance conjurar el peligro. Los dos hacendados se reunieron. Y, después de jugar otra partida, con acompañamiento de tazas de excelente moca -con el café de uno y el azúcar del otro- convinieron en un tercer remedio, que calificaron de infalible. Así, restablecida su tranquilidad, se despidieron con un apretón de manos.

Al día siguiente, visitando el límite de su propiedad, el hacendado del café notó que las cañas de azúcar se habían apoderado de una faja de terreno que, según él declaraba, le pertenecía.

En seguida envió una delegación de negros a requerir a su vecino, que vino escoltado por una delegación de los suyos.

- Este es el caso -dijo en tono agrio el hacendado del café: -vuestras cañas invaden mi terreno.

- Perdonad -replicó el otro en tono no menos acerbo

- ese terreno me pertenece.
- Nunca; mirad dónde están los jalones.
- Señor mío, los límites han sido cambiados y yo os acuso de haberlos trasladado para buscarme querella.
- Mis fieles amigos -dijo entonces el hacendado del café volviéndose a sus negros-, yo os tomo por testigos del insulto que se me acaba de hacer.
- Y vosotros, mis buenos camaradas -dijo el otro hacendado a sus esclavos- yo os ruego que hagáis constar que los jalones han sido cambiados de lugar
- Está bien, señor -replicó el insultado- tendréis que darme la razón bien pronto.
- No os temo -respondió con altivez el hacendado de las cañas.

Ambos se saludaron inflexibles y se alejaron seguidos de sus delegaciones de negros, muy contentos y orgullosos por haber sido tratados por sus amos de fieles amigos y de buenos camaradas.

Por la noche, en las humildes cabañas negras de las dos plantaciones, los esclavos -muy sobrecitados por un vaso de ron, bastante generosamente distribuido- no hablaron más

que de honor ofendido, de insultos que habrían de vengarse, de dignidad herida, etc...

- Hay que defender al amo -decían.
- Estamos prestos a morir por el buen amo -encarecían los más sentimentales.

Y los dos hacendados, habiendo salido a dar un paseo a la sordina por detrás de las miserables barracas, reventaban de risa al pensar cuán buen remedio habían hallado por fin.

A la mañana siguiente, el hacendado del café envió la delegación de sus negros a declarar la guerra a su vecino el hacendado de la caña de azúcar.

- Sobre todo, mis fieles amigos -dijo- nada de concesiones. Hemos sido ofendidos y hay que lavar la injuria.
- ¡Oh, amo! Quedar tranquilo -respondieron los buenos negros; -nosotros querer morir por vengar el honor del amo.

Por su parte, el hacendado de la caña había recomendado a sus buenos camaradas esclavos que no hiciesen concesiones y estuviesen muy firmes.

- ¡Demostrad que sois hombres! --declamaba con un tono soberbio.

Llenos de orgullo por este calificativo de hombres, ellos a quienes se acostumbraba tratar como perros, los negros del segundo hacendado recibieron muy mal a sus congéneres vecinos. Les maltrataron, les llamaron bandidos y ladrones -fueron hombres, en fin, por el odio y la violencia- y la guerra fue declarada.

Al día siguiente todo había terminado. En las dos plantaciones, las tres cuartas partes de los negros estaban muertos, tendidos sobre el suelo. Se habían batido con horcas, con azadones y con hachas. Algunas negras habían querido mezclarse y sus cadáveres yacían junto a los de sus compañeros. Otras negras, arrodilladas sobre el campo de matanza, lloraban silenciosamente, apretando en sus brazos pequeños negritos.

En el dominio del vencedor -el hacendado del café, una negra, sin embargo, no lloraba. Feroz, miraba a su hijo muerto, a sus pies, y a su compañero herido, sentado en un banco, cerca de ella.

Pasó el amo.

- ¡Miserable! -gritó la negra-. Tú haber matado mi hijo.

- Es una gran desgracia -dijo el amo con dulzura;- pero debes consolarte, mi pobre vieja, pensando que hemos conseguido la victoria.

- Tú tener la victoria, nosotros, no -replicó la vieja con ira; -nosotros quedar esclavos como antes.

- Pero hemos vengado nuestro honor ofendido -declaró todavía el amo.

El viejo esclavo herido se levantó:

-Tú nos has burlado con tu honor. Tú ser un asesino.

-Sí, tú ser un asesino -repitió la negra.

Algunos sobrevivientes se habían aproximado. El amo pudo leer en sus rostros que les hacían efecto las palabras de sus compañeros. Otra vez sintió la insurrección muy próxima. A todo trance había que hacer algo para prevenir la rebelión.

-Y vosotros sois ingratos y traidores -dijo con tono de juez- y merecéis la muerte de los traidores.

Tiró del revólver, disparó dos veces y los dos esposos negros cayeron sobre el cadáver de su hijo.

En seguida, los que habían asistido a esta escena, llenos a la vez de miedo y de admiración, cayeron de rodillas.

- ¡Oh, amo! -dijeron. -¡Buen amo!

- Levantaos -les dijo éste. -Durante ocho días no trabajaréis. Haced hermosos funerales a vuestros camaradas, gloriosamente muertos por el honor de nuestro dominio. Yo os prometo levantar un bello monumento sobre su tumba.

Los negros se levantaron, satisfechos de pertenecer a un hombre tan generoso. Hicieron hermosos funerales a sus muertos, entonaron cantos de victoria y bebieron ron; después, al cabo de ocho días, emprendieron de nuevo su penoso trabajo de esclavos.

En la plantación vecina las cosas ocurrieron con alguna diferencia. Habían sido vencidos.

El hacendado de las cañas de azúcar condujo a los sobrevivientes negros al campo de batalla.

- Mirad -dijo señalándoles la faja de terreno que había tenido que abandonar, con las cañas, a su vecino vencedor- mirad, se nos ha despojado. Os habéis portado como valientes, pero la fatalidad ha estado en contra nuestra.

- Buen amo -declararon los negros-, nosotros vengar un día nuestros camaradas muertos.

- Sí, amigos míos; tomaremos nuestro desquite cuando el momento sea propicio. Entretanto, haced hermosos funerales a vuestros hermanos y no olvidéis que su sangre clama venganza.

Y los negros sobrevivientes, extendiendo la mano sobre los cadáveres, juraron preparar el desquite. Hicieron hermosos funerales a sus muertos, entonaron cánticos feroces de venganza y bebieron ron para olvidar la derrota; después emprendieron de nuevo, también, su duro trabajo de esclavos.

Desde entonces los dos hacendados ya no tienen inquietudes. Cuando sus esclavos llegan a ser demasiado numerosos, cuando temen una rebelión de sus negros, o cuando necesitan hacerse temer, se ponen de acuerdo, mientras juegan a las cartas, y con pretexto de la faja de terreno que tan buenos resultados les dio, o con la excusa de vengar los muertos, lanzan uno contra otro los dos rebaños de negros, que han acabado por calificarse mutuamente de enemigos y se matan sin piedad.

Esto siempre tiene éxito. Y siempre, también, después de cada batalla, los dos hacendados, saboreando una taza de excelente moca -con el café de uno y el azúcar del otro- se felicitan de haber hallado por fin el gran remedio.

Otto Wolf

EL PROCESO DE LA VERDAD

Un proceso que pasará a la historia como uno de los más célebres de nuestra época acaba de tener término en medio de la satisfacción general.

La conciencia pública, ultrajada, ha obtenido pleno desquite.

Para la circunstancia se había desplegado el mayor aparato. El Tribunal formado por todos los poderes reunidos y un Jurado monstruo, ocupaban los estrados.

Iba a juzgar un caso único y extraordinario:

Desde hacía algún tiempo, los jueces venían recibiendo numerosas cartas anónimas, revelando actos monstruosos que figuraban en el proceso. He aquí algunas:

"Señor juez: Señalo a la atención de V. S. los procedimientos de un gran criminal que en los actuales momentos aterroriza a las pobres mujeres. Este hombre coloca su mano sobre la frente y revela en seguida a todo el mundo lo que piensa su víctima. De modo que ninguna mujer podrá amar en

secreto a nadie, sin que todo el mundo se entere de su debilidad. Esto es demasiado, porque ocasiona crímenes sin cuento entre las personas traicionadas. El nuevo Atila nos retrotrae a la barbarie. Confío en que no dudará usted en prenderlo e infligirle todas las torturas que merece.

- Una pobre oprimida."

"Señor fiscal del Supremo: Tengo el honor de llamar la atención de V. S. acerca de un sujeto que está a punto de cometer un grave atentado contra las buenas prácticas comerciales y despojar de sus recursos a multitud de personas decentes. Si V. S. abriga el propósito de realizar una emisión de papel de las minas de alquitrán en ebullición de Pantagenesia o de otro producto, lo primero que hará será anunciarla en todas formas, enumerando los rendimientos de la empresa, y no faltarán muchas gentes que se dejen seducir por las ventajas que pueda reportarles. Pero de pronto se le presenta un caballero que al ponerle la mano sobre la frente, lee y proclama luego a voz en cuello: "Suscríbete, amigo necio, y en cuanto tenga en mi poder tu dinero me verás partir para América u otro país desconocido". Esto es lo que el malhechor anunciará al público, ocasionando la ruina y la desesperación. ¿No constituye una vergüenza que semejante sinvergüenza ande suelto por la ciudad? Cuento con que ordene V. S. una

represión enérgica que ponga límite a las hazañas de este ser, deshonra del género humano.

- Un hombre de negocios."

"Señor: Tengo el sentimiento de manifestarle que recorre los campos un sujeto peligroso, el cual adivina el pensamiento y trae a mal traer a los pobres aldeanos que se lucran poniendo los precios de los trigos y del ganado por las nubes, según convenga a sus intereses, para sacar un saneado interés al capital que invierten en una cosecha problemática.

- Un viejo labrador."

"Señor magistrado: Yo digo todas las noches a mi mujer que voy al Círculo y he aquí que se ha presentado un hombre desconocido que se propone descubrir que no existe tal Círculo y que mis salidas nocturnas obedecen a que necesito sostener la amistad de varias amigas muy guapas, con las que paso agradables veladas. ¿Qué va a ser de mí si ese

canalla me descubre? Considérelo V. S. en justicia que pido, etc."

"Señor presidente de la Audiencia: Ese maldito que recorre la ciudad pretende saber en qué pienso. V. S. está enterado de que ocupó una alta posición política y que los hombres de mi alcurnia jamás han pensado en nada. Por lo tanto, no quiero que el brujo lo descubra o me haga pensar a la fuerza."

"Señor jefe de Policía: Todos los veranos suelo hacer pasear a mi tío por las montañas más escarpadas y por las cercanías de los precipicios, y durante el invierno lo someto a todas las corrientes de aire que encuentro a mano, mientras que él cree que le prodigo los cuidados más solícitos... como he leído que anda por aquí un hombre que lee en los pensamientos, espero que se le amarre bien en una cárcel o que se le descuartice, para que desaparezca del mundo y no haga daño a la Humanidad."

Y así por este estilo, encerrábase en el proceso una extensa documentación probatoria.

Al cabo de múltiples gestiones, la policía consiguió aprehender al malhechor, y sustanciada la causa, compareció ante el Tribunal.

- Levántese el acusado -le dijo el presidente.
- Debo hacer notar al señor presidente que ya estoy en pie -replicó el interpelado.
- Eso no importa. Le advierto que todo acusado debe levantarse cuando se le ordene. Ahora, siéntese usted, para poder levantarse.
- Ya está.
- ¿Cómo se llama usted?
- Stuart Cumberland.
- Ha sido usted acusado de brujería. El reo se echó a reír.
- Se sabe que usted lee en el cerebro de las personas lo que éstas piensan.
- En efecto; y si el señor presidente me permite que lea lo que piensa...

- ¡Jamás! ¡Se lo prohíbo! (Aparte.) Mi mujer está presente. ¡Alto!. Usted es un criminal peligroso.

- Eso no es cierto.

- Desde el momento que se encuentra usted aquí, no cabe de ello la menor duda.

- Pero es el caso que yo quiero marcharme.

- Los señores jurados apreciarán con su perspicacia de siempre que las negativas de usted agravan los crímenes de que se le acusa. El Ministerio público tiene la palabra.

El Ministerio público se levantó con la cara roja.

- Señores: Todavía se me conocerá la palidez de la emoción que me ha producido este espantoso asunto. Este hombre trae a nuestra memoria los peores días de nuestra historia; nos hace retroceder a muchísimos siglos atrás. La acusación ha mostrado los numerosos crímenes por él cometidos. No volveré sobre ellos, porque me causan náuseas. En nombre de la sociedad, de la familia, del individuo considerado como sustancia residuaria, clamo venganza. Aplicadle un castigo implacable; no le consideréis con la menor piedad, pues merece la expiación suprema, tal como se aplicaba a los hechiceros en las épocas de barbarie, que ha hecho este hombre resucitar en el centro de la civilización del mundo. (Sensación.)

El abogado del reo:

- Señores. Se os ha presentado a mi cliente como un malhechor, cuando, por el contrario es un bienhechor de la Humanidad. Si se le dejara obrar, veríais surgir la edad de oro. No habría maridos ni mujeres engañados, ni virtudes falsas, ni estafadores, ni comerciantes explotadores, ni héroes de relumbrón, ni ignorantes con títulos universitarios. La hipocresía habría muerto. El reino de la verdad imperaría. Confío, señores jurados, que absolveréis a este bienhechor del Universo a este regenerador de la sociedad, porque absolviéndole demostraréis que amáis la virtud, la verdad y el bien.

Después de un minuto de deliberación el Jurado se presentó con un veredicto afirmativo, sin circunstancias atenuantes.

Y el reo fue condenado a ser quemado vivo. Desde entonces ha desaparecido la Verdad.

Emilio Zola

¡SIN TRABAJO!

I

Por la mañana, cuando los obreros llegan al taller, encuéntranlo frío, como oscurecido con la tristeza que se desprende de una ruina. En el fondo de la sala principal, la máquina está silenciosa, con sus brazos delgados y sus ruedas inmóviles; y ella, cuyo soplo y movimiento animan habitualmente toda la casa, con los latidos de su corazón de gigante, incansable en la faena, agrega al conjunto una melancolía más.

El amo baja de su despacho y con aire de tristeza dice a sus obreros:

- Hijos míos, hoy no hay trabajo... Ya no vienen pedidos, de todas partes recibo contraórdenes, voy a quedarme con las existencias entre las manos. Este mes de diciembre, con el cual contaba, este mes que otros años es de tanto trabajo, amenaza arruinar las casas más fuertes... Es preciso suspenderlo todo.

Y al ver que los obreros se miran unos a otros, con el espanto que les imbuye la idea de volver a casa, con el miedo del hambre que les amenaza para el día siguiente, añade en voz más baja:

- No soy egoísta, no, os lo juro... Mi situación es tan terrible, más terrible tal vez que la vuestra. En ocho días he perdido cincuenta mil pesetas. Hoy paro el trabajo para no ahondar más la sima; ni siquiera tengo los primeros cinco céntimos de la suma que necesito para mis vencimientos del 15... Ya lo veis, os hablo como un amigo, nada os oculto. Tal vez mañana mismo vengán a embargarme. No es nuestra la culpa, ¡no es cierto! Hemos luchado hasta última hora. Hubiera querido ayudaros a pasar días de apuro; pero todo ha acabado, estoy hundido; no tengo ya ni un pedazo de pan para partirlo.

Después les tiende la mano. Los obreros se la estrechan silenciosamente. Y durante algunos minutos permanecen allí, mirando sus herramientas inútiles, con los puños cerrados. Otros días, desde el amanecer, las limas cantaban, los martillos marcaban el ritmo; y todo aquello parece que duerme ya en el polvo de la quiebra. Son veinte; son treinta familias que no tendrán qué comer la semana próxima.

Algunas mujeres que trabajan en la fábrica sienten las lágrimas humedecerles los ojos. Los hombres quieren

aparecer más resueltos. Se hacen los valientes, diciendo que la gente no se muere de hambre en París. Luego, cuando el amo los deja y le ven alejarse, encorvado en ocho días, abrumado tal vez por un desastre de mayores proporciones que las confesadas por él, van saliendo uno por uno, ahogados por la angustia, con el corazón oprimido, como si salieran del cuarto de un muerto. El muerto es el trabajo, es la máquina grande que permanece muda y cuyo esqueleto se destaca siniestro en la sombra.

II

El obrero está fuera de su casa, en la calle, en medio del arroyo. Ha paseado los aceros durante ocho días sin encontrar trabajo. De puerta en puerta ha ido ofreciendo sus brazos, sus manos, ofreciéndose él en cuerpo y alma perra cualquier faena, para la más repugnante, para la más dura, perra la más nociva. Y todas las puertas se han cerrado.

Entonces se ofreció a trabajar por la mitad del jornal; pero las puertas permanecieron cerradas. Aunque trabajase de balde no se le podría admitir.

Es la paralización del trabajo, la terrible paralización que toca a muerto para los que habitan en las buhardillas. El pánico ha parado las industrias, y el dinero, cobarde, se ha escondido.

Al cabo de ocho días todo ha concluido. El obrero ha hecho una tentativa suprema y ahora vuelve con paso tardo, con las manos vacías, abrumado de miseria. La lluvia cae; aquella tarde París, inundado de barro, aparece fúnebre. El hombre va andando, recibiendo el chaparrón sin sentirlo, no oyendo más que su hambre y deteniéndose para llegar menos pronto. Inclínase sobre el parapeto del Sena: el río, cuyo caudal ha aumentado, corre con un rumor prolongado; la espuma blanca se desgarran en salpicaduras en uno de los tramos del puente. Inclínase más: la colosal riada pasa debajo de él lanzándole un llamamiento furioso. Después, piensa que sería una cobardía y se va.

La lluvia ha cesado. El gas flamea en los escaparates de las joyerías. Si rompiese un cristal, tomaría pan para algunos años con abrir y cerrar la mano. Las cocinas de los restaurantes se encienden, y detrás de las cortinas de muselina blanca, ve gentes que comen. Apresura el paso, vuelve a subir a los barrios extremos, encontrando en el camino las asadurías y pastelerías del todo París comilón, que se muestra a las horas del hambre.

Como la mujer y la pequeña lloraban por la mañana, les ofreció llevarles pan por la tarde. No se ha atrevido a decirles que había mentido, antes de que anocheciese. Al ir andando, preguntábase cómo entrará y qué les contestará para que tengan paciencia. Sin embargo, no pueden permanecer más tiempo sin comer. El probaría aún, pero la mujer y la pequeña son muy débiles.

Un momento se le ocurre pedir limosna; pero cuando una señora o un caballero pasan a su lado y él intenta alargar la mano su brazo se paraliza y la voz se ahoga en su garganta. Entonces permanece plantado en la acera, mientras los transeúntes adinerados le vuelven la espalda, creyéndolo borracho al ver su feroz semblante de hambriento.

III

La mujer del obrero ha bajado a la puerta de la calle, dejando arriba a la niña dormida. La mujer es muy delgada; lleva un vestido de percal. El viento helado de la calle la hace tiritar.

Ya no le queda nada en casa: todo lo llevó al Montepío. Ocho días sin trabajo bastan para vaciar una casa. La víspera vendió a un traperero el último puñado de lana de su colchón: el colchón se fue así; ahora no queda más que la

tela. Allá arriba la colgó, delante de la ventana, para impedir que entre el aire, porque la niña tose mucho.

Sin decir nada a su marido, ella también ha buscado por su parte. Pero la falta de trabajo ha alcanzado con más dureza a las mujeres que a los hombres. En el rellano da su piso oye a unas desgraciadas que lloran durante la noche. Encontró una de pie en el rincón de una calle; otra ha muerto; otra ha desaparecido.

Afortunadamente, ella tiene un buen hombre, un marido que no bebe. Vivirían sin apuros si la falta de trabajo no les hubiese despojado de todo. Ha agotado el crédito: debe al panadero, al especiero, a la frutera y ya ni siquiera se atreve a pasar por delante de las tiendas. Por la tarde fue a casa de su hermana a pedirle una peseta prestada, pero allí encontró también tal miseria, que se echó a llorar, sin decir nada, y las dos, su hermana y ella, estuvieron llorando mucho tiempo. Luego al marcharse, ofreció llevar un pedazo de pan a aquella casa si su marido volvía con algo.

El marido no vuelve. La lluvia cae; la mujer se refugia en la puerta; grandes gotas de agua caen a sus pies; un polvillo de agua atraviesa su falda. A ratos se impacienta, se echa fuera a pesar de la lluvia, va hasta el final de la calle para ver si ve a lo lejos al que espera. Y cuando vuelve, toda mojada, pasa la mano por sus cabellos para escurrir el agua;

aun cobra paciencia, sacudida por cortos escalofríos de fiebre.

Los transeúntes al ir y venir la codean y la pobre mujer se encoge cuanto puede para no molestar a nadie. Los hombres la miran frente a frente y a ratos siente alientos calientes que le rozan el cuello. Todo el París sospechoso, la calle con su lodo, sus claridades crudas y el rodar de los coches, parecen querer cogerla y arrojarla al arroyo. Tiene hambre, pertenece a todo el mundo. Enfrente hay un panadero, y la pobre mujer piensa en la pequeña que duerme arriba.

Después, cuando al fin el marido aparece rozando como un miserable las paredes de las casas, se precipita a su encuentro y le mira ansiosamente.

-¿Qué hay? -dice balbuceando.

En vez de contestar, el obrero baja la cabeza. Entonces, la mujer sube la primera, pálida como una muerta.

IV

Arriba la pequeña no duerme. Se ha despertado y está pensando enfrente de un cabo de vela que se extingue en un extremo de la mesa. Y no se sabe qué pensamiento terrible y doloroso pasa sobre la faz de aquella chicuela de siete años, con rasgos serios y marchitos de mujer hecha.

Está sentada sobre el borde del cofre que le sirve de cama. Sus pies desnudos tiemblan de frío, sus manos de muñeca enfermiza aprietan contra el pecho los trapos con que se cubre. Siente allí una quemadura, un fuego que quisiera apagar. Está pensando.

Nunca ha tenido juguetes. No puede ir a la escuela porque no tiene zapatos. Recuerda vagamente que cuando era más pequeña su madre la llevaba a tomar el sol. Pero aquello está lejos. Fue preciso mudar de habitación, y desde aquella época le parece que un gran frío sopló dentro de su casa. Desde entonces nunca ha estado contenta; siempre ha tenido hambre.

Es una cosa profunda en la cual penetra sin poder comprenderla. Pues qué, ¿todo el mundo tiene hambre? Ha procurado, sin embargo, acostumbrarse a eso, pero no ha podido. Piensa que es demasiado pequeña y que es preciso ser grande para saber. La madre sabe, sin duda, esa cosa que se oculta a los niños. Si se atreviese, preguntaría quién nos trae así al mundo para que se tenga hambre.

¡Luego, en su casa todo es tan feo! Mira la ventana, donde el viento sacude la tela del colchón, las paredes desnudas, los muebles rotos, toda aquella vergüenza de buhardilla, que la falta de trabajo ensucia con su desesperación.

Imagina haber soñado con habitaciones bien calientes, en las que había cosas que relucían; cierra los ojos para volverlas a ver, y a través de sus párpados adelgazados la llama de la vela se convierte en un gran resplandor de oro, en el que desearía entrar. Pero el viento sopla, y por la ventana llega una corriente tan fuerte de aire que le produce un acceso de tos. La niña tiene los ojos llenos de lágrimas.

Antes tenía miedo cuando la dejaban sola; ahora no: lo mismo da. Como no se ha comido desde la víspera, cree que su madre ha bajado a buscar pan. Entonces esta idea la divierte. Cortará su pan en pedazos pequeñitos, los irá cogiendo despacio, uno por uno. Jugará con su pan.

La madre ha vuelto, el padre ha cerrado la puerta. La niña les mira las manos a los dos, muy sorprendida. Y como nada dicen, al cabo de un momento la pequeña repite con tono de criatura:

- Tengo hambre, tengo hambre.

El padre, en un rincón, se ha cogido la cabeza entre los puños; allí permanece abrumado, sacudidas las espaldas por desgarradores y silenciosos gemidos. La madre, conteniendo sus lágrimas, acuesta a la pequeña. La tapa con todos los andrajos que hay en la casa; le dice que sea buena, que duerma. Pero la niña, a la que el frío hace tiritar y que

siente el fuego de su pecho quemarla con más fuerza, se hace atrevida. Se cuelga del cuello de su madre y muy quedito le pregunta:

- Di, mamá; ¿quién es el culpable de que yo tenga hambre?